

CUADERNOS CIUDADANOS

Observatorio de Realidades Sociales

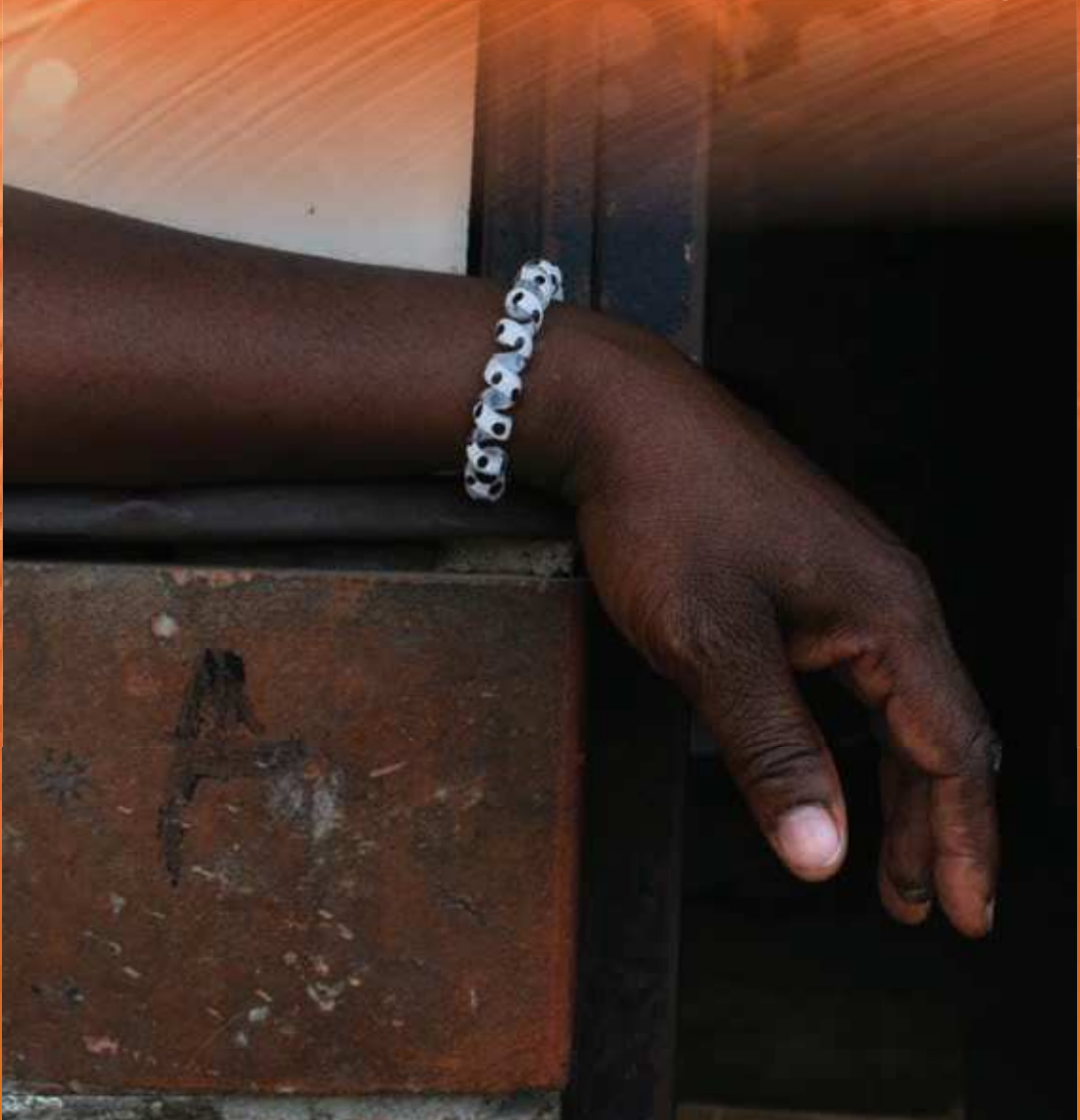


ARQUIDIOCESIS
DE CALI

Nº 2 • EDICIÓN ESPECIAL
Octubre de 2014

POTREROGRANDE

VIDAS EN BUSCA DE LA RECONCILIACIÓN



CUADERNOS CIUDADANOS

EDICIÓN ESPECIAL



ARQUIDIÓCESIS
DE CALI

POTREROGRANDE

VIDAS EN BUSCA DE LA RECONCILIACIÓN





CUADERNOS CIUDADANOS

EDICIÓN ESPECIAL



ARQUIDIOCESIS
DE CALI

Darío de Jesús Monsalve Mejía
Arzobispo de Cali

Jesús Darío González Bolaños
Coordinador Observatorio de Realidades Sociales

Alba Stella Barreto
Fundación Paz y Bien

Equipo de Investigación
Jesús Darío González Bolaños
Mónica Delgado Cañete
Rubén Darío Gómez
César Castro

Equipo Testimonios de Comunidad
Katherín Yesenia Estupiñán, Carlos Alberto Montaña,
María del Pilar Cabezas, Valeriano Carabalí, Sara Selene Ortiz,
Álvaro Herrera, Ana María Rivas, José Antonio Marín Ospina,
María Narsila Cabezas, Agrispino Quiñonez y Clemente Valencia.

Santiago de Cali, octubre de 2014

Edición Digital e Impresión: Merlín SAS
merlin@merlinsas.com

Especiales Agradecimientos a:

Rocío Castaño, Miguel Mondragón, Nelly Núñez de la Fundación Paz y Bien y a Gildardo Vanegas y a Jorge Enrique Rojas por su apoyo profesional.

A los líderes y animadores sociales de las organizaciones de base y al vecindario de Potrero grande quienes nos acogieron en días y tardes. Especialmente a Wilson Alomía, Sofía Paz, Dalmiro Moreno, Heidder Herley Mosquera, Luz Ary Asprilla, Angélica Asprilla Palacios, Luis Enrique Granados, Heyder Banguero.

A las instituciones e investigadores de la Red de Universidades que aportaron informaciones y reportes valiosos sobre el barrio y su entorno.

Prólogo Pag. 9

Presentación Pag. 11

Croquis de un territorio en construcción Pag. 15

SUMARIO

Noticia:

POTREROGRANDE: EL OCASO DE UN BARRIO
QUE SE CREÓ COMO UNA TIERRA PROMETIDA

Nosotros dormíamos con miedo...

Katherín Yesenia Estupiñán

Pag. 19

Ya no íbamos a vivir con los pies sucios de barro...
¡No somos animales!



Noticia:

LABORATORIO EXPERIMENTAL
DE ORGANIZACIÓN SOCIOEMPRESARIAL
(LEOS) PARA POTREROGRANDE EN CALI

Ahí fui llevando esas tres cosas... fútbol, trabajo y baile

Carlos Alberto Montaña

Pag. 29

Dijeron que sabía bailar...
Entre el fútbol y el trabajo.
¡Eso era una laguna!
¡Nos metieron los dedos a la boca!
Buscando soluciones...

Noticia:

MAYORÍA DE DESPLAZADOS EN COLOMBIA
SON DEL PACÍFICO, DENUNCIA DEFENSORÍA

Nunca nos imaginamos el problema que se venía

María del Pilar Cabezas

Pag. 45

¡El campo es muy diferente a la ciudad!
Entre El Encanto y La Colonia.
Los familiares que vienen huyendo llegan a vivir allá.
En Potrero entre todos nos ayudamos...



Noticia:

LA TOMA POR EL ORO

***Hay que obrar bien
para que las cosas marchen bien***
Valeriano Carabalí

Pag. 58

Cuando llegó la represa...

Cuando el gobierno vio que todo estaba bien bonito
nos mandó a sacar.



Noticia:

REUBICARÁN A FAMILIAS DEL JARILLÓN DEL CAUCA

***En La Colonia éramos
como un solo conjunto***
Sara Selene Ortiz

Pag. 68

¡100% desplazados!

Un sueño roto.

Potrero grande no es un barrio, sino un cementerio.

¡Pero hay esperanza!

Noticia:

EN COLOMBIA EL 61% DE PERSONAS CON
DISCAPACIDAD NO RECIBEN NINGÚN TIPO
DE INGRESO ECONÓMICO...

***¡Que nos den oportunidades
y nosotros ponemos
de la de nosotros también!***
Álvaro Herrera

Pag. 80

De La Colonia no tengo nada que decir...

Una nueva vida.

¡En las esquinas no lo quiero ver!

¡Yo voy a responder por usted!

Somos personas trabajadoras, pero falta oportunidad.

Los colores de Potrero.



Noticia:

TRÁGICA MUERTE DE NIÑA ALCANZADA
POR BALAS DE PANDILLEROS EN CALI

***¿A usted le ha tocado alguna vez
irse sola a una invasión?***

Ana María Rivas

Pag. 95

Buscando la escuelita...
Llegaron grupos extraños...
Yendo y viniendo... buscando salvar la vida.
El drama de ser mujer, pobre, negra y desplazada...
Luchando por un techo...
Pariendo hijos en medio de la violencia y... la muerte llega.
Las burlas y el maltrato en la ciudad.
La tragedia de ayer, de hoy y de... los que no están en el sistema.



Noticia:

LA HISTORIA SIN FIN DE LA VIOLENCIA
EN EL VALLE DEL CAUCA

***Yo no le deseo a nadie
que pase de tener a no tener***
José Antonio Marín Ospina

Rodar y rodar...
La herencia de mi papá.
La vida en el pueblo...
¡Yo no era enemigo de nadie!
¡Ahí comenzó Cristo a padecer!
La historia es larga...
¿Pa' qué cárceles?

Pag. 114

Noticia:

POTREROGRADE, ATEMORIZADO
POR LA VIOLENCIA ENTRE PANDILLAS

Yo ando cayendo y levantando...
María Narsila Cabezas

Pag. 134

Allá, no es lo mismo que acá...
Si uno no paga lo mandan a pelar...
¡Ellos viven noticiándose!
¿Cómo tener mis hijos en un futuro?
A los desplazados nos tienen como cosas...
Los remedios de allá... de mi tierra.



Noticia:

ALARMA POR VIOLENCIA JUVENIL

***Yo los llevo hasta Cali,
les colaboro hasta el terminal,
pero de ahí me toca coger por mi lado.***

Agrispino Quiñones Preciado

No le podemos colaborar.
¡No quiero ver más sangre!
Mi hijo ya no me atendía.
La guerra en todas partes.

Pag. 148



Noticia:

POTREROGRANDE APUESTA
POR LA CONVIVENCIA
CON PROGRAMAS DE
DERECHOS HUMANOS

“Pueblo a levantarse que llegó la leche”

Clemente Valencia: “El heredero”

¡Yo era muy rebelde!
La vida en la pandilla...
Prestando el servicio militar.
De Puerto Nuevo a Potrero grande.
¡No necesitamos represión!

Pag. 163

Epílogo: Para que nos visite la esperanza

Pag. 177

Bibliografía. Pag. 187

PRÓLOGO

Si los autores aceptan publicar estas palabras, lo hacen sabiendo que no son un prólogo. No al menos mío. Porque la justicia de lo que yo pueda decir para explicar la consistencia humana de este libro, cojea ante lo dicho en la carta que desde el Observatorio de Realidades Sociales me enviaron para invitarme a escribir esto que aquí no aparece.

Entonces no es un prólogo. Quizás, apenas, el recordatorio de un encuentro. O de varios encuentros que ahora descubro se reflejan en este texto. Porque cada vez que como fuente busqué a alguno de los investigadores del Observatorio para conversar sobre la violencia que hace cojear tantos pasos en esta ciudad, las charlas terminaron gravitando, casi cada vez, sobre alguna de las historias que aparecen contadas a continuación.

Tal vez no sean los mismos nombres ni las mismas cicatrices, pero sí el mismo miedo, un hambre igual, la casa que no es casa, la cama que no es cama, el río convertido en caño, el caño que sirve de baño, el baño que también es cementerio, las motos tronando, mamá que llora, papá se fue, niños que no son niños, paredes de cartón, el suelo que es agua, hombres buenos, mujeres valientes, políticos ciegos, ciudad invisible, el filo del hambre, promesas, siempre promesas.

Desde el Observatorio y desde hace mucho, han venido trabajando en el lado más lejano de Cali, escuchando y viendo las cosas que casi nadie se ocupa de ver y de oír. De modo que por ese motivo, en sus explicaciones de la ciudad invisible aparecen historias todas muy distintas, pero a la vez parecidas entre sí, provenientes del origen mismo de donde se supone brotan la mayoría de males que nos rodean. Y al menos a mí, lo que me ha pasado después de escucharlas es que he podido detenerme en un ángulo a observar la realidad de ese lugar donde la justicia ni siquiera alcanzó a nacer coja.

Potrero grande, Vidas en Busca de la Reconciliación, es justamente eso: una sucesión de encuentros con voces que cuentan historias de dolor, casi siempre bitácoras del

engaño, que sirven para empezar a entender varias de las razones por las cuales la vida transcurre de la forma en que transcurre en uno de los barrios más incomprensidos de la ciudad que al oriente se extiende sobre la otra ciudad. Y es raro: aunque la mayoría de los relatos dan cuenta de luchas muy avanzadas con un aliento distinto al que el abandono deja en la voz de los olvidados, cada historia es un hachazo: “Mi hijo es un sueño roto”, dice Sara Selene Ortiz, 32 años, en la página 57. Si alguien quiere entender de dónde tensa una de las líneas que cortan en dos a Cali, deberá acudir a este encuentro y pasar las páginas. Puede que duela. Lo siento, debo ser honesto, esto no es un prólogo.

Además el prólogo ya estaba escrito. Quedó hecho en la carta a través de la cual me invitaron a leer este libro y de la que reproduzco apartes que explican su génesis. Ante esas palabras, nada más justo habría podido escribir. Cualquier idea habría resultado coja. En mi justicia, son estas palabras las que aquí deben aparecer:

“Se concibió hacer la investigación a inicios de este año en medio de una crisis grave en Potrero (...); entonces, como una forma de apaciguar los bandos enfrentados, pedimos la presencia del Obispo en el barrio y ese día mientras hacíamos una oración presidida por Monseñor Darío se inició un enfrentamiento entre dos mujeres jóvenes al frente nuestro (...). Una abuela se acercó y me dijo: que pecado esto enfrente de un Obispo, es que en este barrio no está Dios, yo creo que aquí ni el diablo viene, tienen que perdonarnos (...). Nos dolió el sentimiento de la señora y nos comprometimos a iniciar una investigación lenta que escuchara la voz, los testimonios de vida de los pobladores (...). El documento se publica en una serie que denominamos Cuadernos Ciudadanos (...). Es la forma que tenemos de llamar la atención sobre la dimensión de un problema que no se quiere nombrar; que se quiere soslayar; es una forma, nuestra forma, de hacer los llamados éticos y ciudadanos que correspondan”.

Jorge Enrique Rojas
Editor Unidad de Crónicas - Diario El País
Cali, septiembre 29 del 2014

PRESENTACIÓN

El conflicto armado, la guerra y la lógica de la expropiación violenta generaron en las últimas décadas en el suroccidente colombiano un gran aluvión migratorio cargado de desespero y desarraigo, que tiene efectos inimaginables e incalculables. ¿Cómo dar cuenta de ese proceso marcado por la deshumanización y la irresponsabilidad social y política?

En medio de furias regionales, de verdaderas conflagraciones en los litorales, las selvas y las serranías, la ciudad se fue inflamando, fue tragándose en sus nuevas e improvisadas barriadas todo el dolor y el duelo que llegaba desde distintos puntos cardinales,... se fue haciendo y rehaciendo con los ecos del despojo en un laberinto lleno de voces y reclamos, generando tras las mareas del aluvión nuevos procesos de colonización urbana marcados por la emergencia incluso festiva de nuevos sujetos sociales.

En ese escenario de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI grandes colonias, principalmente de los departamentos del Chocó, Nariño, Putumayo, Valle del Cauca y Cauca, fueron haciéndose a un espacio de reasentamiento en la ciudad, a veces alentados por lazos familiares, a veces arrojados por la contingencia y la desgracia y en no pocas ocasiones, atrapados por redes de pirateo de tierras, por microempresas clientelistas o por telarañas criminales. Dichas colonias, se fueron encontrando en nuevos enclaves al oriente de Santiago de Cali, en el viejo centro abandonado o en las laderas occidentales de la salida al mar y de la zona de amortiguamiento de los Farallones de Cali, lugares todos en los que día a día se siguen adecuando cambuches y corriendo las cercas.

Específicamente, en la margen oriental de la ciudad confluyeron estos nuevos flujos migratorios con miles de familias llenas de incertidumbre, viviendo de manera crítica un nuevo poblamiento de los barrios. Esta circunstancia vino a matizar mucho más la vida colectiva de las barriadas, pues desde los años sesenta en estas zonas se habían establecido núcleos urbanos en medio de una informalidad

festiva, distanciada de las lógicas institucionales del Estado y del mercado formal, pero con un fuerte arraigo en culturas populares rurales, urbanas y suburbanas, alimentadas entre otras por calamidades regionales, y las consecuentes peregrinaciones generadas por los maremotos de Tumaco en 1972 y 1979, el terremoto de Popayán en 1983, el terremoto de Armero en 1985, la construcción de la represa La Salvajina en 1986, la avalancha del río Páez en 1994 y el terremoto de Armenia en 1999.

A finales de los años noventa enclaves como el Distrito de Aguablanca en el sur oriente o barrios del nororiental de Cali como Petecuy y Floralia ya conformaban un grupo poblacional de más de 700.000 habitantes y estaban fuertemente presionados por nuevas cohortes de población desplazada por efectos del conflicto político armado, enfrentándose a evidentes problemas de subsistencia, convivencia, falta de infraestructura social y urbanística en un territorio con un nivel de “normalización” precaria.

Al entrar al siglo XX la ciudad contaba con aproximadamente 100 asentamientos de desarrollo incompleto o invasiones, en los que se ubicaban cerca de 200.000 habitantes mezclados en su procedencia: unos, eran desplazados del Pacífico, otros de los departamentos del sur de Colombia, pero especialmente muchos procedían de barriadas caleñas; todos ellos en busca de techo y lugar para habitar y ver crecer sus familias.

Así, se pobló La Colonia Nariñense en las márgenes del barrio Mojica y se creció la frontera de asentamientos como Puerto Nuevo, ubicado sobre El Jarrillón del río Cauca o El Valladito en El Retiro. El choque social, la ausencia de recursos, la presencia de actores del crimen local, el diagnóstico de riesgos físicos sobre estos territorios, el crecimiento de grupos juveniles en conflicto, la generalización de un estigma y las preocupaciones de la ciudad formal por el crecimiento de estos entornos como circuitos de violencia, generaron a comienzos del año 2000 una política pública de reubicación en lo que hoy se conoce como la Comuna 21, al oriente caleño, en el margen izquierdo del río Cauca.

De esa manera, en terrenos que al parecer fueron propiedad rural de un conocido narcotraficante de la ciudad y luego comprados por el municipio de Cali en medio de irregularidades e improvisaciones ampliamente denunciadas se construyeron las primeras casas de Potrerogrande. Formando, posteriormente, en un terreno de 4 hectáreas, un conglomerado de 4.000 familias, con cerca de 30.000 habitantes en casas de 3,8 x 10 metros, con pocos espacios de amoblamiento público y deportivo.

Este sitio, que visto con sus calles nuevas y zonas verdes sin equipar, se parece mucho a la maqueta que se exhibía a mediados del 2000 en el Centro Administrativo; es el lugar donde hemos conversado con once personas, hombres y mujeres, la titular de un equipo de fútbol¹: Katherine, Carlos Alberto, María del Pilar, Valeriano, Sara Selene, Álvaro, Ana María, José Antonio, María Narcila, Agrispino, y James, quienes generosamente han accedido a hablar de la memoria de su trayecto para llegar a Potrerogrande, un barrio que encarna la experiencia de la migración y los efectos de la guerra, así como las políticas sociales de respuesta y en particular las “alternativas” de vivienda popular de la ciudad de Cali y quizás de las ciudades colombianas. Ellos hablan de una memoria presente, no es mero pasado recreado, sus palabras forman relatos vivos que van y vienen por el drama social extendido en las márgenes de la ciudad, que llaman a un proceso serio de reconciliación en la Colombia urbana. Sus vidas van a la saga del hilo dramático que expresa esa experiencia de las violencias en la Colombia de hoy; tienen origen en el encuentro de migrantes con la ciudad, pero también hablan de las contingencias de las comunidades marginales previamente establecidas y que han sufrido procesos de migración interna no menos violentos.

Es así como los textos que componen esta publicación son de carácter biográfico y testimonial, en un diálogo que le da cuerpo y nombre colectivo a los hechos que se hacen noticia. Su escritura inicia a comienzos del año 2014, cuando a raíz de uno de los cíclicos eventos

¹ Algunos de los nombres en los relatos se han cambiado por solicitud expresa de los testimoniantes.

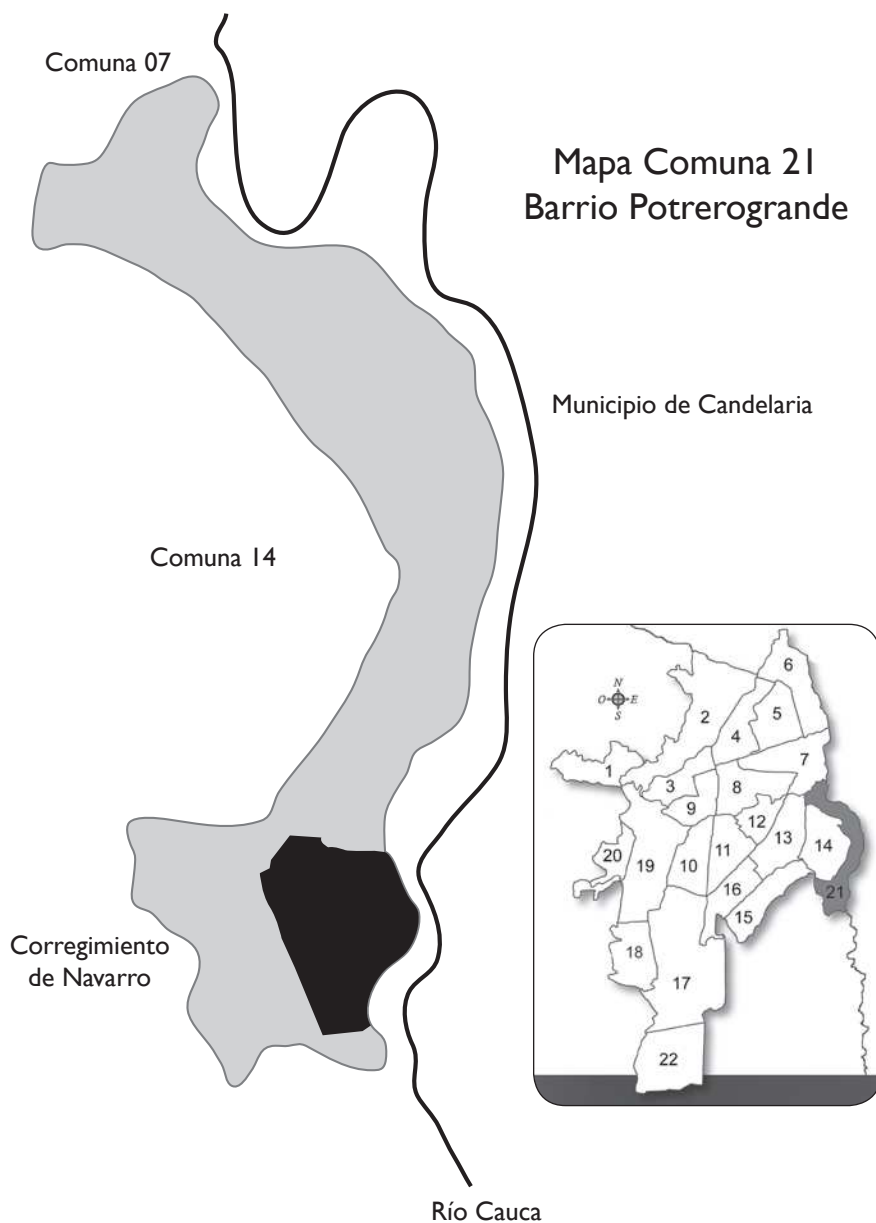
de agresividad y violencia en la comunidad, se nos impuso la tarea de dar cuenta de lo que acontecía. Durante tres días estuvimos en labores de acompañamiento y fue posible reportar de la mano de varias instituciones la difícil confrontación, la letalidad de los enfrentamientos, y el nivel de sufrimiento social que se generaba. Así, en el discurrir de los meses comenzamos a explorar con los pobladores: reconociendo sus pesadillas, sus sueños más profundos y sobre todo sus esfuerzos cotidianos para sacar adelante sus familias y vecindarios. Este escrito es el resultado de un esfuerzo colectivo en muchos sentidos; tanto de quienes participaron en su elaboración escrita como de quienes trabajan día a día como animadores sociales en el barrio, aquellos que en medio de su cotidianidad compartieron sus testimonios de vida sobre el peregrinar por la región y los márgenes de la ciudad.

El caminar con estos valiosos hombres y mujeres construyendo los testimonios, a veces nos ha producido humedad en el rostro, a veces nos ha arrancado risas colectivas y grandes gestos de sorpresa ante su tesón y creatividad colectiva; en sumas y restas, a pesar de las fuertes y dolorosas imágenes que llegan con sus palabras, nos han regalado esperanza y reflexiones invaluable sobre las formas de vida en la ciudad.

En varios momentos sentimos que la inquietud inicial por las condiciones de vida y convivencia en este sector nos excedía y que en Potrero grande, como en otro centenar de barrios populares caleños o de las principales y más grandes ciudades, se encuentran las señales de un tránsito histórico hacia un país urbano que no logramos comprender muy bien aún y que guarda desde los entramados locales, en sus historias orales, en sus gestos corporales, las llaves de la paz o de la perpetuación de la guerra y la injusticia social. Nos hemos dicho hablando con estos once hermanos colombianos que las verdaderas llaves de la paz con inclusión social y cultural están por estos vericuetos urbanos, por estas calles con olor a pueblo alborotado.

Veamos de qué se trata.

CRÓQUIS DE UN TERRITORIO EN CONSTRUCCIÓN





Noticia:

POTREROGRANDE: EL OCASO DE UN BARRIO QUE SE CREÓ COMO UNA TIERRA PROMETIDA

El 60% de los jefes de hogar en Potrerogrande no terminaron sus estudios de primaria ni secundaria. El 67% de ellos no alcanza un salario mínimo legal vigente, según datos de la Secretaría de Vivienda Municipal.

Tierra prometida, tierra de nadie

Entre 2006 y 2009 se asignaron 3.867 casas. Ni siquiera la Secretaría de Vivienda de Cali sabe con precisión cuántas de ellas están abandonadas o lo que es peor, invadidas.

Marco Zambrano, titular de la dependencia, confirma que en el barrio se respira miedo. “Es poco lo que podemos hacer. Recibimos algunas denuncias, pero si nosotros intentamos hacer un desalojo porque alguien se adueñó de la casa que no le correspondía, nos atacan”, revela.

En Potrerogrande susurran que allí vive gente especializada en hacer invasiones y que cuando los temerosos se van, éstos se quedan con las casas desocupadas para ponerlas en alquiler y así se hacen dueños de cuatro y hasta más inmuebles.

A esas familias que durante dos décadas invadieron zonas de alto riesgo se les asignó una casa con una cuota, con promedio mensual de entre \$50.000 y \$60.000. Pero al nuevo barrio no solo se trasladaron los habitantes, sino sus dificultades y “las malas costumbres”.

La semana pasada la urbanización cumplió cinco años, pero hasta ahora solo el 8% de los propietarios está al día con sus

cuotas. El resto, es decir, 3.485 dueños, tienen más de 24 meses de mora.

Marco Zambrano sostiene que no hay forma de hacerle entender a la gente que “si no se pagan los impuestos, los servicios públicos y hasta la propia casa donde viven, la ciudad no puede prosperar”.

Explica que ha habido reuniones con la comunidad para re-financiar la deuda. A algunos se les da la oportunidad de pagar cada semana porque aseguran que sus ingresos son diarios, pero ni así cumplen.

El funcionario no lo justifica, pero advierte que en Potrero-grande el 25% de la población está desempleada.

Tampoco pagan los servicios de agua y energía que les suministran las Empresas Municipales de Cali. Rodrigo Bolaños, jefe del Departamento de Venta de Energía de Emcali, dice que en el barrio hay usuarios, pero no clientes. “Allí la gente sigue pensando que todo tiene que ser gratis”, señala.

Es más, en una de las calles del barrio, una mujer descalza y con dos niños a su lado responde que no pidió que la sacaran de su rancho. Por pensamientos como este, tal vez, es que la empresa de servicios tiene una cartera de \$991 millones por acueducto, alcantarillado y energía correspondiente a esta zona. El corte es a diciembre del 2010. Únicamente en energía se pierden \$150 millones mensuales.

Al principio, agrega el funcionario, se hacían los cortes por mora. Con el tiempo hubo amenazas, operarios heridos y por miedo se dejó de realizar el proceso.

“Para cortar el servicio de agua hay que romper la calle, entonces tendríamos que dañar todas las cuadras del barrio. Además, por cada suspensión se gastan en promedio \$500.000 y de nada sirve cuando la gente después hace conexiones fraudulentas que generan pérdidas adicionales”, sostiene Eduardo Caballero, jefe del Departamento de Pérdidas de Acueducto.

Diario El País. Cali. 13/02/2011



I

Nosotros dormíamos con miedo...

Katherín Yesenia Estupiñán





Estoy casada y tengo tres hijos. Nací y viví en Guapi Cauca, hasta que en el 2003 nos tuvimos que venir a Cali, dejando abandonada la tierra...

Allá, en Guapi vivíamos con mi papá; mamá vivía por esos días en Cali. Cuando mataron a mi papá ella fue y nos trajo. Papá era el que respondía por nosotros, él era pescador, iba a la mar a pescar para traernos el sustento mientras mi hermano y yo estudiábamos. Teníamos todo, tierra, casa, finca, no nos faltaba nada, pero cuando lo mataron quedamos desamparados.

Todo pasó en una pesquera. La asaltaron y mataron a 16 personas, allí cayó él. La casa que teníamos la dejamos botada. Anoche me dijo una tía que la casa se había caído, que está el mero terreno ahí pelado, pero a nosotros nos da miedo volver allá.

A Cali llegamos a la invasión de La Colonia Nariñense, porque mi tía, la hermana de mi mamá, estaba viviendo en una casa de posada y como nosotros veníamos desplazados, ella habló con el dueño de la casa y nos recibieron.

La Colonia era difícil. Los ranchos eran de esterilla, las puertas las cerrábamos con unos palos, ese era el seguro de las puertas. La puerta era como sacar una mesa de un lado al otro. Al comienzo dormíamos con miedo, porque una casa así no tenía “aseguranza”, además nosotros veníamos de una guerra y llegábamos así, a una invasión.

Eran tiempos peligrosos en La Colonia. Andaba mucha delincuencia de los encapuchados, no se metían con la gente del barrio, pero a los que dormíamos con esas puertas así nos daba miedo que en algún momento fueran a hacernos daño.

Estando ahí, a los dieciséis años, quedé embarazada de mi hijo el mayor; conseguí mi esposo y decidí no vivir más con mi tía. Me fui a otra cuadra de la misma invasión a vivir con él; me organicé, estamos casados y vivimos juntos, tenemos nuestro hogar organizado, gracias a Dios.

En el 2012 nos reubicaron en Potrerogrande, al principio... cuando a mi marido le llegó el proyecto que decía que nos iban a reubicar me dio mucha alegría, porque yo dije: “¡uy! vamos a tener una casa digna;

con más comodidad. No vamos a tener que pensar que vienen a sacarnos de aquí, porque es una casa digna”. Nos dio mucha alegría porque salíamos de una invasión a vivir en un barrio.

Ya no íbamos a vivir con los pies sucios de barro...

Por esos días estuve yendo a las reuniones que Secretaría de Vivienda hacía sobre la reubicación y participaba en los sorteos, pero el titular era mi marido. Le dijeron que faltaban dos subsidios... el de mejoramiento de vivienda y el otro, que con eso quedaba la casa a paz y salvo. Ese fue el engaño que nos dijeron. Cuando mi marido fue a firmar ese contrato no permitían leer, es decir, primero leer para después firmar. Tenían que firmar y cogían esa hoja y la tapaban, era una carta cheque que le entregaron. Mi marido firmó y luego le dijeron de unas cuotas que tenía que pagar, eso era como de ocho millones de pesos y nunca nos dijeron de intereses ni nada.

Nosotros pagamos 92 mil pesos y apenas son 20 mil que van a la casa, el resto son intereses... la verdad, ahí en el barrio hay personas a las que no nos alcanza para pagar una cuota, porque somos personas que no tenemos un trabajo estable, no nos ganamos lo que el gobierno piensa que ganamos trabajando. Mi marido es carretillero, es chatarreero. Él se va a trabajar y si se gana 20 mil pesos, ahí queda, tiene que alimentar al caballo, pagar un parqueadero para el animal y entonces no queda nada para pagar la casa, no queda nada.

Mis tres hijos y yo estamos metidos en la base de datos de desplazados y decían que los desplazados no pagaban casa. Yo meto papeles por la casa y me los rechazan, me dicen que no soy la titular, que no tengo como negociar. Yo he ido a alegar allá en Secretaría de Vivienda, me dijeron que el gobierno no tiene convenio. Nunca nos hacen conocer el derecho que nosotros tenemos, porque se supone que un desplazado no es para pagar casa, pero allí en Potrero grande somos mucha gente desplazada y estamos pagando casa, tanto hombres como mujeres.

Cuando salimos de La Colonia escuché que nos iban a reubicar porque ese terreno lo estaban pidiendo para construir un centro comercial, también decían que para tener mayor comodidad, pero el gobierno nos engañó, no tuvieron compasión. La verdad en La Colonia Nariñense teníamos energía, agua potable, no nos faltaba nada; solo era trabajar para buscar el sustento y no más. En La Colonia éramos muchos los desplazados con problemas y nos mandaron a otro problema. Todo es un caos, un caos que se formó cuando nos llevaron a Potrero grande.

Cuando llegamos a Potrero nos entregaron la casa con una pieza, una mini salita, la cocina ahí incluida junto con la sala, una piecita arriba y la verdad, si somos nosotros cinco... no cabemos, yo, mi esposo y mis tres hijos, ahora imagínese una familia de diez. Nos dejaron un espacio para construir, pero la verdad mi marido tiene un trabajo que no es seguro, lo que mi marido trabaja no es suficiente para sostener una familia, por eso yo necesito un empleo.

Mire, los recibos también los tenemos altísimos. El recibo nos está llegando por cincuenta, sesenta mil pesos, agua y energía, y eso que ahora no tenemos nevera, solo tenemos el televisor y cocinamos con gas, llevamos la pipa y nos la recargan por seis o doce mil pesos, con eso cocinamos una semana. Desde que nos pasamos a Potrerogrande nunca hemos pagado la cuota. Tenemos cuatro años de estar viviendo ahí, debemos ocho millones, pero con los intereses ya van más... ahora último nos llegó una carta en la que decía que teníamos que acercarnos para negociar las casas; que teníamos que pagar, que era el compromiso en el que habíamos quedado. En fin, prácticamente unas amenazas, nos están diciendo que si nosotros no pagamos nos desalojan de las casas.

Por otro lado, esto acá está muy difícil, con nosotros aún no se han metido, pero tenemos miedo por las balaceras que se forman, estas casas no son seguras. Cuando uno menos piensa escucha un primer tiro, luego el segundo y cuando va a ver se están enfrentando. Si tiene sus hijos afuera los entra y cierra su puerta.

Yo soy del sector nueve y a veces se enfrentan del mismo sector, a veces entre sectores, a veces se enfrentan con gente de afuera o a veces entre ellos mismos. Yo me aparto de las personas, pues con esos conflictos es mejor no hacerse a ningún grupo, para que no digan que ya está llevando o ya está trayendo, que fue a decir cosas allá. Más vale no salgo de mi casa, solo cuando voy a comprar o cosas así.

Ahora está calmado porque llegó la policía, porque si no hubiera policías, ¿se imagina cómo estaría esto? Aunque hay unos policías que se portan bien y otros que se portan mal; a veces cuando se forman los conflictos, en vez de ir a apagar el fuego lo que hacen es atizarlo para que el fuego arda más. Si hay una pelea ellos llegan agresivamente dándole a cualquiera, al que lo cojan le dan con ese boliche o con la cacha del fierro.

Los policías llevan como veinte días de estar aquí. Actualmente no ha habido muertos, pero las otras veces sí, muertos y heridos. Mire,

aquí si usted tiene sobrinos, primos o hermanos que están en pandillas, usted no puede pasar de un sector a otro porque la cogen con usted. Ese es el problema que hay, si usted tiene un sobrino en una banda y la ven por ahí y se dan cuenta que son familia ya tienen para decirle: “No pase, sino le pegamos” o... cosas así.

Por eso cuando mis hijos salen de estudiar del colegio blanco, yo los mantengo encerrados, si me ruegan los dejo salir un ratico y después los entro. Es que el barrio puede ser muy lindo pero cuando se forma el despelote da tristeza, además todo el mundo lo discrimina a uno por muchas cosas que se escuchan.

¡No somos animales!

Lo otro es el nombre que el gobierno le dejó al barrio. Antes de hacer estas casas aquí vivían las meras vacas, por eso le decían potrero, un terreno para animales. Entonces debieron ponerle otro nombre al barrio.

Otra cosa que no me gusta de Potrero es que a veces salimos y tenemos problemas para coger una ruta que nos lleve a dónde vamos. Ahora han quitado muchas rutas; o es como en La Colonia que usted salía y ahí cogía los carros, cogía la buseta y a cada ratico pasaban. Acá en Potrero para coger el MIO tenemos que salir hasta el Nuevo Latir o ir allá a Andrés Sanín a coger las rutas, nos queda difícil. Por ejemplo para ir a una entrevista, a uno le coge la tarde porque tiene que andar de transbordo en transbordo.

Ahora en el Centro de Salud la atención es muy mala. Es un problema para sacar una cita, uno madruga a las cinco de la mañana, tres de la mañana, cuatro de la mañana y cuando va a recibir la ficha dicen que no hay, que se acabaron. Madrugamos mucho y nunca alcanzamos, además lo abren a las siete de la mañana, lo cierran a las cinco, seis de la tarde y hasta el otro día. Mire que cuando vivíamos en La Colonia todo era diferente, porque si a usted le cogía un dolor a la media noche usted iba al Carlos Holmes las 24 horas y estaba abierto para atenderlo. Pero allá en Potrero, usted va a esa hora y está cerrado. Tiene que pasar trabajo cogiendo taxi para llegar al Carlos Holmes y los taxis entran pero con apoyo de la policía, mejor dicho tenemos que buscar un policía, que el policía traiga el taxi a la puerta de la casa y el policía acompañar al taxista a que salga del barrio.

Yo lo único que le pido a Dios y al gobierno es que nos den una casa digna, que nos quiten ese peso de encima, esa amenaza de que si

no pagamos podemos ir a la calle. Yo le ruego al Señor que el gobierno ablande su corazón; ellos saben cómo vivimos en Potrerogrande, ellos saben la necesidad que nosotros tenemos, ellos saben la pobreza que se vive en el barrio, entonces, que se pongan la mano en el corazón, porque así como necesitan un bienestar para sus hijos, nosotros también necesitamos ese bienestar. Todos somos seres humanos y todos tenemos derecho a una casa digna para criar nuestros hijos, para que sean personas de bien el día de mañana. Por eso, si mandaran a que nos sacaran de las casas se formaría una guerra tenaz, porque hay personas que no van a permitir que los echen a la calle... el gobierno tiene que ver esa situación. Aquí hay muchas madres cabeza de hogar y si hacen un censo se pueden dar cuenta que la mayoría son desplazados, la mayoría pasan trabajo para sostener sus hijos; hay mamás que se van al semáforo a vender agua, a vender cualquier cosa por traer el sustento a sus hijos, hay mamás que también se tienen que ir al tuntún a pedir, van así a tocar en las casas a que le regalen cosas para poder traer la comida a los hijos. Y con tanto sacrificio no está bien que el gobierno nos venga a quitar las casas por una cuota; porque si nosotros pagamos una cuota, ¿con qué vamos a darles comida a nuestros hijos?; si nosotros le damos de comer a nuestros hijos, ¿con qué vamos a pagar una cuota?

Entonces que se pongan la mano al corazón.





Noticia:

LABORATORIO EXPERIMENTAL DE ORGANIZACIÓN SOCIOEMPRESARIAL (LEOS) PARA POTREROGRANDE EN CALI

Los nuevos modelos de desarrollo social serán oportunidad de negocio para los pobladores. Son liderados por la Administración Municipal, Secretaría de Vivienda Social, el Sena y Bienestar Familiar.

Mañana jueves 6 de diciembre se realizará una mesa de concertación en el que se busca potencializar la capacidad empresarial de la comunidad de Potrerogrande.

Por tal motivo se ha extendido la invitación a representantes del sector productivo de la ciudad para que conozcan los planes de negocio viables, para que contribuyan a hacerlos realidad y consolidar así un proyecto de vida

Lucierne Obonaga Lopera, Secretaria de Vivienda Social expresó que “desde el pasado 18 de noviembre se inició el proceso con toda la comunidad, pues una de las reglas del programa Leos es la creación y el fortalecimiento de proyectos o planes de negocio. Es por eso que 380 personas y líderes atendiendo el llamado, han contribuido con la organización de la comunidad y la conformación de comités de trabajo para cumplir los objetivos”.

Como es indispensable que las personas participantes pongan a trabajar su creatividad e ingenio en este punto y de igual forma visualicen las oportunidades de negocio que se puedan estar presentando, los participantes se dividieron en 15 talleres entre los que se encuentran electricidad, máquinas planas, enfermería, mampostería, mecánica automotriz, mercadeo, panadería y construcción, entre otros.

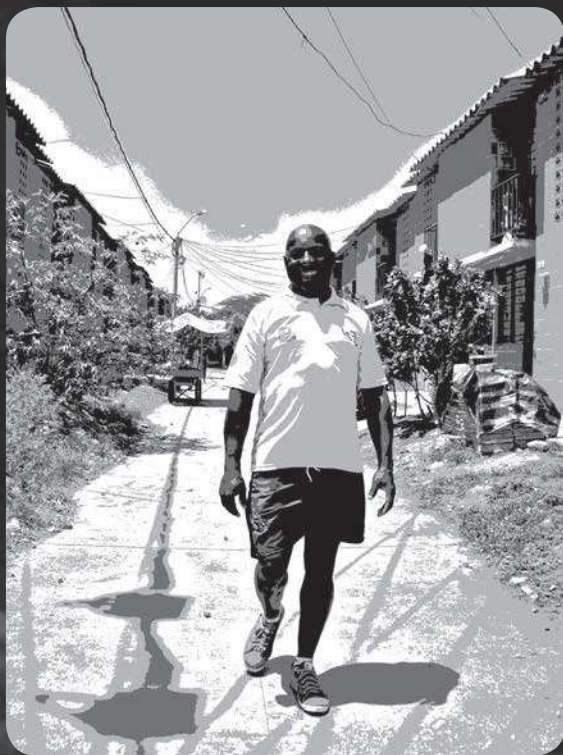
La ejecución del plan de capacitación, que tiene una duración de 20 días, estará a cargo de un grupo de 7 instructores y asesores, bajo la dirección del Sena, seccional Bolívar.

La entidad se encargará de ayudarles a definir, plasmar y darle valor a cada idea de los participantes, hasta la creación de la Corporación Empresarial “Nuevo Amanecer” y la conformación de los comités de infraestructura y construcción, bienestar social, logísticas y finalmente los proyectos, para la investigación de programas productivos.

“Quienes han participado del proceso de formación, en compañía de los instructores y asesores del Servicio Nacional de Aprendizaje SENA, han podido analizar lo viable y factible de cada proyecto propuestos, para disminuir los riesgos y la posibilidad de fracaso de éste, luego de su ejecución”, resaltó Lucierne Obonaga.

Finalmente señaló, que es importante que una organización que se gesté y se construya con el objetivo del desarrollo integral de ella y por ende el de sus asociados, deba tener muy claro desde el principio qué clase de organización desea ser y qué clase de asociados requiere a su interior, para luego proyectarse hacia el medio que la enmarca.

El Tiempo. 21/12/ 2007



2

Ahí fui llevando
esas tres cosas...
fútbol, trabajo y baile...

Carlos Alberto Montaña, El Rey del Swing





Yo me crié con mi tío, acá en el barrio Miraflores. Mi mamá era de Puerto Tejada y mi papá, que no lo conocí, era de Buenaventura.

Nací aquí en Cali, el 17 de diciembre de 1956. Ella decía que yo nací en Alameda, en una casa donde trabajaba... mis padrinos eran los patrones de ella pero tampoco los conocí.

Mi mamá me llevó de dos años a Puerto Tejada, allí vivimos como unos tres años, luego regresé porque mi tío Vicente se vino a trabajar acá a Cali... De ahí como a los siete u ocho años me volví para Puerto Tejada donde mi mamá, ella ya no quiso volver a Cali a trabajar.

De ese tiempo tengo muchos recuerdos. Yo pienso que la niñez de antes era distinta, no había tantos peligros, uno se podía divertir... allá en el pueblo, aunque me daban látigo unas cinco veces en el día porque al frente de mi casa quedaba la cancha de fútbol y llevaban unas chivas... yo me iba volado para allá a tomar leche, cuando mi mamá me veía me daba látigo y decía: "No vuelve a molestar con esas chivas". Pero es que podían más las ganas de tomar leche que la pela. Nos montábamos en unos caballos y siempre me daban látigo por eso y por mantener en el río. Yo me tiraba por allá de unos puentes altísimos -del puente colgante, de un puente de cemento-, nos montábamos a la última viga y de allá nos tirábamos. Eso era en el río Páez en La Paila y también en el puente colgante entre La Paila y El Palo. Me gustaba mucho el clavado y todo eso.

Después, un tío que tenía un conjunto de danzas que se llamaba *Los macheteros del Cauca Grande* me llevó a una adoración, la adoración es al Niño Dios y a la Virgen María. Allí se baila bunde y toda esa vaina. Con esas adoraciones se acuerda uno del nacimiento del Niño Dios y entonces por eso es que se baila para recibir al niño con música y baile. Entonces fui y al tío como que le gustó el desempeño mío, me dijo "mijo, véngase para el grupo". Estuve en el grupo hasta más o menos los 15, 16 años.

Mi primera venida a Cali fue en el año 71, cuando estaban los Juegos Panamericanos. Muy elegante estar en las diferentes disciplinas deportivas. El tren era gratis, recuerdo que estuvimos muy chévere. Mi llegada fue al barrio Antonio Nariño donde mi tío, él ya murió, se llamaba Edgar Vicente Montaña, pero yo a la señora de él le digo hasta mamá. Mi tío fue una gran persona, un gran señor, él nos compró un rancho que tie-

nen mis hermanos ahora en Antonio Nariño por toda la carrera 39. Él le compró eso a mi mamá, pero a mí me gustaba estar con mi tío por eso me quedé con él hasta que tenía unos 18 años. Cuando llegamos a Antonio Nariño no había agua en las casas, teníamos un aljibe grande de donde se sacaba agua para lavar los baños, lavar los platos. Por el agua de consumir íbamos a unas pilas que había en Mariano Ramos, al frente de Puerto Rellena. Había un poco de llaves donde uno ponía esas latas de manteca, las organizábamos para poder cargar. Cuando había plata, comprábamos la tina de agua. Pasaba el carretero pregonando “*agua de Cali, agua de Cali*”. Entonces uno compraba.

Cuando yo llegué a Cali estaban los cuatro barrios, no sé si es que los hicieron...pero ya estaban Antonio Nariño, La Unión, República y Mariano. No estaba tan poblado como está ahora y todo estaba en construcción.

Por esos días no solamente estaba en el grupo de danzas sino que también empecé a jugar fútbol, lo hacía con un señor que no recuerdo cómo se llamaba pero que nos enseñaba mucho. Yo prefería el arco aunque un día caí en cuenta que me tocaba esforzarme mucho por lo bajito y le fui cogiendo como cosita, entonces empecé a jugar de marcador de punta; me levantaba temprano y entrenaba, ya luego me ponían de delantero en la cancha de Antonio Nariño, por esos días en los cuatro barrios había canchas pero la más elegante era la de Mariano.

Empezamos a jugar fútbol allí, cuando empezaron a hacer los juegos de los cien barrios caleños. Todos los barrios de Cali se reunían y cada uno sacaba la mejor selección, sacaban los mejores boxeadores, incluso los mejores cantantes -el cantante de los cien barrios caleños-. Empecé a jugar esos torneitos también me gustaba mucho el boxeo, por eso me puse a practicarlo, hasta que un día me dieron muy duro y pese a que los compañeros me rogaban y que el entrenador me decía que tenía potencial yo le cogí miedo, sinceramente el boxeo no. Seguí en fútbol y en baile al mismo tiempo. Cuando llegué al grupo de danzas, Cali ya no era como en Puerto Tejada que yo andaba como a mí me daba la gana. No, acá no, acá yo salía de la casa solo cuando iba a entrenar fútbol y ya.

Dijeron que sabía bailar...

Por ese tiempo empecé también a trabajar construcción con mi tío y un día que el Cali ganó un partido, todo contento me dijo: “esto hay que irlo a celebrar” y me llevó a una caseta que se llamaba El Borinquen a bailar. Yo empecé a bailar normal, como yo bailaba, cuando vi que la gente se me fue amontonando. Me rodearon, me dio pena y hasta paré de bailar. Mucha gente me decía “hágale pues negrito”, y mi

tío “que baile mijo”. Entonces a raíz de eso, los sábados me iba a tomar mi cerveza y a bailar. Ahí fui llevando esas tres cosas... fútbol, trabajo y baile. Eso fue evolucionando, resulta que empecé a jugar fútbol en mi barrio, en esos juegos que les decían industriales, con todas las empresas de acá. Todo fue por un compañero que me llevó al equipo de un laboratorio... ese fue el primer equipo en el que jugué en los Juegos Industriales. Ahí me daban platica por el partido.

En ese tiempo también me iba a cualquier caseta, a cualquier bailadero hasta que me encontré con un bailarín que le decían Manchura. Eso fue un domingo en un bailadero que había en El Diamante, que se llamaba la *Son Salsa*, ahí yo era el que mejor bailaba, pero Manchura había ido a una exhibición para presentarse al otro día. Cuando el salió a bailar yo pensé “uhh, yo bailo más que ese man”, pero lo que no sabía era que él era un profesional bailando. Entonces fui y me le metí, me le pegué... y el hombre saque pasos y yo saque, el dele y yo dele. Cuando se acabó, él me dijo:

- *“Vení, vos bailás bastante, esperáte que ahorita hablamos. Déjame bailar y ahorita hablamos. Yo tengo una escuela de baile en Eduardo Santos, por el Bembé. Andá, yo te voy a explicar una cosa... vos bailás muy bien pero te falta, yo te voy a enseñar unas cosas”.*

Cuando llegué me presentó a sus Muchachos del Ritmo y me siguió explicando:

- *“Para bailar hay que tener estilo, usted tiene muchos pasos pero le falta estilo, y para bailar hay que ir acorde con la música, y usted no hace eso. Yo aquí le voy a explicar. Hay que tener mirada, hay que tener mucho oído, y la sonrisa no te debe faltar bailando. No agachés la cabeza”.*

Entonces el hombre me fue enseñando, me enseñó unos quince días porque yo no sé si usted se acuerda que él se murió, dicen que la sangre se le carbonizó. Yo iba a salir con él, iba salir a hacer una presentación pero él ya me había presentado como bailarín, porque los lunes en el Honka Monca era de puros bailarines. Ese era un lugar muy elegante, amplio, con una gran pista de baile, donde nos reuníamos todos los bailarines... yo tenía un carnet que nos daban, un carnet de rumbero. Ellos mismos nos conseguían los establecimientos donde nos íbamos a presentar. El Honka Monca era azul claro con naranja, y unos asienticos así como los Rimax. Como él faltó nosotros seguimos bailando, me acuerdo tanto que conocí a Watusi, a Evelio. La primera vez que Watusi me vio dijo: “este no es ni tan malo ve...” una vez lo vi bailando y lo vi haciendo un pase que se llamaba ‘la tijera’, a mí me gustó el paso y yo

empecé a darle hasta que lo cogí. El día que me presenté metí el paso en el repertorio.

Amistad era lo que había, nos presentábamos donde fuera con El Resorte, nos decían ‘Los Mellizos del Ritmo’. Yo empecé luego a bailar como solista, me iba a bailar solo.

Luego le cogí más pereza al fútbol, porque mi mamá se me empezó a meter: *“usted tan flaquito que está, que vea mijo usted no va a durar nada”*. Yo me amanecía bailando todos los días porque el baile tiene disciplina también. En ese tiempo no había restricción de nada, la rumba era hasta que salga el sol en Juanchito. A veces llegaba a la casa al otro día, a veces llegaba a la una, tres de la mañana, me acostaba un ratico y me tenía que levantar a entrenar a la cancha, correr y después me tocaba preparar lo que iba a bailar por la noche...eso era un ajeteo. Cuando me invitaban a jugar fútbol me tocaba irme bien trasnochado, uno jugaba hasta tres partidos diarios. Yo era flaquito, y mi mamá me decía *“no mijo, usted no va a durar nada”*.

Le fui cogiendo como miedo a la vaina y empecé a dejar de ir a bailar y empecé solamente a darle más al fútbol. Por cosas empecé a entrenar con el Cali, con el doctor Alejandro en la cancha de Los Seguros Sociales, ahí estuve un tiempo, hasta que en una recocha un pelado se me paró en el tobillo y estuve como cuatro o cinco años que no volvía jugar, y cuando bailaba se me volteaba la rodilla. Hasta que un compañero me llevó donde un señor, me dijo: *“ve, yo tengo un médico bueno por acá”*. Entonces me dijo: *“eso se arregla, le voy a poner unas inyecciones, duelen pero con estas inyecciones se cura”*. Me colocaron cuatro inyecciones, dos un día y después las otras dos, y a los quince días ya jugaba común y corriente, pero ya como adulto. Ya no había chico de nada.

Entre el fútbol y el trabajo.

A mí me iba bien con el fútbol y también con el baile. Son dos disciplinas diferentes pero son muy parecidas, si usted se pone a ver el baile lo ayuda mucho a uno, da ritmo y estado físico, lo mismo jugar fútbol y hacer deporte. Son dos modalidades diferentes pero son muy similares. Yo pienso que las oportunidades las tuve ahí, de pronto no las supe aprovechar, porque cuando uno está joven cree que se puede llevar el mundo por delante, pero luego uno se da cuenta que no. Cada día los ánimos van bajando y cuando uno se da cuenta ya es tarde.

No sé si usted se acuerda que hicieron una película, *“Tacones”*. Cuando la iban a hacer, Fanny Mickey y una polaca, fueron hasta Antonio Nariño a buscarme, alguien les dijo: *“allá en Antonio Nariño hay un bailarín para eso”*. Pero yo ya tenía como dos años de haberme retirado.

Recuerdo que mamá me dijo: “*usted va a eso y vuelve otra vez a lo mismo. Mire que ya hasta se engordó. Usted ya va a seguir otra vez en eso, vuelva a jugar fútbol, pero no se ponga a estar trasnochando*”. Entonces tocó buscar otro horizonte y acordarse de lo que uno aprendió. Cogí de lleno la construcción y en otro tiempo la ebanistería. Ya hoy tengo 57 años, a los 22 años más o menos nació mi primer hijo, hoy tengo cinco, tenía siete y se han muerto dos. Mis hijas viven en el mismo barrio, hay dos que tienen una casita para ellas en Potrerogrande, yo vivo en esta cuadra con una hija y un hijo, mientras que las otras dos viven en la otra cuadra. Ambas tienen de a dos hijos, y mi otra hija vive con el esposo. Y mi hijo que salió futbolista está jugando en Popayán.

Pero venga le sigo contando nosotros vivíamos en un asentamiento subnormal que se llama La Colonia Nariñense. Conseguí un rancho para mis hijos ahí, siempre íbamos a jugar en el barrio del frente en Mojica, ahí participamos de unos torneos de rodillones. Ya cuando nos vinimos para acá, dejé de ir a jugar allá. Desde eso hace que no juego; aunque nosotros hicimos un torneo el año pasado, para acabar un poco la violencia... porque yo soy el presidente de la pro-junta sector 8 y 9. Allá estamos tratando de formar la Junta de Acción Comunal.

Del baile me retiré, dije: “No voy más”, enseñé a danzar desde que un compañero que enseñaba danza en Antonio Nariño, al verme bailar, me dijo “viejo Montaña, usted sabe más que yo, ayudáme con los muchachos”. Después una muchacha del Politécnico de López me dijo que fuera y allá también estuve enseñando danzas un tiempo, por eso le digo que a uno le dan oportunidades, pero me faltó como el perrenque de hacer las cosas.

¡Eso era una laguna!

Yo recuerdo que en La Colonia éramos como unas cinco o seis manzanas, gente de Tumaco, de Barbacoas, del mismo Chocó, del Charco Nariño que llegaron aquí y no tenían donde vivir, entonces se hicieron ahí. Eso era una laguna donde se metían unos tarugos de 5 o 6 metros para poder hacer las casas encima, como pilotes, haga de cuenta como en Buenaventura que usted ve pasar el agua por debajo y las casas arriba, así se empezó a hacer ahí... no había servicios, no había nada, pero la gente con ganas de tener donde poder pasar la noche se fue metiendo.

A La Colonia llegamos porque yo tenía un hijo que se llamaba Miller, me lo mató un Alfonso López y por su muerte nos dieron una plata, entonces yo le dije a la mujer que no nos gastáramos eso, que no pa-

gáramos más arrendo, sino que buscáramos donde vivir. Entonces fui a La Colonia y vi ese aguandal, eso tan horrible y los olores que había... yo pensé que había que esperar para meternos a otra invasión, pero cuando empezaron a entrar unas volquetas con escombros para el botadero que quedaba donde hoy queda el *Cancino* nosotros nos la ingeniábamos y no dejamos que las volquetas pasaran para allá sino que fueran rellenas hasta que se hizo más asequible para uno vivir.

En el 93 todavía había lagunas pero las cosas estaban más dadas. Estaban las pilas donde uno podía ir a recoger el agua, empezaron a hacer cañerías, a poner los servicios públicos. En el 93 yo me compré un rancho ahí y se fue relleno hasta lo que es La Colonia ahora. De pronto eso es lo que nosotros decimos, que ese sitio ahora sí sirve, pero en ese entonces las personas no querían ver esa zona, hasta que vieron que allá se podía hacer algo; ahí sí dijeron que eso era una zona verde y que la gente tiene que salir porque van a hacer un parque. Lo que decimos es que nosotros hicimos un trabajo en La Colonia y si ese sitio sirve para hacer un parque o como se llame lo que van a hacer ahí, fue porque nosotros hicimos un trabajo. Ahora es que los del municipio dicen que necesitan ese lugar y que van a reubicar.

Lo otro es que La Colonia se había estigmatizado como el lugar más peligroso y lo malo se difunde mucho, lo malo siempre se ve como grandísimo. Lo que yo puedo decir es que en La Colonia vivían como 400 o 500 familias y ¿qué pasa?, los muchachos del conflicto eran unas doce o quince personas, esos muchachos cuando no salían a robar, salían por otro lado y así por ese estilo, pero eran solo como unas diez o quince personas más o menos y con eso hacían que todo el mundo dijera que toda la gente de La Colonia era así. Yo se lo digo así a boca llena, porque resulta que en uno de mis trabajos de construcción había una muchacha que me entregaba los materiales, era muy chévere conmigo, estaba trabajando por allá por el río Pance; ella me entregaba materiales así fuera sin el recibo. Yo le decía “ve, necesito un bulto de cemento a la carrerita”, ella me lo entregaba y resulta que un día se quemó un pedazo de La Colonia, ella me dijo, “*ve Montaña, cómo te parece que eso allá en la quemazón, dicen que allá todos son ladrones*”. Y yo le dije que “gracias a Dios mi casa no se quemó”. Ella me miró asombrada y me dijo:

- “¿Usted es de allá? pero si usted es un señor”

- “Como usted dice que yo soy un señor, hay muchos señores más, muchos señores que también trabajan como yo, que son muy buenas personas”

- “no es que a mí me han dicho que allá todos son así”

- “Para que vea, usted misma con su boca está diciendo que yo soy un señor, y como este señor hay cualquier cantidad de señores allá que son de bien”.

Todo lo de La Colonia lo hicimos poco a poco. Una vez descubrimos que había unos tubos de agua, entonces de ahí se buscó la forma de pegar mangueras, también empezamos a pegarnos de las cuerdas de la energía para poder llevar luz. Entre los vecinos nos ayudábamos el uno al otro, comprábamos cables o la manguera. Entre todos empezamos a trabajar para hacer las cañerías. Por eso le digo que allá fue un trabajo muy grande, muy importante.

Nosotros fuimos los primeros en saber que iban a sacar la gente de La Colonia, me acuerdo tanto que Edgar Angulo, que trabajaba conmigo en la JAC, se fue y se metió al Concejo, decían que iban a sacar a la gente de allá a la brava, a la fuerza. Él se metió adentro del Concejo y hablaron con el alcalde para que pararan eso. Se paró eso y empezaron a decir que ahí iban a hacer lo que es hoy la Avenida Ciudad de Cali; incluso se había hablado que nos iban a comprar los ranchos, porque ya había casas de ladrillo. Ya no había tanto rancho sino que ya eran casitas. Después no sé qué pasó, si hubo personas que les alcanzaron a comprar o no, pero el resto del asentamiento quedó ahí. Ya después se empezó a hablar sobre la reubicación de La Colonia, hace como diez años se empezó con eso de la reubicación. En el gobierno de Cobo como que habían dicho que iba a haber no sé qué cantidad de plata para la reubicación de la gente de La Colonia, pero nunca se vio, no se dejó nada escrito y como no hay nada escrito no hay compromiso.

¡Nos metieron los dedos a la boca!

Empezamos a ir a una serie de reuniones, hubo vecinos que se dejaron comprar y no siguieron peleando; ya en pleno 98 se empezó a decir que teníamos que salir. Decían que nosotros nos teníamos que meter en un ahorro de 500 mil pesos para poder acceder a la casa, ahí se empezó con el alegato... ¿cómo íbamos a pagar una casa si nosotros ya habíamos trabajado? Si las casas servían, entonces, ¿cómo nos iban a sacar? Ya después vino lo del subsidio, que nos iban a dar un subsidio para nosotros venir a Potrerogrande. Empezaron a hacer las casas, empezaron a hacer las evaluaciones y empezaron a irle metiendo los dedos en la boca a uno. Una vez hicieron una reunión en El Vallado en la que yo pude estar, la doctora de la Secretaría de Vivienda con su comitiva empezó a explicar la vaina de las casas, dijo que íbamos a pagar 90 mil pesos mensuales y que eran 8 millones 500 lo que se iba a pagar. Entonces yo empecé a decir: “si vamos a pagar 8 millones de

pesos por decir algo, dicen que no nos van a cobrar intereses... pero eso es mentira, porque a quince años cómo vamos a pagar 90 mil pesos, si mal contado eso viene a dar como 18 millones y vamos a pagar es ocho, entonces eso sí tiene interés". Empecé yo a pensar y a decirle a los compañeros.

Eso es lo que nos pasa a nosotros acá en Potrero ¿sabe cuál es la realidad? como le dije yo a esa señora en la reunión: "lo que usted me está diciendo suena muy bonito, suena elegante así como está explicando, pero qué pasa, la realidad es distinta. Resulta que nosotros vivimos en La Colonia Nariñense donde no pagamos servicios públicos, no pagamos nada, escasamente la parabólica. Y resulta que hay veces que nos acostamos sin comer. Ahora ustedes van a entregar unos curucuchos de ranchos, porque eso es pequeñito, eso es invivible para las familias, porque las familias todas son muy grandes y nos van a entregar una sola piecita en la parte de arriba. Esa casita es bien pequeña, entonces nosotros tenemos que tener plata para poder arreglar el rancho, fuera de eso nos toca pagar los servicios públicos y pagarles un arrendo a ustedes quince años, entonces, ¿de a dónde va a salir la plata para pagar?". Entonces me dijo la señora: "*es que usted es muy impositivo, todo lo que uno quiere hacer uno lo hace*". Y yo lo que estaba diciendo era la realidad y sabe qué hicieron mis compañeros, se pusieron fue a reírse de mí, empezaron a decir que yo era un loco. Bueno, pues ese loco les dijo: "si me hubieran puesto cuidado, la forma de llegar a Potrero grande sería muy distinta".

¿Y sabe lo que pasó cuando nosotros íbamos a firmar el documento? La señora Kelly Palomeque y este servidor, Carlos Montaña empezamos a leer el papel que nos estaban dando a firmar. Pero entonces de allá salió uno de los funcionarios salido de casillas "que vea, que se necesita hacerlo rápido", y los compañeros míos "sí, firmelo, firmelo Carlitos". Y no la leí, desde ahí nos engañaron porque a nosotros no nos dejaron leer el papel. Si a nosotros nos dejan leer, nosotros no firmamos nada. Cuando llegó el primer recibo a Potrero grande, entonces veo en el recibo 'intereses varios': 72 mil pesos y 20 mil pesos a la cuenta de la casa. Entonces dije: "esto es un robo, porque a nosotros nadie nos ha prestado plata para nosotros pagar, ¿intereses varios de qué si a nosotros no nos pasaron plata?". Entonces empezamos a hacer bulla para que la gente no recibiera el recibo. Con respeto suyo yo dije: "llévese su mierda" por eso no tengo recibos, porque no los quise recibir, para que los compañeros, el resto de vecinos tampoco lo recibieran y para empezar a hacer un pleito desde ahí, pues a nosotros nunca nos prestaron plata y nunca nos dijeron que nos iban a dar un subsidio para que pudiéramos ser reubicados.

Yo llegué a Potrero el 12 de agosto de 2009, ya vamos para 5 años. Cuando llegamos ya había otros, porque a Potrero empezaron a llegar hace como ocho años más o menos, o sea, cuatro o tres años antes que nosotros. Yo llegué con los sectores 7, 8, 9 y 10, ya los otros sectores estaban.

En La Colonia, teníamos un lote de 5 x 10, acá me parecen que son 36 o 38 metros cuadrados. No nos lo entregaron construido, cuando nosotros llegamos era destapado, el vecino de al lado si quería podía meterse. No entregaron sino una cocineta, en la misma cocina estaba la sala, es decir, servía de cocina y el bañito y el lavaderito allí y una pieza arriba, eso era todo lo que estaba construido.

Cuando llegué mi sensación fue que nos habían engañado, que nos habían sacado de donde vivíamos un poco mejor. Hace como cuatro o cinco meses que duermo en el suelo, pues de la costa siempre vienen los familiares de mi señora, entonces los dos, yo y mi señora dormimos en el suelo. Eso la tiene enferma a ella porque allá arriba cómo íbamos a dormir si solo cabe una sola camita, en la camita duermen dos y otros duermen en el piso, y nosotros con mi señora dormimos acá abajo en el piso. Nos toca recoger las cosas donde dormimos y guardarlas debajo de la camita. Eso es lo que no entiendo por qué cuando yo estaba allá en La Colonia no dormía en el suelo, entonces, ¿cómo puedo decir que yo llegué a vivir mejor?

Cada día las cosas en Potrero son más difíciles porque hay desempleo, y el desempleo genera muchas cosas, si usted está trabajando, por muy vago que sea... lleva para la comida de su casa, para que sus niños puedan ir a estudiar, porque con hambre no hay forma de vida, lo principal es que uno tenga para comer. Es que es muy complicado que usted sin trabajo, le llegue su niño que está yendo a estudiar y le diga: "papá o mamá necesito tal cosa que me pidieron en el colegio, o necesito un pantalón, un par de zapatos, una camisa", cómo le dice uno a ese niño "no, yo no tengo".

Es que en el trabajo cada día veo más restricciones, porque llega uno a una empresa con una hoja de vida y le discriminan por el solo hecho de poner que vive en Potrerogrande.

Lo otro, como las casas son tan pequeñas todos esos muchachos mantienen en la calle, es la única recreación que tienen, quiera usted o no quiera tienen que estar en la calle... pero qué hacen en la calle, hay otros que tienen oficina, gente que está metida en el cuento de hacer cosas malas, entonces ven a estos niñitos que están por ahí botados

y los otros empiezan a ver que hay gente con buenas zapatillas, bien vestiditos... Entonces ya el muchachito va a coger el fierro y se vuelve un sicario en potencia. Los mismos niños empiezan a robar porque ven el otro que tiene sus zapatillas.

El muchachito empieza a ver al otro que sí tiene, lo empieza a humillar. Ese muchachito entonces se siente capaz de conseguirlas, y si al muchacho le caló entonces le queda gustando, ya luego se le rebela al papá. Porque usted ya quiere controlar su hijo y cuando usted se da cuenta que el hijo está haciendo cosas malas, ya ese muchacho es un ladrón en potencia y si es posible le tira aún a usted como papá.

Nosotros vemos por ejemplo que si nosotros castigamos a los hijos y el pelado sabe cuál es la protección al menor, se va a la policía y dice “mi papá me maltrata”. A usted lo meten una noche a la cárcel, son las diez, once de la noche usted ya no lo entra, porque esos muchachos acá son rebeldes. Si él no quiere entrarse le tiene que mostrar la correa para hacerlo entrar. Resulta que ese muchacho hasta le tira, a mí no me pasó, pero uno ve lo que pasa allá. Los muchachos por ser menores de edad pueden hacer lo que les dé la gana...

Algo muy complejo y muy grave que está pasando, vea le cuento... No sé si usted se acuerda que había unos grupos llámese guerrilleros, llámese paramilitares. Mucha gente se salió para seguir haciendo sus grupos acá. Lo que uno oye de las Bacrim, eso empezó en los campos pero eso llegó a la ciudad. Llegaron a reclutar muchachos necesitados, muchachos con necesidades, pelaos que van a estudiar y llegan a la casa y no hay qué comer. Entonces les ofrecen pagarles “equis” cantidad de plata y caen en eso. Ya luego van cayendo en la droga, porque para poder hacer el mal necesitan la droga para volverse valientes ya luego no les da miedo de nada y no ven otra forma sino el delinquir para poder mantener su vicio y poder comprar lo que necesitan.

Buscando soluciones...

Yo digo que todo cambiaría si hubiera formas de trabajo, si hubiera inversión social, buscar la forma que madres cabeza de hogar que viven, no solamente en Potrero sino en todo Cali donde está el problema, llámese Retiro, Vergel, llámese allá arriba en la loma en Siloé o lugares en los que están pasando estas cosas... tuvieran más inversión social, sería distinta la cosa. Por ejemplo, hay personas que saben hacer zapatos, no tienen plata para montar una microempresa, personas que saben ebanistería, hay muchas personas que saben muchas cosas, pero por el hecho de estar en Potrero grande se le cierran muchas puertas. Yo lo

que pienso es que si el gobierno nos diera oportunidad sería empezarle a buscar solución al problema. No vamos a resolver el problema 100%, pero la violencia iría terminando siquiera un 60, 70% eso sería una ganancia bien grande. Lo que yo les he dicho a ellos por qué no empezamos por Potrero, si logran acabar con la violencia en Potrero vamos a ser capaces en los otros barrios... falta que tengamos herramientas porque con las uñas no se puede.

El gobierno dice que hay mucha plata que han invertido allá. Uno oye que llegan ayudas, que hacen una cosa, que hacen otra, pero eso no se ve reflejado en la humanidad. Yo me acuerdo que decía el señor alcalde que había mucha inversión social en Potrerogrande, pero yo no lo he visto.

Nosotros hemos visto que ahora nos han ayudado mucho, la gente de Paz y Bien. Eso que está pasando ahora, que el alcalde va y que quedó de reunirse con nosotros porque empezamos a ver que en Potrero iba a haber una masacre en el sector nueve, que era uno de los sectores más calmados. Nosotros no podíamos permitir eso, que nos estemos matando. Hacía cuatro días que había un conflicto, un corrinche... empezamos un grupito de cuatro personas a buscar. Créame que si no paramos el problema ahí, las personas de bien se iban a empezar a armar, porque no iban a permitir que los sacaran de sus casas. Se iba a formar una bomba de tiempo ¿a dónde íbamos a dar? Gracias a Dios logramos parar eso y eso no ha pasado porque ahora mantiene permanente la policía. Nosotros sabemos también que eso es por microtráfico... lo que está pasando es que quiere dominar una sola banda en el barrio.

A nosotros nos dieron muchas ideas, digo nosotros porque hay muchos líderes, en Potrero hay mucho líder que quiere trabajar por su comunidad, por su sector. Queremos que esto salga adelante, cambiarle la cara a Potrero, porque todo el mundo dice "Potrero" porque la verdad a nosotros nos llevaron allá a que nos mataran. Porque allá llegan personas de todas las regiones, personas con mucho problema y lo más duro es la convivencia. Si no más en el seno de la familia hay problemas, qué será con gente que viene con tantas dificultades de todas partes, personas que están metidas en el conflicto, las van tirando a todas pa' Potrero, por eso hoy es una bomba de tiempo. Personas que vienen dejando todo por la violencia, dejando un problema atrás y llegan acá a otro problema.

Hay que hacer algo ya... yo he visto, en el barrio un potencial en el deporte. Hay que mantener estos muchachos ocupados, pero ¿cómo vamos a ocupar a esos muchachos con hambre?, ¿cómo lo vamos a

poner a correr en una cancha o en una pista haciendo atletismo si no hay como darles un refrigerio ni nada?. Si a nosotros el gobierno nos dice: “vamos a invertir en Potrero”...pues que hagan inversión, hay que hacer empresa, recoger las personas, todos los que saben una cosa y otra; por decir algo, si yo sé hacer sandalias, recoger a otro que sabe hacer sandalias, a los que trabajan ebanistería, a los que hacen escobas, todos esos implementos de aseo. A estas personas deben de darles empleo, enseñándoles a otras personas. Yo sé repellar, si yo a mí ayudante le enseño, entonces ese muchacho después es un oficial. Si tenemos cómo recuperar toda esta gente que sabe hacer algo y con esta gente vamos a darle trabajo a cualquier cantidad de personas más, acabamos con el desempleo en Potrero. Si se acaba el desempleo se va acabar la violencia.

Yo quiero demasiado mi raza, bendito sea mi Dios por tener esta raza, pero yo he visto que no somos unidos, hay mucha desunión, cada cual quiere tirar para su lado. Mire que nos reunimos los líderes y nunca las reuniones son provechosas, el uno empieza a tirarle la pelota al otro, y el otro al otro, por cualquier cosa... “*no, que este man es protagonista, que este yo no sé qué*”, por el contrario uno ve que aquí hay mucho paisa, ellos están metidos en Cali y que son unidos; por ejemplo yo le digo, un paisa llega a Cali y monta una tiendita, luego trae a otro compañero para que ponga la revueltería aquí, pero nosotros no hacemos eso, duele decirlo pero no queremos que otros salgan adelante.

Otra cosa que nos serviría mucho es el arte... pero lo primero que hay que hacer es llamar a las personas que están metidas en el deporte, a nivel regional, para colaborarles a estos muchachos para que ellos vean un futuro. Por ejemplo, el fútbol es algo que tiene mucha salida, el deporte genera ingresos, no solamente pasión. Si usted es entrenador de un equipo, usted tiene que trabajar primero, sacar de su plata para comprarle lo que necesitan esos muchachos para poder entrenar, usted puede tener muchas ganas de hacer, pero no lo va a hacer porque no tiene la comunidad que lo apoye.

Hay un mensaje para la gente de Cali sobre la situación de Potrero que me gustaría decirles: Que dejen de ver a Potrero como lo peor que hay, eso es mentira, allá hay muchas, pero muchas personas de bien. Que la realidad que han querido decir de Potrero no es la que ustedes se han llevado, porque hay personas que entran por primera vez y dicen “Potrero es muy bonito”... la realidad es otra, Potrero no solamente es violencia.

Noticia:

MAYORÍA DE DESPLAZADOS EN COLOMBIA SON DEL PACÍFICO, DENUNCIA DEFENSORÍA

Cerca de la mitad de los desplazados en Colombia provienen de los departamentos de Cauca, Nariño, Valle y Chocó, según denunció este miércoles la Defensoría del Pueblo, en el marco del día de la Afrocolombianidad. La entidad hizo un llamado urgente a las autoridades “nacionales, departamentales y municipales, para profundizar las acciones de protección de los territorios, evitar el desplazamiento forzado de las comunidades, fortalecer la ruta de restablecimiento de derechos e implementar medidas de asistencia con enfoque diferencial”.

Según un informe de la Defensoría, basado en datos de la Unidad Para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (Uariv), el 48,1 % de los desplazados en Colombia por el conflicto armado se encuentran en los departamentos de la región Pacífica. De esta forma, hasta el 2013 se habían contabilizado 18.167 desplazados en Nariño; 17.468 en el Valle del Cauca; 12.156 en el Cauca y 7.736 en el Chocó. La Defensoría agrega que “el 47,7 por ciento de los desplazados pertenecen a comunidades negras y el 23,9 por ciento a comunidades indígenas”. El informe también indica que de la lista de 25 municipios con mayor desplazamiento en el país, doce hacen parte de estos cuatro departamentos: Buenaventura y Cali (Valle del Cauca); Tumaco (Nariño); Quibdó, Litoral de San Juan, Riosucio y Bajo Baudó (Chocó); Suárez, López de Micay, Argelia, Timbiquí, El Tambo y Bolívar (Cauca).

La entidad recuerda que la situación de desplazamiento más reciente se presentó en el Alto Baudó, en el Chocó, donde más de 2.500 personas abandonaron sus hogares por el temor ante los enfrentamientos entre el ELN y las Autodefensas Gaitanistas. **Sobre el Valle del Cauca, la Defensoría indicó que las Farc son responsables de los desplazamientos en zonas rurales de Florida, Pradera, Buga y Tuluá; mientras que las bandas criminales, cuya jurisdicción es principalmente urbana, atemorizan a las poblaciones mediante sicariato, extorsiones y microtráfico.**

Lo anterior se evidencia claramente en Buenaventura, donde se concentra el 11,7 % de la población desplazada a nivel nacional, seguida por Tumaco, con el 9,5 %. La guerra entre estas bandas criminales ocasionó ocho desplazamientos intraurbanos durante el 2013 en todo el país de los cuales tres ocurrieron en Buenaventura y uno en el barrio Potrero-grande de Cali. Otro de los flagelos que denuncia la Defensoría es el confinamiento y las restricciones de movilidad en las poblaciones víctimas del conflicto armado, del cual Nariño es el departamento más afectado, especialmente en las comunidades indígenas Awa y en los consejos comunitarios del Río Patía, en Roberto Payán. A esta situación se suman la población caucana de Guapi, en sus veredas El Naranjo, Yantín, Rosario, San Vicente, Las Juntas, Balsita, Santa Clara, San Agustín y Caimito.

Diario El País. Judicial. 21/05/2014



3

Nunca
nos imaginamos
el problema que se venía.

María del Pilar Cabezas





Yo soy María del Pilar Cabezas, tengo 33 años. Nací el 12 de mayo de 1981 en Barbacoas, Nariño, en el pleno puerto.

Pero de allá casi no me acuerdo porque me vine muy pequeña, desde los siete u ocho años. Ahora vivo con mi esposo y mis hijos en Potrero grande. Como que se aburrieron de allá y quisieron cambiar de sitio.

En mi niñez jugaba mucho. Mantenía mucho en la casa de una amigueta jugando lazo, a las muñecas, a la 'lleva', jugando a los vaqueros. Yo soy muy amiguera. También mantenía mucho en el río, cerca de mi casa había un río. El río era claro, con el agua más rica. Recuerdo de Barbacoas las calles de comercio, vendían ropa, nosotras nos la pasábamos paseando en comercio, las calles, la iglesia.

Yo estudiaba en la Normal de Señoritas de Barbacoas, era buena estudiante. Había un parque al que íbamos a veces. Yo estuve allá hasta los ocho años.

Barbacoas olía a naturaleza, muy rico. No se escuchaba nada de ruidos, como acá con los carros y la contaminación, nada de eso. Yo vivía allá en la casa de mi tía, una casa grande de madera, vivía con ella no más, porque a ella siempre le ha gustado vivir sola. Mi papá y mi mamá vivían en Barbacoas, aparte, en el Pueblo. Ellos me dejaron con mi tía desde pequeña, hasta que me vine de allá. A veces yo los iba a visitar y cuando ellos bajaban me subían otra vez donde mi tía.

Yo mantenía mucho para arriba y para abajo con mi mejor amiga, conversábamos, hacíamos comitivas. La una traía arroz, la otra, otra cosa y compartíamos, la pasábamos bien. Cuando iba donde mis papás me iba al monte a coger unas pepitas que son café, caimitos, chontaduro, allá hay muchas frutas, y mantenía mucho trepada en los palos, cogiendo aguacates pequeñitos, que son dulcecitos. También hay unos palos que dan unas frutas parecidas a la mora, pero no son moras, es dulcecita. Yo mantenía cogiendo eso, es como una poma rosa. Yo me sentaba en ese palo y coma que no he comido.

La casa de mis papás también era de madera -porque las veredas siempre quedan cerca de los ríos-. Tenía una escalera para subir y bajar. La iglesia quedaba cerca.

La gente allá era muy devota a “esa virgen”. Pero también se ven muchas cosas de maldad entre nosotros, tanta batalla. Así como existe el bien, existe el mal. Si yo peleé con la vecina o si usted se comió el plátano del vecino y no le dice, se dan cuenta quién fue. Yo me refiero a la hechicería. A un señor se le comieron un chontaduro. Él no sabía quién y nadie decía nada. Entonces una vez la persona a la que le robaron el chontaduro dijo, que a quien se le había comido el chontaduro se le iba a crecer la barriga y así fue. Al que se comió el chontaduro, cada vez que subía la marea, le crecía la barriga hasta que se murió.

Mi mamá también me cuenta que ella vivía de aquí para allá. No pasaban trabajos, tenían su comida y no se veía violencia ni nada. Con mi tía que es profesora, estaba todo bien, ella me daba todo. Todavía vive allá. Desde que me vine no he tenido la oportunidad de ir por el tema de la plata para el transporte, la comida y los gastos, por eso. Me gustaría volver otra vez de paseo.

¡El campo es muy diferente a la ciudad!

Yo me vine de allá para acá porque mi mamá estaba cansada. Ella se vino jovencita para coger trabajo y cambiar de ambiente. Allá no se escuchaba nada de violencia, nada de “ve, que allá mataron a fulano”, nada de eso. Ahora se ven bajar los muertos a diario en los ríos que hay por allá, eso cuentan. Mi tío se tuvo que venir porque lo iban a matar, porque lo confundieron con alguien, ya lo tenían amarrado, lo tenían amarrado para matarlo. Desde eso no ha vuelto por allá. Allá pasa que si yo la saludo a usted y usted es de un grupo X, dicen que yo les estoy pasando información.

Cuando yo llegué a Cali fue diferente. El campo es muy diferente a la ciudad. Es que aquí se ve mucha maldad. Ya no es el sonido de los animales, de los árboles, sino música, bulla y escándalo. La música ha cambiado mucho, ahora es todo morbosidad. Debería dar mensajes de tranquilidad y relajación. Allá escuchábamos baladas y salsa. Lo que más me gustaba de Barbacoas era que uno se podía quedar hasta tarde en la noche y no pasaba nada de nada. Acá en cambio se escucha que las muchachas no pueden andar hasta tarde de la noche y si va a salir tiene que andar con alguien conocido, porque si no... que de a dónde vienen, y lo investigan y a veces hasta lo matan.

Recién llegué acá estaba entusiasmada por ver un lugar diferente, pero extraño Barbacoas porque allá se comía de todo. Por allá lo que

más se cocina es pescado, caimitos, aunque ya ni se ve. Acá comencé a comer pollo y carne. A mi abuela no le gustaba el espagueti, ella dice que son lombrices. Estando allá había comidas que no me gustaba comer. En cambio acá uno aprende a comer de todo, hay cosas que uno no come y otras que sí.

Cuando llegué acá no estudié porque no me encontraban colegio, después que ya empecé a estudiar llegaba del colegio a la casa y no salía a la calle. No teníamos esa confianza, porque como pagábamos arrendo, siempre estábamos cambiando de casa.

Cuando nos vinimos para Cali, llegamos a Siloé y de Siloé a Antonio Nariño y de ahí a la invasión. Vivimos bastante en Siloé. Me acuerdo que otra tía me cuidaba allá. Mi mamá trabajaba en una casa de familia y mi papá en construcción. Nos vinimos en busca de aventura, de futuro y para cambiar la situación.

Yo sé que mi mamá la pasaba muy bien en Barbacoas, en cambio acá cuando recién llegó, pasó mucho trabajo. Cuando vivíamos en Siloé, le tocaba ir a trabajar y me dejaba cuidando. Muchas veces las personas que me cuidaban me pegaban, a ella le contaban. Nosotros cuando vinimos de allá, llegamos a Siloé. Mi mamá cuenta que ella dormía en una sábana en el piso con mi papá. Mi papá estaba trabajando, pero no teníamos nada y seguíamos viviendo ahí mismo. Mi papá fue comprando la cama, las cositas, lo básico.

Ellos estaban cansados de vivir en Barbacoas, por la monotonía. Querían cambiar el ritmo de vida. Yo no sé si cuando llegaron estaban bien, como ellos conmigo no hablaban, no tenía cómo darme cuenta. En Antonio Nariño estuvimos bastante tiempo. Mi mamá trabajaba en San Antonio con Doña Eliza y estuvo varios años con ella hasta que se murió. De ahí le dijeron a mi mamá que en la invasión “El Encanto” estaban vendiendo lotes y por eso ahora tiene la casa en la invasión. Era un pedacito, como de un metro, yo estudiaba en El Pondaje, estaba en bachillerato.

La casita era en pura esterilla y atrás había como un cañito. Ahí era donde uno lavaba la ropa, “ensuciaba,” hacía todas sus necesidades. Allí vivimos como hasta cuando yo tenía los quince. Cuando llegamos a la invasión tenía doce años.

En la invasión mantenía jugando mucho, por falta de oficio. Como la casa era de esterilla, dormíamos con una cobija y una cortina. No tenía-

mos puerta ni nada, dormíamos así. En Mojica apenas estaba el puesto de salud, lo demás era pura zona verde, piedras y roca muerta, pero la vida era rica. Yo me iba y me venía a pie del colegio. Ahí ya a veces jugaba... uno mantenía haciendo tareas. Nos juntábamos las amigas y dábamos vueltas por ahí.

De Barbacoas han venido otros familiares míos por miedo a la guerra, otros sí es porque les gusta Cali, porque ya están acostumbrados. Cuando mi tío viene acá, yo lo saludo, hablamos, la pasamos bien. Hablamos de todo, de cómo están las cosas por allá, cuenta que a veces se pone caliente y a veces vuelve y se enfría. Cuando uno va allá tiene que llamarlo para que esté pendiente —allá hay que llegar con algún conocido-... Hasta donde yo sé los que descuartizan son los paramilitares, con sierras y un poco de cosas.

Mi abuela sigue viviendo en Barbacoas y a veces viene para acá. Mi abuela tiene como setenta y pico de años... le gusta hacer oficio, no es achacada, es adelantada. Se toma su viche, su trago y su cigarrillo. Ella no se enferma, no le duele ni se queja de nada, es sana. En cambio mi abuelo quedó ciego, *no ve por un ojo*. Mi abuela es flaquita pero tiene mucha fuerza. Yo he probado el viche y eso sabe horrible, yo no le saco gusto a eso. Hay viche chocoano, viche barbacoano. Al del Chocó cuando le echan anís sabe rico. Mi abuela fuma Pielroja. Lo que más recuerdo de mi abuela es que ella no ha sido así cariñosa, pero tampoco tan lejana. La abuela por parte de papá era la que hacía el oficio, planchaba y lavaba. Ella me enseñó a cocinar. Mi abuela cocinaba sus frijoles, su carne, su pescado...acelga, verduras, ullucos, coliflor.

Entre El Encanto y La Colonia.

En El Encanto duramos hasta que a mi mamá le entregaron la casa. Una parte de la gente se quedó ahí y a la otra parte ya la habían sacado. Cuando salimos de allí, me fui para La Colonia Nariñense y allá estuve como 6 o 7 años. En La Colonia estuvimos bien hasta cierto tiempo. De La Colonia salimos para acá en el 2011, cuando Potrero se pudo organizar y construyeron. Acá las casas estaban construidas en ladrillo y las calles estaban pavimentadas. Un cambio en parte bueno. Lo malo, que ahora nos tocaba pagar servicios, pagar predial, que pague esto, que pague aquello, aquí, que pague allá, pagábamos solo la comida y eso que a veces no comíamos. Imagínese acá... si a veces no tenemos para pagar, para comer menos.

La vida en El Encanto era chévere, pero cuando adelantaron la hora, a las seis de la mañana era horrible, porque empezaron a escucharse muchas cosas a la madrugada. Las mujeres eran violadas, gritaban pidiendo auxilio, era tremendo. Como para allá había un cañaduzal, se llevaban a las muchachas... se escuchaban muchas cosas. Ahora, cuando usted ve Comuneros, todas esas casas fue lo que construyeron, eso fue lo que legalizaron. Al principio la casa era de esterilla -cuando hay una invasión a uno lo reubican y le dan una casa a medio construir. Yo me fui de ahí cuando tuve mi primer hijo.

Mi esposo tiene 33 años. Lo conocí en una esquina de La Colonia. Cuando eso yo andaba con un muchacho que ya mataron. Él, mi esposo, estaba conversando con sus amigos. Llegué ahí con una amiga, ahí empezamos a hablar y ahí nos cuadramos. Yo tenía como 18 años cuando lo conocí. Nos hicimos novios y como al año quedé en embarazo. Yo ya era bachiller cuando me fui a vivir con él, a la aventura, con temor. No sabía si él era pegón o si era vicioso. A pesar de que no tenía experiencia; yo decía que si me quedaba acá donde mi mamá no iba a responder, en cambio si me iba a vivir con él tenía que responder quiera o no quiera. Pensaba que cuando tuviera mis hijos iba a ser con un solo hombre y así ha sido.

Mi esposo trabajaba en una fábrica de sal marina, sal de yerbas. Él me traía frutas disecadas en una coquita y me traía de esa sal con yerbas para la casa. Él nació en Palmira, de ahí se fue para Tumaco y luego otra vez para acá. En el trabajo él tuvo un accidente con una máquina y no lo volvieron a llamar. Se cortó el dedo, quedó mochado. No me acuerdo el nombre de la empresa, allá no le respondieron con nada. Ahora trabaja en cosas de construcción.

Cuando nos fuimos a vivir a La Colonia Nariñense, él vivía con la mamá. A mí me daba pena, no sabía si era jodida como dicen que son todas las suegras, aunque yo era muy juiciosa y mantenía todo al día: limpiaba, ayudaba y no le daba de qué hablar. Me la gané, pero me daba pena. Yo casi no comía ni salía para la calle... ella me trataba muy bien, me preguntaba qué quería comer.

Yo allá jugaba, mantenía jugando con varias vecinas. En esos días uno escuchaba de muchos muertos. Que se enfrentaron, que en la avenida cogieron a fulano y le dieron. Cuando mi primer niño, Anderson, tenía un mes de nacido fue cuando mataron a un amigo, a Cristian. Él estaba robando un bus, yo no lo vi, pero que lo arrastraron, que le rasparon todo. Yo no lo vi porque estaba en dieta y no podía salir.

En el enfrentamiento cuando mataron a la mona, fue la policía. Ella se llamaba Marta Tobón. Mire la curiosidad, los muchachos le estaban tirando piedras a los tombos y estos le estaban disparando a un hijo de ella. Ella se asomó y el tiro le pegó en la cabeza. La sacaron botando sangre horrible. La gente la quería mucho. A ese tombo le pusieron demanda, pero eso quedó ahí. El disparo fue de la policía y no había por qué disparar así. Al muchacho como que lo iban a requisar, y como de por sí la policía ha tenido una rivalidad con los de la invasión... no sé.

La policía allí no entraba, de afuerita no más. Les daba temor o yo que sé. La gente de la calle entra si tiene conocidos, les da miedo. La Colonia tiene muchos laberintos -ni yo me meto, nada más por mi cuadra-. Siempre uno se pregunta por qué pelean. No se metían con los de la comunidad. Era entre ellos. Yo tenía mi casita ahí con mi esposo, vivía con mi suegra. De ahí llegó la reubicación de La Colonia para Potrero grande.

Recuerdo que entonces la Secretaría de Vivienda inauguró una casa cuando recién estaban construyendo. Hicimos una caravana para conocer las casas, nos dieron los buses y la gente muy contenta, pero nunca nos imaginamos el problema que se venía. Nos dijeron que teníamos un subsidio que nos cubría hasta cierta parte, y que íbamos a quedar pagando siete millones, y ahora resulta que tenemos que pagar casi 20 millones, es lo que vale la casa. Les preguntamos, ¿dónde está el subsidio?, nos respondieron que nadie compraba huevo para vender huevo al mismo precio. Antes de que nos saliéramos de allí nos dijeron que nos quedaba “cómodo”, y ahora sí nos abrocharon.

En cuanto a eso de los papeles, la Secretaría de Vivienda lo entregó por partes, porque eran 320 familias por día. Había un sorteo, usted metía la mano en una cajita y sacaba un papel y esa era la casa que a usted le tocaba. Y cuando fue la firma de la escritura y uno quería leer, le decían que no, que no podían leer, que era mucha gente, que era mucho afán, que así se demoraba el trámite, y no dejaban leer si no que era firmar así a lo ciego. Sin saber qué estábamos firmando, nadie leyó. Nadie supo qué estábamos firmando, no dejaban leer. Después cuando llegaron las escrituras... veíamos que adjudicatarios, que la hipoteca, que hay que pagar yo no sé cuánto. Ahí sí todo el mundo lamentándose, nos habían engañado.

Adjudicatario es cuando uno va a escoger la casa donde uno vive y uno está de acuerdo a esa casa. Nosotros fuimos reubicados, no adju-

dicatarios. Nosotros no dijimos, “queremos vivir en esta casa”, nosotros tenemos tanta plata para esta casa. Que ellos necesitaban la zona verde, que allá era mejor porque íbamos a tener casa propia. Si alguien no quería irse le decían que no tenía oportunidad, que ya no había más subsidio, así amenazaban a la gente, para que saliera de allá.

Los familiares que vienen huyendo llegan a vivir allá.

Cuando nos reubicaron nos dijeron que necesitaban ese espacio para hacer una zona verde, pero todavía está habitado. Como es muy grande, sacaron una parte y dejaron otra parte. Los que se quedaron saldrán para las casas que están haciendo ahora. Las casas las desbarataron, no podían quedar casas ahí, dejaban el espacio en blanco, pero ahora ya han construido más casas. Lo que pasa es que llega gente desplazada de otras partes que necesitan. Llegan a vivir ahí porque no tienen como pagar arriendo. Los familiares de uno que no tienen donde vivir, que vienen huyendo de la costa, de Tumaco, llegan a vivir allá.

¡Llegaron Los de La Colonia! La gente se metía a las casas porque no nos querían ahí, y nosotros también con temor porque decían así. Así los muchachos se enfrentaban con los de acá, balacera tras balacera, casi no salimos a la calle con esa desconfianza. Una vez se enfrentaron, una tiradera de piedras por la cuadra, quebraron más de un vidrio. Siempre ha habido conflicto por territorio desde que llegamos a Potrero, por tener el poder, que ellos quieren gobernar en el pedazo que ellos mandan, que ellos cobren impuestos. A todos los de La Colonia nos ubicaron junticos. Quedamos casi iguales... pero también había gente del Retiro, del otro asentamiento, revueltos.

Como ya estaban en su pedazo, como se dice, se enfrentaron con los de acá porque nosotros recién llegamos. Amedrentando la gente de uno y de otro lado, “como tienen sus pedazos”, la gente les tiene mucho miedo y les pagan “impuesto”, les tienen que dar lo que ellos dicen. Si algún pelado tiene una tienda, lo amenazan, que “me tenés que dar tanto”, él ya sabe se tiene que ir o lo matan. En cada sector hay un grupo de muchachos entre jóvenes y adultos que defiende su pedazo.

Yo acá en Potrero me levanto a las cinco y media a despachar a los niños y hacer el desayuno. Tengo tres niños, el pequeño tiene tres años y el mayor doce. En el día me siento afuera a conversar y cuando estoy azarada o aburrida, me encierro a ver televisión y no salgo. Salgo al medio día, llevo el niño a la guardería y vuelvo. Así es mi cotidianidad.

Casi no converso y no me gusta estar en chismes, por acá hay muchas que cuentan, yo me cuido de eso. Hay mucha gente de Barbacoa, de Buenaventura, del Charco. Muchos dicen que por la violencia o vienen a pasar vacaciones y vuelven otra vez.

El último enfrentamiento se dio porque habían cogido los capos de la otra banda, entonces los otros querían llegar a su pedazo. Como allá se dice: su territorio. Los que se quedaban aquí decían que no se iban a dejar sacar de sus casas. Nosotros la comunidad decimos, si va a llegar a su casa pues bien, pero no llegar a generar más violencia. Sino quedamos en las mismas otra vez.

Los papás de los pelaos, por miedo que les hicieran algo a sus hijos, se devolvieron otra vez para La Colonia. Se devolvieron porque es la única parte a la que pueden llegar y tener donde resguardarse, porque los estaba buscando la policía y la otra banda. Eso fue hace como ocho meses, y ahora están ahí, no sé. Son de uno de esos sectores, se tomaron como unas cuatro casas. Las del lado de la avenida de acá. No llegó la gente vieja sino los muchachos buscando conflicto. Llegaron con violencia, de una, que para arriba, con piedras, mujeres también, eso fue tremendo, una zozobra horrible. Los de La Colonia dicen que la gente es una sapa, nosotros vivimos allí, no podemos meternos ni para allá ni para acá. Si nos metemos quedamos de enemigos porque nosotros somos los que vivimos ahí, nos ganamos un enemigo más, la comunidad está neutra, por eso nosotros no nos metemos ni para allá ni para acá. Ahora está la policía, pero nosotros sabemos que la policía no va a estar siempre ahí como cuidando el pedazo. Esperamos que haya un arreglo para que ninguna de las dos bandas se siga matando, para que haya un barrio tranquilo.

En potrero entre todos nos ayudamos...

Potrero es un barrio muy bonito, sino que la violencia... La gente estigmatiza mucho el barrio, pero sabiendo vivir es muy bonito. Lo que más me gusta de Potrero es la tranquilidad. A pesar de que no tengo empleo y no tengo muchas cosas materiales, yo vivo bien. Nadie me dice que se tiene que ir, no me dicen nada. Yo conozco a todos, entre vecinos nos cuidamos, si uno escucha un ruido todos salen o si alguien necesita ayuda uno sale y colabora. Cuando un vecino estaba sufriendo un ataque, entre todos lo ayudamos, lo llevamos al centro de salud. Uno se colabora.

En el barrio hay unos dos grupos de baile, los he visto que pasan bailando, haciendo bulla. Cantan y bailan, todo muy bacano. Muchachos, Potrero huele a coliflor, a cultura. Acá hay mucha cultura, mucho deporte, se vive un ambiente rico. Las personas que vienen ven algo diferente. Yo digo que el problema es que a los muchachos como que les gusta la acción, cuando ven que no pasa nada, y como no hay cómo defenderse en la vida pues se vienen los problemas.

Yo me sé defender, por ejemplo, si me toca asear un apartamento yo voy, o hacer un turno en un restaurante -inclusive mi mamá me dijo que había un restaurante que necesitaban-. Yo tengo la certeza y la fe que Dios algo me tiene. Yo quiero estudiar, no quiero que pasen los años y nada. Yo quiero que mis hijos tengan lo que necesiten, darles un computador, lo básico, una pieza para ellos solos. Ahora todos vivimos en una sola pieza, vivimos muy incómodos. No hay privacidad. Ellos quieren su pieza solos. El mayor tiene doce, el segundo siete y el último tres. Ellos estudian. Mis hijos juegan en la calle, yo los dejo, pero mantengo pendiente de ellos, cualquier cosa los entro. Ellos juegan al escondite, a la lleva, fútbol, todo lo que les salga.

Yo he escuchado que en las noticias dicen que empleo, que empleo para yo no sé dónde. Yo me pregunto ¿será que Potrero no hace parte de la ciudad? Nos han abandonado, yo veo una gente que empieza a decir, “yo he hecho en Potrerogrande”... no han hecho nada, el TCSP ya estaba, el Centro de Salud ya estaba, el CDI ya estaba, entonces ¿qué ha hecho por Potrero?, nada. Desde mi punto de vista no han hecho nada por Potrero. Que diga “Yo he hecho” cuando haya hecho algún programa para madres cabezas de hogar, que para los jóvenes una beca, que haya empleo, que haya oportunidades. Muchas veces uno lleva una hoja de vida y si dice Potrero, ahí mismo lo excluyen. O uno lleva una hoja de vida y la echan a la basura, con todo el esfuerzo que uno hace para tomarse una foto, para comprar la hoja de vida, para sacarle copia a cualquier documento. Que las personas empiecen a valorar cuando uno lleva una hoja de vida, que empiecen a valorar a los seres humanos, no solo a la basura y ya. Quiero decirles que se pongan la mano en el pecho y hagan algo por Potrero y los demás barrios aledaños que hay que viven la misma problemática... mucho desempleo.



Noticia:

LA TOMA POR EL ORO

Todo el país tiene fiebre de oro, y Cauca no es la excepción. En el municipio de Suárez se están dando las más duras peleas entre las comunidades locales que viven de la minería artesanal y los privados y multinacionales que quieren explotar el oro con sus grandes dragas.

La última pelea en la zona se ha dado por la explotación de 99 hectáreas de tierra para sacar oro, a nombre de Héctor Jesús Sarria, quien obtuvo una licencia de explotación en el corregimiento de La Toma, Cauca, en abril de 2009.

“Los afrocolombianos de Suárez vivían y trabajaban en la orilla del río”, dijo Zoraida Hernández, de la Corporación Sembrar. “Con el proyecto de Salvajinas la gente se fue moviendo para La Toma y ahora también los quieren sacar de allá, pero prácticamente la única actividad que tienen las comunidades es la minería artesanal.”

El problema más grande que ha enfrentado la comunidad para defender su territorio es que a pesar de que llevan asentados en esa zona desde principios de 1600, no tienen un título colectivo de sus tierras, según cuentan sus líderes y los miembros del movimiento Proceso de Comunidades Negras (PCN).

Además del interés de Sarria en la zona, a unos 35 kilómetros de La Toma, la multinacional sudafricana AngloGold Ashanti tiene interés en explotar 1.404 hectáreas. Por otro lado, James Álvaro Valdiri tiene 3.149 hectáreas, Andrés Rendle 1.717 hectáreas y Raúl Fernando Ruiz 314 hectáreas. En total, en el municipio de Suárez, dos terceras partes del territorio están en trámite para explotación de oro y actualmente más de 10 mil hectáreas de tierra ya han sido conce-

didas a particulares o a multinacionales para la explotación de oro.

La tensión que hay entre los derechos colectivos de la comunidad de La Toma, y los derechos adquiridos por diferentes privados y multinacionales con intereses en la zona es solo un abrebocas de los conflictos que se viven y que seguirán desarrollándose por todo el país a propósito del boom minero.

“Para trabajar en grande se necesita mucho campo y eso lo que deja es grandes problemas de deforestación”, dijo Teófilo Acuña, representante legal de la Federación Agrominera del Sur de Bolívar, a La Silla. “Cogen una montaña, la dinamitan, van lavando, cianuran, y así obtienen el oro diseminado, mientras que con la minería artesanal hay muchas zonas verdes que no se tocan porque el trabajo es de baja escala”.

Acuña también explicó que mientras en un día de trabajo de minería artesanal se pueden sacar 100 kilos de oro, con la tecnología del cianuro -propias de la minería a cielo abierto- el oro se saca a diario en toneladas. A pesar de los riesgos ambientales, en Colombia cada vez más imperan los procesos de gran minería, mientras que las técnicas artesanales van quedando relegadas y los mineros artesanales son tildados de ilegales.

La Silla Vacía, por Laura Rico. 21/08/2010



4

Hay que obrar bien
para que las cosas
marchen bien

Valeriano Carabalí





Soy nacido y criado en Suárez, Cauca. Nací el cinco de noviembre de 1938... en la casa porque antes solo había hospital en Popayán y Santander.

Anteriormente había parteras. Cuando las mujeres estaban de parto, necesitaban una persona ya de edad que se encargaba de ayudarlas a tener el niño, tenían los hijos solas, sin nadie.

Cuando las mujeres embarazadas estaban con la barriga a punto, con los dolores y estaban por tener el niño o la niña pues lo tenían. Todos los niños se criaban bien, sin ningún problema de enfermedades de nada, sanos, así era antes, no como ahora... Ya murieron las parteras.

De niños nosotros jugábamos fútbol si había una pelota, pero en ese tiempo ni el deporte se veía por allá. Allá no perdíamos tiempo, trabajábamos. La oportunidad para trabajar era coger café. Mi mamá ponía a mi hermana, a otra muchacha y a dos o tres trabajadores que llegaban, que salían más "aventajados". Tocó salirme de la escuela e ir por mí mismo a recoger café... yo he sido trabajador desde muy pequeño.

Nosotros vivíamos una situación bien buena en Suárez, teníamos un campo, finca raíz... plátano, café, yuca, árboles frutales, cañadulce, trapiche, todo eso teníamos. A través del tiempo todo cansa en la vida; vendimos los trapiches y el cañal, nos quedó la finca de plátano, café y árboles frutales. Una finca botaba ciento veinte arrobas y la otra botaba ciento cincuenta. Cultivábamos plátano, café, árboles frutales, yuca, maíz, frijol, arracacha, cilantro, de todo. Si usted quería sembrar tomates, sembraba tomate para el gasto suyo. El campo es muy lindo. Cada quien tenía sus lotes y sus animales.

La yuca se siembra con unos pedacitos de palo así (cuenta mostrando en la mano un tamaño de unos 20 centímetros), se hace un hueco y pone el palito ahí por encimita y lo tapa. A los seis meses ya tiene yuca. El plátano se demora más que la yuca. La tierra tiene que ser buena, boyante. Yo iba al pueblo y vendía el plátano y la yuca. Desde donde yo vivía al pueblo no se gastaba sino una hora.

Sacábamos oro cuando éramos jóvenes. Yo trituraba la piedra que tenía oro y cuando ya estaba vuelta arena, un lodo, lo echaba en tres tablas, una acá, otra acá y otra allá, y ahí con agua entonces le ponía tranca y sacaba el oro, el oro quedaba amontonado allá. En el pueblo lo

vendíamos muy barato, en ese tiempo era barato, como a seis mil pesos el gramo de oro.

Suárez es un pueblo bueno, un pueblo querido. Lo que daña al pueblo son los grupos que hay allá, como todo el mundo lo ve, lo oye o lo conoce por la televisión. *Eso es lo que mata al pueblo, porque ese es un pueblo muy sano*, ese es un pueblo donde usted podía andar con sus prendas como quisiera, que nadie le iba a quitar nada, nada pasaba. *Uno salía al mercado, dejaba la puerta abierta y nadie se llevaba nada. Allá la gente se emborrachaba, les cogía la borrachera y se quedaban dormidos ahí, así amanecían al otro día y nadie los iba a tocar para nada.* Había bailadero, a mí sí me ha gustado, pero ya no más... con la edad que tengo ya no más; y con hambre, de a dónde... aquí si lucha uno por la comida.

Mi esposa y yo nos conocimos en el pueblo. Las mujeres de ayer no son como las muchachas de hoy, que se preocupan porque un hombre se ponga un pantalón y que le tiemble, que baile bien y que salte y que se ponga aretes. Para las mujeres de ayer, el hombre tenía que trabajar berracamente, para que ellas no fueran a aguantar hambre, pa' llevar la comida a la casa. Si le gustaba una mujer tenía que ir a hablar con los papás. Hasta que no se casaran no le entregaba la hija. Las muchachas de hoy en día tienen que pensar para ver con quién se meten, porque todos somos hombres, pero no conocemos las condiciones de cada quien, ya todo es distinto.

Cuando llegó la represa...

Con el tiempo, durante varios años nos llegó la represa de Salvajina, metiendo carreteras y todo aquello porque iban a construir la represa, a meter ese planchón. La mayoría de la gente allá vive del oro -yo ya no puedo trabajar el oro por el problema de la vista- el pueblo tiene un permiso de usar dinamita y de perforar la montaña con motores, tiene electrificados los frentes de trabajo con energía y con la misma energía se perfora la montaña con un taladro, se mete el tiro y eso explota. Van sacando y dejando el hueco, la mina va quedando pelada y la roca la van tirando. Extraen el mineral, llega un molino tritura la roca, la vuelve lodo y ahí va sacando el oro.

El gobierno nunca nos ha ayudado. Para hacer la represa nos fueron a sacar de la finca. Fueron fue llenando pozos, el sitio del embalse, que si la gente no resolvía y vendía, metían agua, así se perdieran las fincas, y la gente pues, para que las fincas no se quedaran perdidas en agua, tuvo prácticamente que regalarlas.

A mí me dieron en ese tiempo 560 mil pesos, eran como unas diez hectáreas de terreno, cinco en una y cinco en la otra: un robo. A mí me han robado mucho. La plata que nos dieron a nosotros no nos sirvió para nada, fue un engaño muy asqueroso del gobierno. El gobierno lo que hace con los pobres lo está pagando con los guerrilleros. Cuánta gente no tiene que estar pagando el Estado que la guerrilla les mata, cantidades. Hay que obrar bien para que las cosas marchen bien. Resulta que allá en la finca, unos tipos que trabajaban en la misma empresa de aquí, y en otra empresa española, esos trabajadores que ellos tenían y que eran del mismo pueblo, ya me conocían. Ellos fueron a la otra finca, que yo había comprado después de vender mis tierras y me atracaron allá. La familia se me azaró y se desplazó al pueblo, ya no me acompañaba, entonces me aburrí y tuve que regalar esa finca.

Ya nos vinimos para el pueblo y sin trabajo. Esa platica se acabó y nos vinimos para acá para Cali, dizque a trabajar. Aquí llegué bien, pero a nosotros nos hace falta el pueblo. Fue por la situación que nos tocó que salir. No teníamos de donde trabajar ni nada, nos tocó que salirnos de allá.

Nos tocó que venir a invadir en La Colonia Nariñense, a hacer ranchitos de lata, rellenar un lago de agua. Eso era una laguna como de 12 metros. Un ole metía una vara que se mandaba hasta el fondo y quedaba un pedacito así (señala con sus manos como un metro con veinte), eso eran un poco de espinares. Todos los que vivíamos allí nos tocó nosotros mismos rellenar, cargando y buscando tierra de otra parte, piedras... como esto era un hueco, usted ya sabe, para tapar un hueco uno lo rellena. Se iba metiendo la tierra, y así iba subiendo, el agua iba quedando abajo porque era pura laguna. Se traían volquetadas, se iba echando e iba tapando. La tierra la sacábamos de allá mismo, de esas volquetas que trabajaban, entonces la gente las traía para rellenar.

Los que estaban rellenando con nosotros era gente de varias partes, de toda parte. Todos los que estábamos, éramos bien porque todos estábamos ahí construyendo. Eran de toda parte, uno ni los conocía. A medida que iba pasando el tiempo, uno se iba dando cuenta si eran de una parte o si eran de otra.. De Suárez había venido mucha gente, pero no estaban ahí. Rellenamos para construir, para hacer el ranchito. Los ranchos eran de esterilla y después de tablas, de madera. Después de que hicimos los ranchitos le metieron candela y quemaron la invasión. Quedamos sin nada, sin nada, con lo que teníamos puesto. No sabemos por qué, usted sabe que en una invasión hay gente que uno no conoce y hay gente que

es mala. No se sabe si algún vicioso iba a robar algo y por venganza le echaron candela a eso.

Después de eso me tocó vender un ranchito que tenía en el pueblo para comprar una casa de ladrillo. A pesar que era una invasión, la casa era mejor que lo que tenemos ahora.

Cuando el gobierno vio que todo estaba bien bonito nos mandó a sacar.

El gobierno mandó a sacar a toda la gente de allí. Vinieron con esa gran mentira de que era una reubicación. Entiendo yo que reubicación es quitarlo a uno de aquí y ponerlo allá, pero sin ningún cobro de nada. A nosotros nadie nos preguntó si queríamos venir para acá, fue una asignación. Que teníamos que venirnos y desocupar allá porque estábamos en alto riesgo. Allá no pasaba nada con nosotros.

A nosotros nos impusieron esto, nos hicieron daño, nos hicieron firmar unos papeles, a todo el mundo. Nos confiamos y cuando ya habíamos firmado esos papeles, a los poquitos días que... bueno, que estas casas van a valer tanto y que tenemos la deuda por quince años, que son veinte a la casa y setenta de interés, quiere decir que de noventa mil pesos se abonan veinte mil para la casa y los setenta mil son de interés. Vale diez millones la propiedad, hay que pagar ochenta mil pesos mensualmente por quince años, son quince años para pagar un setenta por ciento de interés, por una casa que tiene cuatro de frente por cuatro de fondo. Hasta ahí donde llega, porque de ahí para allá tiene un lotecito, este pedacito aquí... como para sobrevivir, porque esto es una palomera. Y pagar toda esa cantidad de plata. Es lo que yo me pongo a ver, que el gobierno colombiano es un gobierno corrupto.

Nosotros no tenemos capacidad pa' pagar esto, mucho menos yo que tengo 75 años y que tuve un accidente. Me agarré a comprar chararra y me volé la vista, sacando un cobre de un motor de licuadora. Con el alicaté corté y cuando halé, se me vino y me dañó la vista. Me llevaron a la clínica de ciegos y sordos aquí en Cali y esa gente me mejoró la vista.

Llevaba ya como tres o cuatro años viendo bien cuando compré una carretilla para trabajar. El animal era uno de esos animales bien bravos. Un día llevaba unos chinos atrás, se me cayó la rienda y quedó con una sola guaca. Para que no se fueran a caerlos niños, yo con esa sola guaca halé el animal, pero la mandé fue al contrario y cayó aquí y volé por

encima. Me cortó el pie. Me lo iban a amputar, pero un doctor dijo que no, que había quedado un tendón y unas venitas. Me pudieron colocar el pie. Yo quedé discapacitado del pie y la vista.

Si yo estuviera joven a mí no me adolecería nada porque yo soy trabajador, pero a estas alturas me encuentro casi discapacitado, por eso no tengo la capacidad de pagar esa plata. Yo ya hubiera tenido que haber pagado esta casa, pero no la pago por la incapacidad de la vista y el pie. Ya no es lo mismo, ya no me dan trabajo en ningún lado, por lo menos a la edad que tengo nadie me da un empleo. Según lo que vi por la televisión, a una persona de 40 años en adelante ya no le dan empleo. Nosotros, que trabajamos en una carretica, reciclando se puede decir, siempre estamos perjudicados con los impuestos, con los cobros del Estado...

Anteriormente, en el pueblo, usted compraba una de esas lámparas grandes, haga de cuenta que era un bombillo, resplandecía todo. Ahora, cuando nos acostamos arriba apagamos el bombillito de abajo y prendemos arriba, no se gasta energía, y una nevera que tenemos que nos la regalaron, eso es lo único que tenemos nosotros aquí. Hoy por hoy son cuarenta mil, cincuenta mil, sesenta mil pesos en servicios y ¿a dónde está ese consumo?

Vine con unos hijos, pero ellos son muy pobres, llenos de hijos, ¿cómo hacen para ayudarme? Todos estamos juntos, pasando por la misma tragedia, las mismas consecuencias. A otros hijos los tengo por allá en los Llanos, porque es gente muy pobre. El marido de una hija que tengo por allá es portero y tienen trabajo allá, a veces me manda auxilio. Pero de todas maneras los que viven allá casi no me pueden ayudar, porque no tienen trabajo, no tienen nada.

La vida acá se volvió un despelote, hoy en día las pandillas son las que más tiran. Nosotros todavía, gracias a Dios, no hemos tenido ningún problema con las pandillas. A nosotros los adultos no nos ha pasado nada. A un nieto mío le pegaron un tiro en una pelea de pandillas. Él no estaba peleando, no le hace daño a nadie. Pasó por ahí se enamoraron de él y le pegaron un tiro por acá por la espalda y le dañaron todo el organismo. Le pegaron una tasajeada de operación y está con muchas costuras en el cuerpo. Ya va para un mes y todavía está en el hospital. La violencia es porque hay unos que están enamorados de este barrio y quieren venir, a quitarles las casas a los que están armados y a posicionarse ellos. Se puede decir que esa gente es de los mismos barrios de donde vivíamos antes, de La Colonia.

Acá después de que uno no se meta con nadie, uno mismo se da una buena vida. Porque si yo la sé tratar a usted, hacerla respetar, ahí va surgiendo ese cariño. Así hayan miles y miles y millones de malos, si uno se comporta bien, lo cuidan a uno. Así es para sobrevivir en cualquier parte del mundo. Yo he querido irme, pero el problema es que hasta que no se vea la decisión de esto no podemos arrancar. Allá no tenemos nada.



Noticia:

REUBICARÁN A FAMILIAS DEL JARILLÓN DEL CAUCA

El presidente Álvaro Uribe Vélez, en visita a Cali, garantizó ayer 3.044 subsidios más para la finalización del proyecto habitacional Potrerogrande en la Comuna 21, en donde serán reubicadas las familias que habitan de manera irregular en el jarillón del río Cauca.

“Esto apenas es el principio. Son 4.800 casas y vamos en 1.756. ¿Cuántas nos faltan? ¡Uy!, falta mucho todavía, 3.044 viviendas. Pero las vamos a hacer todas. Asumo un compromiso frente a Cali. Cuenten con esos subsidios para que las hagamos todas”, aseguró ayer el Mandatario en la ceremonia de entrega de las primeras 1.756 casas del proyecto habitacional, en el sector de Potrerogrande, ubicado al oriente de la ciudad.

Entre tanto, unas mil personas asistieron ayer al acto de entrega de las 1.756 casas en Potrerogrande.

El Presidente estuvo acompañado, entre otros, por el gobernador del Valle, Angelino Garzón; el alcalde de Cali, Apolinar Salcedo; el ministro del Medio Ambiente, Juan Lozano; el viceministro de Vivienda, Tony Jozame; y la presidenta del Senado, Dilian Francisca Toro.

“¿Cuánto quedas debiendo de esta casa?”, le preguntó el Presidente a Marien Pinilla, la primera mujer que recibió junto con sus hijos las llaves de su casa. Y ella le respondió: “\$5.680.000 y debo pagar \$60.000 mensuales, señor Presidente”. “Ánimo que hay que pagar la víspera para poder crecer estos proyectos en Colombia”, le dijo Uribe.

“Hoy le decimos a Cali que sí es posible encontrar alternativas que permitan que los menos favorecidos accedan a un nivel de calidad de vida digna”, dijo, por su parte, Apolinar Salcedo.

Entre tanto, el gobernador Angelino Garzón resaltó: “Nos sentimos orgullosos de tener en Cali el proyecto de reubicación de vivienda más grande de toda Colombia”.

Diario El País. Cali. 21/05/ 2007



5

En La Colonia
éramos como
un solo conjunto

Sara Selene Ortiz, 32 años





Mi mamá viene de Barbacoas, Nariño. Ella a los once años quedó huérfana de padre y madre y tuvo que desplazarse a Tumaco.

Ahí fue criada por medio de sus hermanas. Una se quedó a cargo de ella, las otras se trasladaron acá a Cali. Luego a mi tía le salió una oportunidad de irse a Venezuela. Ella viajó, pero siempre mantenía pendiente de mi mamá.

Mamá fue madre de cuatro hijas, la primera de un padre diferente, la otra sí del mismo padre, pero ella fue una mamá cabeza de hogar. Mi papá nunca le respondió, ella tenía el apoyo de mi tía que estaba en Venezuela.

Tumaco tuvo un derrumbe, un terremoto, por eso ella se desplazó aquí a Cali con sus cuatro hijas. Llegó a una forma de vida diferente. Primero se vino ella a mirar la zona con una de mis hermanas y luego nos mandó a traer. Ella pagaba arriendo cuando vivimos en Alfonso López y en El Retiro. Allí conoció a un amigo que la llevó a un lugar donde estaban invadiendo, era La Colonia Nariñense.

En La Colonia Nariñense duramos 23 años, primero en el asentamiento subnormal que fue la laguna, y de ahí nos traspasaron al frente de Mojica con el propósito de reubicarnos más adelante, porque necesitaban hacer la vía, luego, por todos esos problemas que se han visto aquí en Cali con la delincuencia y la cantidad de muertos en La Colonia y tanta exclusión... nos reubicaron en Potrerogrande en el sector 9, pero con el propósito de un cambio de vida.

Nos habían dicho que éramos reubicados y nosotros creímos en esa palabra: firmamos un papel con el que creíamos que el gobierno nos estaba entregando y eso fue un papel que estábamos firmando con el banco, para pagarle al banco.

En este momentico lo que tenemos es más agobio por la deuda de la casa, que es muy alta. Nos dicen que si no pagamos vamos a cobro jurídico y también que el problema de la delincuencia de los jóvenes -es lo que más se ve-, que impide que nuestros hijos puedan caminar tranquilos porque en cualquier momento se arma la balacera y las pandillas.

Cuando llegué a Cali tenía una vida muy triste. Mi mamá, para darme educación lo único que tuvo fue el colegio Parroquial Señor de los Mila-

gros. En ese tiempo, un sacerdote que vino a hacer una misión puso un colegio en El Retiro. Ellos no escogían sino al que quería aprender. Siempre íbamos a estudiar en ropa normal y en chancas, así llegamos a estudiar. Los años fueron pasando, así fuimos estudiando. Siempre hubo alguien como para ayudarlo a uno, “que vea, le regalo este par de zapatos”.

Así, mamá encontró la manera de darnos la primaria, pero si hubiera tocado pagar no habría podido. Ella se desempeñaba como lavandera de ropa, haciendo oficios varios en lo que saliera. Ella no ha tenido trabajo fijo. La pobreza fue algo muy difícil, porque si almorzábamos no desayunábamos, casi siempre había una sola comida. Uno se va acostumbrando a eso.

En La Colonia siempre estaba el que pasaba y le daba tristeza de ver la situación de las personas que vivían ahí, siempre había una ayuda... “que mire, que un camión va a repartir cualquier cosa”, el uno le informaba al otro. Éramos como un solo conjunto.

¡100% desplazados!

El nombre de Colonia Nariñense es porque somos 100% desplazados. Vos te hacías una casita y si tenías un amigo que estaba pagando arriendo, pasando necesidades... “andá a la invasión, andá a tal parte yo te ayudo”. Éramos unidos, el uno le ayudaba al otro y el otro al otro. Lo que no se ha podido lograr en el lugar que estamos. Yo digo que nos unía la misma condición de pobreza. Yo mantenía pendiente de mi vecina que iba a trabajar, yo le colaboraba con los niños, mantenía pendiente de mis hermanas.

De La Colonia, lo rescatable fue que aprendí mucho porque nosotros vivimos 23 años allí, pero todo el tiempo le decía a mi mamá, “mamá yo quiero ir más allá, quiero capacitarme, yo sé que yo puedo”, pero ella no tenía como esa capacidad pa’ ponernos a estudiar... no teníamos muchas oportunidades. Si llegábamos a una primaria o a un bachillerato, no teníamos oportunidad de entrar a un Sena o entidades que ayudaran a capacitarnos, o sea quedamos ahí estancados. Cuando cumplí los 10 años aprendí a trabajar, porque tenía que ayudar a trabajar a mi mamá, porque la veía cansada. Desde los diez años empecé a trabajar con una vecina, una señora que me llevaba al centro a vender chuspas y luego volvía y me traía. Me llevaba y cuando me dejaba, me decía “en tal parte usted vende y cuando termine vuelve para que me ayude a comprar el material”. Yo era muy pilosa, por eso cuando yo llegaba a la casa, llevaba la plata.

Cuando ya fuimos jóvenes, fue cuando surgió la delincuencia. Ahí fue cuando empezamos a mirar al de más allá, “que este anda bien vestido y yo no”. Aunque uno vivía en ese pedacito se traspasaba a otras partes, que “por qué éste se come ese pastel y yo no me lo puedo comer”. Cuando ya empezamos a creernos grandes, ahí fue la debilidad. Muchos de mis amigos se metieron en pandillas y era triste ver a esas personas que por algún motivo decían, “no voy a esperar que venga mi mamá, voy a comenzar a robar” y se tiraron a la delincuencia.

En ese tiempo las pandillas eran más de hombres, ahora ya son de hombres y mujeres, ya no hay como ese respeto. En este tiempo el problema de las balaceras, de los muertos, es de hombres y mujeres... La Colonia tuvo que estar en eso porque Mojica y los alrededores eran enemigos de ese pedazo. Entre Mojica y La Colonia hay fronteras por las pandillas. Ellos primero eran amigos, pero luego se torcieron y fueron enemigos, ellos mismos llevaron el campo de guerra al lugar de ellos y ya después se dividieron.

La Colonia ha sido reubicada tres veces, la primera vez reubicaron a Puertas del Sol a los que tenían un fondo ahorrativo. En ese tiempo mi mamá comenzó a ahorrar, pero no alcanzó a tener para salir. Por esos días tuve hijos. Era muy niña y ahí me tiré a las calles a vender chontaduro. Los niños quedaban con mi mamá porque ella no trabajaba.

Recuerdo que aquí estuvo el presidente Uribe y hubo unas convocatorias porque él venía a escuchar al pueblo y nosotros dijimos: “esta es la oportunidad de aprovechar, de hablar con él, que él sienta el dolor que nosotros sentimos, que de verdad pise el lugar que tiene que pisar.” Nosotros corrimos al lugar donde él estaba, una parroquia en La Casona. Él llegó pero, igualmente, no nos dejaron pasar. Uno de ellos nos dijo que, “madruguen que mañana va a Ciudad Córdoba, hagan digitar su cédula para que puedan pasar”.

Perdí el día de vender los chontaduros otra vez, pero yo dije, “no importa, yo tengo que lograr algo y me fui con otras personas”. Cuando llegamos a ese lugar, pasé la cédula y dije: “mire yo la digité para estar en esta reunión” y pasamos. Nos hicimos adelante, les dije que yo era una invitada especial a esta reunión, y nos hicimos adelante, pero era mentira. Me quedé sentada y cuando empezaron a hablarle dije: ¿señor presidente será que usted me puede dar la palabra? Lógico, él me miró y yo le dije: “yo necesito hablar sobre un lugar que usted no ha caminado. Usted no sabe cuál es el dolor que hemos sentido, cuál es la carga que tenemos”. Él me empezó a preguntar y expuse muy claramente y lloré

porque ya muchos jóvenes habían muerto, era en cantidad... como lo que está pasando ahora. Cuando él escuchó todo el parlamento que nosotros dijimos, él dijo, “La Colonia será reubicada”. Una palabra que él dijo ahí y fue escrita, le dijimos “no queremos que la palabra quede borrada, sino que verdaderamente quede sembrada donde debe ser”. De eso nació el paso de La Colonia a Potrero grande.

Por eso mantenemos relaciones entre La Colonia y Potrero, porque en el momento que reubicaron, en una casa supongamos que vivíamos tres familias, de esas familias una salió y las otras dos quedaron. También la casa quedó ahí en La Colonia, porque no la podían desbaratar. Esas dos familias que quedaron tenían que relacionarse con la que estaba en Potrero. Es decir, en este momentico estaba yo sola porque me habían mandado, mi mamá y mis hermanas se quedaron. Así como el caso mío, es el caso de muchas madres, que tienen hijos en las pandillas, es el caso de muchas vecinas, que los hijos se le dañaron en La Colonia. Entonces envían a la mamá y quedan los hijos y el hijo por muy dañado que esté va a buscar a la mamá, entonces eso es lo que pasa. A las familias de otros asentamientos, de otras invasiones les sucede la misma cosa. Ahí se siguen formando las pandillas porque ellos no quieren que los de La Colonia pisen Potrero.

En este momento mi mamá está enferma por todo lo que ha estado viviendo. Empezó a sufrir del azúcar, después de los nervios. Ella está viviendo con mi hermana en La Colonia, pero ya todas tenemos hijos. La mayor tiene cinco hijos, la otra tiene dos y yo tengo cuatro, con los que vivo en Potrero. Mi esposo y mi hijo mayor que se llama Nilson, tiene 20 años, Jhon Eduard que va a cumplir 18, una niña de siete años y un bebé de dos años. Mi esposo tiene 36 años, es de Tumaco. Lo conocí en La Colonia.

Un sueño roto.

Mi hijo es un sueño roto porque él se crio en La Colonia, allí pasó la mayor parte de la niñez. A mí me adjudicaron en Potrero cuando él tenía 14 años. Él ya entrenaba fútbol desde los 10 años. Después de los 12 años, lo patrocinó el América, a los 13 años se fue para Venezuela a jugar un torneo que duró 21 días, después de eso siguió entrenando. A él lo iban a mandar a la Sub Colombia porque la estatura, la talla el porte, todo lo tenía, pero de un momento a otro todo quedó ahí... En este momentico él está en las drogas. No vive conmigo, sino que está donde mi mamá.

Yo soñaba mucho con que él fuera a ser profesional, yo me esforzaba, cumplía con el requisito de ayudarlo a él con el transporte y le decía: “tú no puedes quedarte en la casa, tienes que estar en tu área deportiva, pero también tienes que entender que no puedes mezclarte con el que fuma, con el que roba, porque esas personas te van a hacer daño, no van a querer que tú avances sino que te metas en el mismo lugar de ellos. Tú sabes que estamos viviendo en un lugar donde realmente se ve el vicio, el robo y la bala”. Eso era lo que se veía en La Colonia, mucha delincuencia y que en cualquier momento una bala perdida, yo le decía a él: “mira que para yo sacarte adelante tengo que coger este platón de chontaduros e irme a trabajar al medio día para traerte el transporte y darte lo necesario, yo lo hago para que en tu niñez y tus hijos no vivan lo que yo viví”.

Igual yo le doy muchas gracias a Dios porque a él nunca le faltó el transporte, ahí estuvo, pero en un momento dado conoció sus amigos y empezaron a meterlo a ese campo. Yo le decía que pensara lo que él estaba haciendo, me tocó irme de ese lugar a pagar arriendo con tal de sacarlo de ahí. Nos fuimos con ese anhelo cuando al tiempo la reubicación de La Colonia... me tocó llevármelo y en el momento que él iba para la Sub Colombia se dio cuenta que el entrenador le había dado el pase de él a otra persona, o sea que le quitó la oportunidad a él; entonces decía: “no mamá, uno sin plata no es nada”. Yo empecé a decirle: “quizás esa no era tu oportunidad, viene algo mejor”. Él se encerró a eso, se pegó a eso. Al tiempo me di cuenta que él está metiendo vicio. Ya estábamos en Potrero cuando llega una amiga y me dice: “Yo lo vi, pero no se lo podía decir porque él iba a saber que había sido yo”. Ahora la persona que me dijo está igual.

Fui haciéndole un seguimiento a él, le esculcaba las cosas, mantenía pendiente, me puse en la tarea de ir a donde él entrenaba. Una vez fui y el entrenador me dijo lo contrario que él hacía. Empecé como a investigar, cuando tú tienes la manera de ver lo que hace tu hijo, tú estás más pendiente de él, aunque la condición de nosotros es difícil, como trabajamos... Mi esposo es como muy acobardado con los hijos, él es un padre que... siempre soy yo como esa base fuerte, porque él lo primero que dice es: “esos hijos son suyos, hable usted con él”.

El que va a cumplir 18 vive conmigo, es el cuidador de los dos pequeños. En este momento está estudiando acelerado, porque quería quedar bachiller y seguir, no quería quedarse como ahí estancado. En este momentico él es mi apoyo, porque yo estudio de lunes a viernes,

de 7 a 1 de la tarde y él es el que se queda con el bebé hasta que yo llegue. Me levanto a las 4 de la mañana para dejar hecho todo para que él esté pendiente del niño y cuando llego, almuerzo, visto al niño y corro otra vez a sistemas y queda ahí con la niña. Eso en el transcurso de semana y el día sábado sale a estudiar. Él es el que me ha colaborado en todo, él me dice:...“*mamá no hagas tal cosa, del oficio, dejá no más el almuerzo*”. Él es el que me colabora. Él es muy diferente al otro.

A él varias veces han intentado matarlo, porque los confunden, han intentado varias veces agredirlo. Él dice que quiere estudiar y después de estudiar seguir una carrera. Él no quiere quedarse ahí. El mayor, a pesar de que ande así me respeta mucho, siempre que me veme dice, “hola madre, nombre de Dios.” El hecho que él esté en las drogas no quiere decir que sea un asesino, sino que sabemos que él mete vicio. Siempre me dice: “ay mamá espérate yo voy a cambiar, yo sé que tengo que cambiar”. Él tiene un niño de tres años.

Potrero grande no es un barrio, sino un cementerio.

Aquí lo que pasa es que cada quien quiere ser más que el otro, eso es lo que se vive en Potrero, yo que tengo a mi hijo en las drogas no miro al vecino. Pero se ha perdido como esa comunidad que hubo en un tiempo en La Colonia, se ha perdido ese amor por nosotros mismos. Lo que pasa con ese rencor y ese odio es la delincuencia. Los que nos fuimos para Potrero tenemos hijos, unos hijos vienen a visitar, se van, ellos mismos conocen un amigo los llevan al mismo lugar a La Colonia; son amigos de un montón y de un momento a otro se chocan, se vuelven enemigos, éste arma su banda, el otro otra banda. Yo quiero ser más que éste y ahí está el problema, ahí está el delito.

Entre pandillas y droga, yo veo que todo sigue igual. No se ha podido avanzar por medio de las pandillas. Siempre se arman líderes con engaños y mentiras, la gente ya no cree. En Potrero, la gente del sector 9 no puede pasar para el lado del chute de la basura, eso le pertenece a todos, pero ahí ya está la frontera invisible, o sea, del Tecnocentro para acá es una ciudad y para allá es otra ciudad. Las pandillas se organizan por sectores.

Cuando yo recién llegué a Potrero, matriculé a mi niña en el jardín social, me dieron el campo pa’ matricularla y la matriculé. Un día mi hijo, que tenía quince años, fue a recoger la niña y otro lo estaba esperando para ver de qué sector era. Entonces yo digo que es por sectores, cuando alguien llega a un sector están pendientes de quiénes son los que llegan.

Por estos días que estamos haciendo el proceso con la vigilancia se ve bien. Yo creo que Potrerogrande necesita es un fundamento, que ellos tengan que entender que se trata de una nueva vida, que no solamente esperen que la policía se vaya para ellos enfrentarse. El gobierno no debería hacer más eso, debería concientizarlos en que es un nuevo barrio y que ellos tienen que cambiar, para que no seamos perjudicado ni el vecino, ni yo. O sea que si mi hijo está cometiendo un delito, darle a entender qué es el delito para que pueda salir, porque si no, creo que nunca se van a ir de Potrero. Y ahora peor, con más asentamientos que vienen. Así como dijimos en una charla en el Tecnocentro: Potrerogrande no es un barrio sino un cementerio.

Cuando nosotros llegamos a Potrerogrande teníamos una imagen diferente, pensábamos que íbamos a descansar de todo lo que habíamos vivido en La Colonia, pero ahora que estamos en Potrero me ha pesado, ha sido más difícil, ver que mi hijo se destruyó la vida ahí. Lo digo por mí y por muchos vecinos que he tenido alrededor, he visto cómo sus hijos han sido muertos, para mí Potrerogrande ha sido un barrio de mucha sangre y de mucha violencia.

Uno pide y no sabe qué es lo que va a pedir. Me baso en lo que nosotros le pedimos al presidente. Pensábamos que íbamos a vivir en una vivienda digna y recibimos una vivienda de violencia, de delincuencia. Igual esas casas, lo que da a entender el gobierno es que no son de nosotros y que en cualquier momento nos la van a quitar, porque imagínate que primero pusieron una cuota de 60, luego como de 70 y pico y la de nosotros es de 92 y los que vienen -en ese grupo viene mi mamá-, de 150 mil pesos, ¿de dónde va a sacar eso, una gente que a veces no tiene ni para alimentarse? Mejor había sido desplazarnos al lugar de donde uno es.

¡Pero hay esperanza!

Potrero tiene de bueno a sus jóvenes porque hay talento. Yo digo que en Potrero hay más esperanza, por todo lo que han puesto, porque podemos ver un centro cultural, ese es un sueño hecho realidad. Si nosotros nos vamos a capacitar, ahí podemos demostrar qué es Potrero, cómo es la comunidad de Potrero, ahí se va a ver el talento que tenemos.

Se necesita capacitación tanto para los jóvenes como para las mamás, para toda la familia. Si nosotros nos vamos a capacitar, vamos a entender y a valorar el lugar que nos han dado. Creo que eso es lo que

falta en Potrero. La situación es triste cuando el gobierno le dice a la gente de Potrero grande que la va a desalojar esto se vuelve una bomba de tiempo, porque si ahora no hay unión, ahí sí la va a haber, porque si van a empezar a desalojar a todo mundo, entonces por A o por B tiene uno que mezclarse.

Yo, por ejemplo, estaba estudiando técnica en medios audiovisuales, me había interesado porque creo que en Potrero grande hay mucho que dar, si no más en mi sector tengo demasiado para dar... pero, ¿qué pasó?, que después dijeron que no podía continuar, que tenía que acreditar tanto tiempo de práctica para poderme graduar y que ellos solo podían apoyar a la gente hasta los 23 años. Ahí me partieron mis sueños. Nosotros pensamos que no es necesario traer la prensa desde lejos, que otros nos vengan a contar lo que ya sabemos. No es necesario traer las noticias cuando yo puedo hacerlo, por eso digo que para mí es capacitarme muy bien para mostrar tanto a mis vecinos como a la gente de afuera que aquí hay talento.

Por eso me veo con un futuro diferente, haciendo realidad mis sueños, quiero ser una gran profesional. A mí me gustaría que en esto el gobierno se pusiera la mano en el corazón y sintiera el dolor... que entienda que no vamos a poder pagar una casa si no tenemos trabajo. El 100% de los esposos de las familias que viven ahí, hay unos que trabajan ambulantes, otros que son constructores y que así como un día tienen trabajo, al otro día no. Entonces, si no tenemos una vida mejor, no vamos a poder pagar esas viviendas y desplazarnos a los lugares de donde somos... ya sería imposible. Ya no tenemos más cabida, verdaderamente necesitamos que el gobierno sea consciente y dé un avance al barrio Potrero grande.

Sí, yo me imagino viviendo aquí, yo quiero mucho mi casita y sé que no solo viviré diez años si no más y estoy dispuesta a luchar por mi barrio.

Noticia:

EN COLOMBIA EL 61% DE PERSONAS CON DISCAPACIDAD NO RECIBE NINGÚN TIPO DE INGRESO ECONÓMICO...

Las proyecciones del Dane a 2012 indican que del total de las personas con discapacidad en el país (2.943.971), el 52,3% está en edad productiva, pero sólo el 15,5% de ellas se encuentra realizando algún tipo de trabajo. De igual manera, la entidad señala que sólo el 2,5% de este grupo de la población obtiene remuneración de un salario mínimo legal vigente.

Según las conclusiones del informe “Discapacidad en Colombia: Retos para la Inclusión en Capital Humano”, realizado por la Fundación Saldarriaga Concha en 2011, existe un círculo perverso entre la discapacidad y la pobreza pues ésta es más recurrente en los hogares con menores ingresos. Además, las difíciles condiciones de vida que rodean a estas familias generan mayores factores de riesgo (mala alimentación, altos niveles de desatención en salud, escaso acceso a los servicios públicos, hacinamiento, dificultades en saneamiento básico, etc.) La discapacidad a su vez crea mayores riesgos de pobreza, aparta a la persona de reales posibilidades para generar ingresos al interior de su hogar, y su tratamiento exige múltiples sacrificios económicos por parte de su familia.

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), las personas con discapacidad tienen más probabilidades de estar desempleadas y generalmente ganan menos cuando trabajan. Esto, obedece al imaginario que aún existe en la sociedad y en el sector empresarial acerca de que una persona en esta condición no puede desempeñar adecuadamente

algún trabajo o que de hacerlo no lo haría con los mismos criterios de calidad de aquella que no tiene discapacidad.

Fidel Nieto, coordinador del Departamento de Planeación y Desarrollo Estratégico de Cafam, empresa que actualmente cuenta con una política de inclusión laboral, afirma que esta experiencia les ha permitido descubrir las potencialidades que tienen las personas con discapacidad quienes, de acuerdo con sus capacidades, pueden desenvolverse en el mundo laboral hasta mucho mejor que una persona sin discapacidad.

“Cafam busca tener profesionales de alto nivel comprometidos con la empresa y estas personas, en el ejemplo nuestro, han demostrado que pueden ser trabajadores de calidad. En las evaluaciones de personal, sus jefes inmediatos han recalcado que son personas que mejoran la productividad, en algunos casos llegan más temprano que las demás, se les puede llegar a tener total confianza y estos resultados nos motivan empresarialmente a seguir contratando personal con discapacidad”, afirma Nieto.

El concepto sobre el cual se mueven las empresas en el mundo es el desarrollo sostenible en el que se articulan el crecimiento económico, la protección del medio ambiente y la responsabilidad social. Lograr la inclusión laboral de las personas con discapacidad iría de la mano con dos de estos tres elementos, puesto que permitir que estas personas demuestren todas sus capacidades traería consigo réditos no solo para las empresas sino también para el Estado y la sociedad.

Agencia de comunicación PANDI. Informe especial de la Fundación Saldarriaga Concha. 12/02/2013



6
¡Que nos den
oportunidades y
nosotros ponemos
de la de nosotros
también!

Álvaro Herrera





Soy de La Unión, a pesar de ser huérfano supe llevar la vida... recuerdo mucho de La Unión a los Grajales, eran unas personas acomodaditas, en ese momento eran los “más bien” del pueblo, del Municipio.

Fueron productores de vino y los que montaron la fábrica de vino en La Unión Valle. Ellos me dieron la oportunidad de estar con ellos, pero entonces uno desprecia las oportunidades y oportunidades no hay sino una. Desprecié el apoyo que ellos me brindaron, ellos eran adultos mayores y yo era el mandadero, la persona de confianza.

De La Unión me vine a vivir a Roldanillo. De allí tengo buenos recuerdos, allá fue que me crié, tuve la oportunidad de contar con una familia. Bernardo Tamayo me dio la oportunidad de salir adelante, me brindaron apoyo, me dieron una cobija en su casa, porque como le repito yo quedé huérfano muy pequeño y a ellos les agradezco.

Mi juventud en Roldanillo no tuvo niñez, mi juventud fue trabajo. Sí, trabajo... trabajo de adultos para poderme conseguir la comida. A mí me daban trabajo por la comida y la dormida. Trabajé en ganadería mucho tiempo, en fincas de café, de plátano, de todo. Con mi mujer nos conocimos desde pequeños ahí en Roldanillo, en La Vereda Santa Rita. Nosotros nos levantamos juntos, la casa de ella quedaba al frente de la mía. Nunca pensé que iba llegar a tenerla al lado, nos hicimos pareja y nos casamos por la iglesia, gracias a Dios.

Me vine de Roldanillo para Cali como en el 92, llevo 23 años aquí. Llegué con mi mujer y mis dos hijos, mi mujer se llama Rosa María Aguilar Pérez y mis hijos Diego Fernando Herrera y Luisa Fernanda Herrera, Diego tiene 27 años y mi hija va a cumplir 22, cuando llegué a Villa del Lago, alquilé una pieza de 4 x 4, no una casa.

¿Sabe qué me hizo venir del campo a la ciudad?, en el campo el trabajo es más duro que en la ciudad. En la ciudad usted trabaja 12 horas pero el trabajo es remunerado. Yo trabajé siete años en la calle vigilando cuadras, en Villa del Lago y Villas de Veracruz. Yo trabajé con un cuñado que era contratista de una constructora, él fue el que me trajo aquí a la ciudad. Yo le cuidaba las viviendas en obra negra a la constructora, él hacía el contrato y buscaba la vigilancia.

Al llegar del campo a la ciudad uno siente el cambio y tiene el reto de mirar que, por lo menos en la ciudad, tiene que andar más prevenido. Usted en el campo anda a la hora que sea, aquí no. Aquí tiene que saber andar y saber vivir. Tiene que saber vivir a donde llegue, en el vecindario que esté.

Por ejemplo, de Villa del Lago tengo recuerdos bonitos, me fue bien con la gente y gracias a Dios no tengo quejas. La gente se manejó bien conmigo, me dieron apoyo, me colaboraron en lo que yo necesitaba. Estuve enfermo unos días y ellos me dieron la mano, me conseguían las remesas, lo que necesitara.

De Villa del Lago me enviaron a Villas de Veracruz, también a cuidar lo mismo. Eso queda ahí al ladito del barrio Barranquilla y La Rivera. De ahí me fui para Pance, me resultó un trabajo también de vigilancia, en una hacienda donde iba recomendado por una señora bien; estuve un año en Pance. No fue mucho lo que gané, pero me conseguí un rancho en La Colonia.

De La Colonia no tengo nada que decir...

La Colonia Nariñense es una invasión donde la mayoría son de la costa, salidos de Tumaco, de varias partes. Por eso la denominaron La Colonia Nariñense. Llegué allí en el 94... miento en el 93. Cuando compré el rancho, lo compré en 500 mil pesos. Yo me le enojé a mi mujer, porque yo no estaba acostumbrado a vivir así, pero al no tener el recurso para pagar una casa, me tocó aceptarle a la mujer comprar el rancho. Cuando yo lo compré eso era una laguna. El rancho adentro era como si usted estuviera metido en una laguna. Al que yo le compré tenía las camas trepadas en ladrillo para no mojarse y la señora de él mantenía en botas. Yo no acepté irme así. Yo le dije a mi mujer, que hasta que yo no rellenara eso no nos pasamos. Póngale, yo le eché 16 volquetadas de escombros para poder quitar ese aguandal de adentro y ahí sí me trasladé. Le eché un piso y como vi que con el primer piso no tenía, me tocó echarle otro, y como vi que con el otro volvía y resumía el agua, le eché otro. Eso quedó con tres pisos, para poder medio vivir allí.

Viví bueno en el rancho, nadie me molestaba, servicios no pagaba, no tenía como esa problemática que estén mandándole a uno documentos, como queriéndolo asustar a uno con cobro jurídico, como lo hacen acá en Potrero. Acá le están mandando un documento de cobro jurídico a la gente. Yo soy una persona que no acepta eso, antes de mandarle cobro jurídico a la gente tienen que ver cómo le dan empleo a la persona, para poder que responda.

De La Colonia no tengo nada que decir, si me hubiera ido mal en La Colonia me hubiera ido. Allá viví sabroso, no tengo quejas de la comu-

nidad, no tengo quejas de ninguno, sea quien sea no tengo quejas de nadie. Lo más bonito es que si usted se enferma, el vecino es el primero que le da la mano a usted, la familia de nosotros en La Colonia era el vecino. Si usted se enferma el vecino es el primero que acude a hacerle los primeros auxilios y llevarlo a donde tiene que llevarlo.

Pero muchas veces pasa que... voy a explicar algo, hay personas que vienen a hacer daños allí, que no son de allí, y le pasan el problema a La Colonia, y así no es. Muchas veces, personas que no son de ahí hacen el daño y le achacan los problemas a La Colonia. La verdad es que yo viví mucho tiempo ahí y yo era uno que entraba personas y no tengo qué decir. La verdad, con todo respeto, no entiendo cuál es la problemática. Lo primero que falta en La Colonia es inversión social del Estado, no es solamente llegar y llenarlo de policía, de Sijin.

Precisamente, mire le explico, lo que me pasó a mí el 4 de julio de 2001... eso no fue con los de ahí, fue con una persona que yo no conocía, no sé de dónde es... Yo estaba sentado oyendo las noticias, cuando lo vi -yo no lo había visto antes-, estaba parado al frente mío, por robarme un reloj, me puso una pistola acá en el pecho y me dijo: “el reloj”. Yo me paré a entregárselo, di la vuelta a entrarme a mi casa y cuando di la vuelta me disparó por detrás. No era de La Colonia, era un personaje que jamás lo había visto. De los muchachos de La Colonia y de acá de Potrero no tengo nada que decir.

Una nueva vida.

Por esos días trabajaba en la vigilancia y acababa de llegar del trabajo. Yo trabajaba en un colegio, el Instituto Técnico Calima, pero ese accidente me cambió los proyectos que tenía... ya no los pude realizar, porque yo tenía unos proyectos distintos. Me tocó tomar una nueva vida, ya no voy a ser independiente, ya me toca por terceros.

La realidad es que ese día del tiro, a los cinco minutos no sentía de la cintura hacia abajo, le dije a mi mujer, “llévenme al médico que ya no me muero”, me llevaron, en ese tiempo tenía Seguro Social. Como a los ocho días llegó el sicólogo, cuando le vi el carnet de sicología, me llevó una manzana, me dijo:

- “Buenos días. ¿Usted sabe a qué vengo?”.

“Sí señor, yo se usted a qué viene”. Le contesté.

- “¿y usted por qué sabe?”.

Una comparación, por ejemplo si usted este dedo no lo siente es porque lo perdió.

-Entonces me dijo: ¿Usted qué dice?

-“Yo no vuelvo a caminar más”.

-“bueno, esa es la verdad, eso es lo que yo le venía a decir”, me felicitó por eso, me dijo: “muy poquitos son los que asumen una problemática como la que tiene usted”.

Yo estuve un mes que no me movía de mi casa, no salía sino a la puerta. A los días me encontré con un señor que tenía un taller de bicicletas y le dije: ¿“cuánto vale la hecha de una silla?””. Me dijo: “vale 300 mil pesos” una silla como la que tengo aquí. Mandé a hacer la silla en la que ando en este momento, la mandé a hacer porque uno no se puede quedar a que otro le haga las cosas, uno tiene que aprender a independizarse.

Por esos días mis familiares siempre estuvieron mal, mi hijo trató de dañarse. Yo me salí del rancho que tenía en La Colonia para recuperarme. Mi cuñado me prestó un local en Manuela para estarme allá mientras eso, pero mi hijo trató de coger el camino equivocado. Yo no me recuperé del todo, viendo que mi hijo iba por donde no tenía que irse, decidí volverme para mi rancho. Le dije a mi hijo: “mijo, yo a usted no le he enseñado esto, yo le enseñé a estudiar y si no estudia, trabaja para conseguir lo suyo”, porque nosotros venimos de una parte donde no se ve esto.

Cuando llegué a mi casa encontré mi rancho lleno de gente. Se estaban metiendo más que todo al “ladronismo,” llegué y retiré todos los que estaban allí, les dije: “este es mi rancho, yo no lo compré en compañía con ustedes, este rancho lo compré yo con mi sudor, no voy a aceptar que mi casa la vuelvan una problemática, así que cada uno despega para su casa”. Y al hijo le partí un palo de escoba en tres pedazos, dándole madera porque me dio rabia.

¡En las esquinas no lo quiero ver!

Yo le dije: “mijo ¿quiere estudiar?, estudio es lo único que yo le dejo de herencia, que usted se capacite y salga adelante”, entonces me dijo: “papá yo no quiero estudiar, yo quiero trabajar”. “¿Qué querés hacer?”, “Yo quiero ser conductor”. “Bueno mijo, ¿quiere ser conductor? Vaya y averíguese al tránsito cuánto le vale el pase”. Él era menor de edad, tenía 14 años, se fue al tránsito averiguó el pase, 130 mil pesos pero se lo entregaban con el permiso mío. Me llamó: “papá vale 130 el pase”. Le dije bueno mijo: “¿qué necesita?”. “Que venga usted”. “Ya voy para allá”. Cogí un taxi y me fui porque al hijo hay que respaldarlo, al hijo no

se tira a la calle. Tenía que saber qué le pasaba, qué necesitaba, en qué estaba fallando yo. Yo tomaba trago, y lo dejé por ellos....Entonces le compré el pase y le dije: “aquí está su pase mijo, vas a trabajar”. Conseguí una plata prestada, compré un campero. El hijo cogió ese camino gracias a Dios y hoy soy abuelo, tengo cuatro nietos, dos de él y dos de la hija.

Ese carro lo tengo desde el 2002, no lo he podido arreglar porque me falta un dinero para cuadrarlo. Le dije: “mijo, como usted no sabe manejar todavía, le vamos a dar el carro a su primo para que lo trabaje y usted se va a ir de ayudante. De ahí saca y almuerza; no lo quiero ver en la vagancia”.

Empezaron con la vagancia en el carro y ¿sabe qué?, le dije entonces que “vendamos eso y vamos a estudiar.” El me respondió que “No, yo no voy a estudiar”. “Entonces, póngase pilas que en las esquinas no lo quiero ver”.

Hasta ahora me ha respondido. Él trabaja aquí en un campero que está en la ruta 5, hace más de 3 años, maneándole un carro a un señor. Da la casualidad que el martes una señora nos prestó tres millones de pesos. Nos compramos un campero, ahí lo estamos arreglando, porque también lo está trabajando para meterlo aquí en la ruta 5. Ese campero es de él, me gusta que él surja y sepa defenderse, todo no se lo puedo estar dando yo, tiene que saber defenderse porque el día en que uno se muera qué van a hacer ellos.

Mi hija también se consiguió un buen muchacho. Él trabajaba construcción y un día cualquiera, no sé qué pasó, lo mataron. De eso hace ya cuatro años. Ella tiene dos hijos, una de cinco y uno de siete años. Yo quería mucho a ese yerno, a él también le daba la mano. Lo tuve en mi casa un tiempo que no tenía trabajo. En el tiempo que lo mataron, vivía en mi casa y a mí me tocó hacer las vueltas para el entierro, me tocó voltear mucho. A él lo llevaron herido al Departamental y hasta allá fui a verlo, ¿Quiere que le diga la verdad? En el Departamental no le prestaron la atención que era; hubiera quedado como hubiera quedado, así fuera en silla de ruedas, no me importa, pero yo hubiera respondido por él. Él era mi yerno y así no lo fuera le habría ayudado. Así no tenga plata, pero uno busca quién le ayude a uno. No lo atendieron, llegué a la una de la tarde y dije: “¿Doctora, usted por qué no atendió al joven, por qué es negro, por qué no tiene plata, por qué?”.

No sé por qué lo mataron, la verdad, sinceramente no pudimos darnos cuenta por qué lo mataron. A él le gustaba mucho el trago. Los fines de semana el mantenía donde el papá, por La Casona, cerca de

donde lo mataron. Eso fue un domingo. Yo le dije el sábado antes de irse: “mijo, ¿qué se va a ir a hacer allá?, estáte aquí, aquí está tu casa, están tus hijos, está tu mujer”. Hace cuatro años que lo mataron. Yo le dije: “No te vas, estáte acá, aquí hay televisor, sentáte a ver televisión. Si no querés televisor, está el equipo; si querés comida, ahí hay comida; pero no te vas para la calle. Ahora no está para andar la calle, como antes que usted la andaba. Ahora no se puede andar la calle”.

El pelado no me hizo caso; yo como que presentía que le iba a pasar algo, era como darle consejos a un hijo. Por la mañana el día domingo me trajeron la razón como a las siete; yo sentí como algo que pasó por el pie mío, como un viento. Entonces me asaré y le dije a mi hija que iba a ir a buscarlo, porque eran como las siete y media o las ocho y no llegaba. Cuando sentí un viento por el pie mío y le dije: “¿Nanda, quién entró?”, le estoy diciendo así a mi hija cuando la hermana que asoma en la esquina llorando. A mí se me vino el pensamiento de que le habían hecho algo, cuando ella me dio la razón, en vez de darme susto me dio fue rabia... me cansé de aconsejarlo.

¡Yo voy a responder por usted!

Como yo soy una persona que piensa que al familiar hay que darle la mano, a nosotros nos tocó hacer las vueltas para el sepelio. Nos ayudó el padre de acá de Comuneros con una carta para que nos hicieran un descuento para el hueco y después de eso me hice cargo de mi hija y mis nietos, porque yo soy huérfano también. No puedo tirar a mi hija a la calle, ella está conmigo. Yo no puedo subir al segundo piso porque tengo una barrera, yo le dije mija: “acomódese arriba, aquí no la va a molestar nadie. Trabaje, el día que no tenga trabajo no se asare, porque igual vamos a comer, vamos a dormir. Yo voy a responder por usted”.

Yo soy pensionado del Seguro Social, me gano un mínimo. Sé que un mínimo no alcanza para mucho, pero gracias a Dios lo tengo. A pesar de sentirme discapacitado, no me siento enfermo. Me gano un mínimo gracias al señor y puedo responder un poco. Ella trabaja en una panadería, por los lados de La Troncal en El Poblado. Gracias al señor, allá la han apoyado, le han dado trabajito. Ella nos ayuda con una parte y nosotros ponemos el resto, los nietos están estudiando en “Forjadores de futuro”, aquí por los lados de Calimio y Desepaz.

Tengo un niño que lo he levantado casi desde los cuatro meses. La mamá es una muchacha que vivió con mi hijo. Ella estaba en embarazo y como yo sé que la mamá no le iba a poner cuidado me quedé con ese niño. Él tiene ocho años en este momento y también lo tengo estudiando.

Ahora venga le cuento, cuando empezó el proceso del paso de La Colonia hacia Potrero -nosotros llegamos aquí como en el 2007-, a nosotros nos engañaron, el Estado nos engañó, la Secretaría de Vivienda o el Alcalde, porque cuando a usted le dicen reubicación no tiene que quedar con una deuda, ni compromiso con ninguna entidad bancaria. Nosotros aquí estamos con un problema, estamos con el Fondo Nacional del Ahorro. Nosotros nunca llegamos allá a decirle al Fondo Nacional del Ahorro, “Dennos un crédito”, porque si usted va a pedir un crédito con un mínimo no se lo dan, lo digo por experiencia. Fui a pedirle al Secretario de Vivienda una vivienda antes de salir de La Colonia.

“Doctor, doctora, necesito que usted me haga el favor, ¿cómo hago para hacerme a una vivienda? la inicial es de un millón quinientos. Yo los tengo”.

“Pero la inicial no me interesa tanto, ¿cuánto se gana? ¿Cuántos del núcleo familiar trabajan en su casa?”

“No trabajo sino yo”.

“No me sirve el mínimo suyo, porque las cuotas son de 165 mil pesos”.

A nosotros nos sacaron de La Colonia, hasta donde yo entiendo y me doy cuenta, porque eso tenía dos tutelas de las Juntas de Acción Comunal de allá, y lo necesitaban para un Polideportivo. Entonces nos reubicaron de La Colonia a Potrero y en vez de arreglarnos un problema... nos lo agrandaron. Todo eso Empezó con el encargado que estaba en ese tiempo, Ramiro Tafur. Se empezó primero con Ricardo Cobo, después quedó encargado Ramiro Tafur y ahí ya se dio el proceso de reubicación de La Colonia hacia Potrerogrande.

Pero nunca nos prepararon, si a mí me preparan y me dicen, “su vivienda va a ser así”, yo no me vengo, porque donde yo estaba, estaba mejor. Mire, mi casa tenía 15 x 4, yo podía movilizarme sin problema allí, esta tiene 3 metros y medio por 4, o sea 16 metros cuadrados contruidos.

Para la reubicación nos fuimos viniendo por grupos de personas, nos fueron preparando por días. Sacaban un grupo hoy y luego otros. Los últimos que llegaron a Potrero fueron estos sectores, 8, 9 y 10. Ellos nos decían a nosotros si ustedes no firman, se van a quedar sin vivienda y el subsidio se lo vamos a dar a otra persona de asentamiento subnormal. Pero si usted viene preparado lo piensa, a ver si se viene o no se viene. Es que venir a un hacinamiento de estos es como estar en una

cárcel, no puede vivir más que una sola familia, y eso que tenga uno o dos hijos no más. Aquí hay casas donde viven diez personas, tres o cuatro familias, ¿cómo se le ocurre al Estado, o a la Secretaría de Vivienda o al que tenga que ver, que tiene uno que mover una cama a una sala? En muchas viviendas aquí pasa eso, tienen una cama en la sala para poder sobrevivir, otros tienen que dormir con personas en el suelo.

Somos personas trabajadoras, pero falta oportunidad.

Usted allá en La Colonia salía a buscar empleo y lo encontraba, se lo digo yo que soy una persona muy afortunada, que encontraba empleo donde iba. Ahora usted sale a buscar empleo aquí en Potrero grande y las empresas le cierran las puertas. Lo digo porque yo he hecho mis experimentos, aquí ha pasado que las hojas de vida se las reciben pero por un requisito, más no lo llaman.

La mayoría de personas aquí son personas trabajadoras, por ejemplo las personas que venden chontaduro, aguacate, trabajan la chatarrería... las personas que tienen sus caballos o sus carretillas las tienen que llevar al jarillón o pagar alquiler para guardarlas, exponiéndose a que los roben, porque usted sabe que eso es así. Aquí hay personas que tienen un medio modito, tienen su negocito de tiendita o sus minutos. Aquí hay gente que madruga a la galería de Santa Elena a las tres de la mañana, a conseguirse lo del diario -usted los ve llegando a la una o dos de la tarde-. El que trabaja informalmente se consigue un diario no más, no tiene oportunidad de más. Por eso aquí el Estado no puede venir a estigmatizar una comunidad. Para uno hablar tiene que conocer y uno como vive aquí, uno conoce.

Por eso es necesario trabajar un liderazgo, pero se tiene que saber cómo trabajar para la comunidad. No es pensando en uno mismo, es pensando en la comunidad. Si uno piensa en uno mismo, ¿para qué se mete? Tenemos que saber trabajar; si nosotros trabajamos de la mano con el liderazgo y nos organizamos como es, créalo que el Estado tiene que ponernos cuidado. Nosotros no tenemos Junta de Acción Comunal -la JAC se formó pero no se ve lo que hace-, esto debe ser un trabajo de la JAC con los líderes. Nosotros como comunidad tenemos que tener compromiso, “el Estado me da esto y nosotros ponemos esto”. Si usted no tiene compromiso, no hay nada. Tenemos que tener compromiso entre nosotros mismos, que si nos llega algo, aprender a cuidar lo que nos llegó.

Pero no, esas alternativas que están llegando están erradas... nosotros no necesitamos que vengan mil o dos mil patrullas aquí. Nosotros necesitamos es que el Estado nacional, el municipal y el departamental

hagan inversión social para la Comuna 21, no solamente para Potrero, ¿para qué nos sirven mil motos a nosotros, si la problemática que tenemos no es por ahí? Nosotros necesitamos un documento firmado donde el Estado diga, vamos a darles esto, pero el compromiso va a ser éste.

Con el alcalde Guerrero hablamos personalmente un día que estábamos en una reunión en Bienestar Social, estaba con el Secretario de Gobierno, Carlos José Holguín, les dije: “Necesitamos una cita para dialogar con ustedes aquí”, pero eso fue como en octubre de 2013 y hasta el momento no ha sido posible. Le mandamos un documento por escrito, yo se lo tengo que mostrar para que vea que no le mentimos, le pedimos la cita por escrito, tampoco llegó. ¿Qué pasa con el alcalde? ¿a dónde vamos a llegar, por qué no está con la comunidad? Yo estoy invitado a una reunión con él, pero créalo que yo lo pienso dos veces. A mí no me interesa que nos den motos, eso no es un Estado social.

Aquí da pesar la juventud que se va perdiendo, porque el joven no tiene la culpa de que se pierda. Vuelvo y repito, la falta de oportunidad. Entonces el problema de la violencia radica en que el Estado ha venido con mentiras, no han dicho vamos a hacer un proceso, vamos a inyectarle recursos, vamos a hacer un trabajo con los jóvenes, con las personas. Yo no he visto eso.

Yo pasé un derecho de petición a la Secretaría de Bienestar Social, porque me preocupa la gente con discapacidad del sector. No faltan los locos que pasan con sus carros a toda velocidad. Yo hablé con el alcalde para solicitarle ayudas técnicas para las personas discapacitadas y a decirle que por qué no hacen el esfuerzo de crear algunas microempresas para que la gente se pueda defender. Ahora estamos haciendo el censo de discapacidad en el barrio, aunque a algunos no les ha gustado la idea. Luego hay que hacerlo en toda la comuna.

Por eso es que uno dice que ha visto muy pocas cosas buenas, porque si nosotros tuviéramos oportunidades no estaríamos pasando por lo que estamos pasando ahora. Si el gobierno nos hubiera acompañado a nosotros desde que llegamos aquí, estuviéramos distinto. Ellos se comprometieron cuando nos trasladó Jorge Iván Ospina, a que iban a estar de la mano con nosotros aquí, eso fue un engaño. ¡Nunca!, lo que hizo el Estado fue quitarse un problema y tirárnoslo a nosotros. Muchas personas que estaban en asentamientos subnormales ahora están todos metidos en Potrerogrande, la gente de Floralia, de López, del Pondaje, del Retiro, de Desepaz, de La Colonia, de Charco Azul. Que no piensen que Potrerogrande es una urbanización... que es el mejor barrio que tenemos en la ciudad.

Yo le decía en estos días a unos funcionarios que vinieron a una reunión y que nos decían que a la reunión no podíamos entrar todavía: “Señora, entonces ¿nosotros no somos de Cali? ¿es que somos de Candelaria? ¿es que Aguablanca no es de acá entonces? Pero cuando necesitan los voticos Aguablanca sí está aquí, es el primero y ahí si entran los políticos, ahí sí no hay peligro. Aquí entra el que quiera, aquí no le pasa nada.

Los colores de Potrero.

Otra cosa que me preocupa es la Secretaría de Vivienda, porque es una amenaza contra nosotros, nos manda a cobro jurídico, manda a amenazar la gente con un documento. Yo les digo a ellos como líder, que me dejen todo y ellos no pueden decir que no. Les he dicho arreglen primero el problema que tienen con nosotros, nosotros no tenemos por qué pagar intereses de un dinero que nunca nos han prestado, nosotros somos reubicados, no adjudicatarios, nos están haciendo un cobro excesivo que no corresponde a lo que es.

El otro día nos invitaron a una reunión en Carvajal de La Casona, era con una cooperativa que supuestamente nos iba a inyectar un crédito. Tuvimos las reuniones, dialogando, cuando llegó la intervención de nosotros, hice la pregunta: “¿Qué crédito tenemos para Potrero grande?” y nos dijeron: “Desafortunadamente para Potrero grande no hay crédito porque es zona roja”. “¿Entonces nosotros qué hacemos aquí? Vámonos”. Nos paramos y nos fuimos saliendo. Eso era para otros barrios y ahí nosotros sobrábamos.

Mire por ejemplo, ahí tenemos un documento que se lo quiero mostrar. Nosotros somos Pro-Junta, estamos formando una junta en el sector 8 y 9. No hemos podido realizar ese sueño de poder trabajar por la comunidad, porque no sé qué trabas tenemos ahí, entre Bienestar Social y no sé qué. Nosotros queremos trabajar por la comunidad, pero tenemos un documento donde dice que nosotros no podemos ser pro-junta, entonces ¿qué pasa? Para mí Potrero grande tiene un color muy lindo, azul y me huele a algo bueno. Me gusta de día y de noche, porque yo en el día me muevo y en la noche puede uno dormir, descansar. Por eso quisiera que el futuro fuera mejor que ahora, que la gente pudiera vivir tranquila, que a la gente la dejaran vivir en paz. Queremos es que vivamos en paz, por eso vuelvo y le digo, vuelvo y meto al Estado otra vez... que nos den oportunidades y nosotros ponemos lo nuestro también.

Noticia:

TRÁGICA MUERTE DE NIÑA ALCANZADA POR BALAS DE PANDILLEROS EN CALI

Era poco más del mediodía del domingo y la pequeña Wuerndy Valeria Hurtado, de 8 años, barría el antejardín de su casa, en el barrio Potrerogrande, del oriente de Cali.

De un momento a otro se presentó una riña entre pandilleros del sector cinco y del sector dos de este barrio del oriente de Cali. Sonaron varios disparos y la pequeña Wuerndy Valeria cayó tendida en el suelo. Su hermano mayor, de diez años, trató de ayudarla e, inmediatamente llamó a uno de sus tíos, que vive muy cerca, para auxiliarla.

La niña fue llevada al centro médico de Potrerogrande y de allí fue remitida al Hospital Universitario del Valle. Una bala perdida la había herido en la cabeza.

Jhon Edison Hurtado Rentería, el padre de la niña, dijo que en ese momento él y su esposa se encontraban haciendo el mercado de la casa. Cuando regresaron a su hogar, ubicado en la carrera 28D1 #124C-04. “Cuando llegamos a la casa nos dijeron lo que había pasado y nos fuimos de una para el puesto de salud. De allí se la llevaron para el Hospital Universitario. Mi niña estuvo allí en cuidados intensivos hasta las ocho y media cuando nos dijeron que había fallecido”, afirmó.

Wuerndy era la segunda de los cuatro hijos de la familia Hurtado Rentería. Sus padres la recuerdan como una niña muy cariñosa y alegre. En este momento cursaba primero de primaria en el colegio de Potrerogrande y su mayor sueño era llegar a ser bailarina. “La pusimos a repetir primero

porque estaba muy ‘desjuiciada’ pero ella era una despierta y juiciosa. Lo que más quería era llegar a ser bailarina. Era una niña muy especial”, recordó su padre.

La Policía realizó operativos en la zona para capturar a los agresores de la niña. Los uniformados atraparon a un menor de edad y a un adulto a los que se sindicó como responsables del hecho.

De acuerdo con las autoridades, dos hombres conocidos como ‘Miguelito’ y Michael’ también habrían sido parte del hecho. Se realizaron allanamientos en varias casas, capturando a tres personas más quienes tenían en su poder armas hechizas. La Policía ofreció 10 millones por información que lleve a la captura de los agresores.

Periódico El Tiempo. Redacción Cali. 24/01/2012



7

¿A usted le ha tocado
alguna vez irse sola
a una invasión?

Ana María Rivas





Mi nombre es Ana María Rivas... Yo soy del Chocó, zona rural del Medio San Juan, litoral del Pacífico, nací el 20 de diciembre de 1975...tengo 38 años.

Nosotros éramos 16 hermanos, se murieron cuatro y sobrevivimos 12. Antes de llegar a Cali, donde estábamos con mi papá, vivíamos bien.

Nosotros nos criamos con buena alimentación. No aguantábamos, ni teníamos que estar pidiendo, no sufrimos. Lo que necesitábamos lo cogíamos porque mi papá era dueño de la finca, dueño de tienda. Nunca sufrimos, porque éramos los niños de una familia donde vivíamos bien a pesar de ser campesinos.

Mi papá había sido muy cuidadoso con nosotros; él no permitía que nosotros anduviéramos sin chancas. Cuando nosotros botábamos las chancas y nos ensuciábamos por andar jugando con los otros niños, cuando llegábamos a la casa nos daban tremenda pela con rejo de vaca, y nos ponían a contar como 500 gramos de maíz, y teníamos que contarlos como en veinte minutos, él tenía su reloj y ahí veía el tiempo. Si uno se dormía nos pegaba un latigazo.

Cuando él se acostaba nosotros teníamos que estar leyendo, alguno leía: “ma, me, mi, mo, mu”. Siempre repitiendo lo mismo. Si nos olvidábamos de lo que estábamos haciendo, cuando mi papá se levantaba otra vez nos ponía la penitencia por andar jugando.

Yo fui una persona bien criada. Después me puse como más caprichosa, si me pegaban no comía y cuanto más decía que no, más me pegaban. Lloraba mucho. Después me levantaba con hambre y me tenían aguantando hasta las seis de la tarde. Me pegaban para que dejara de ser caprichosa.

Un día se me ocurrió coger unas galletas que había en una lata grande que tenía mi papá en la tienda. Ese día mi papá se había acostado a descansar en una hamaca. Allí se acostaba los fines de semana cuando llegaba de Istmina. Me subí a bajar las galletas y cuando me estaba bajando, la silla en que me había subido se volteó y caí en un palito que tenía una puntilla. Empecé a gritar y ahí quedó la lata de galletas. Me bajé con el chorro de sangre y la puntilla adentro no me la quitaba, mi papá me preguntó que yo que hacía ahí. Yo le dije que iba a barrer, y me preguntó que cómo iba a barrer si tenía una puntilla clavada en el pie

y que esa lata qué hacía en el piso. Hasta que no dije la verdad no me quitó la puntilla. Me enseñó que cuando quería algo le pidiera a él y no cogiera las cosas ajenas. Me puso a hacer planas de rayitas y a contar hasta un millón.

Buscando la escuelita...

Pasando el tiempo ya no fue lo mismo. Empezó a llegar mucha gente de otros lados a buscar la mina, el petróleo y entonces hacían reuniones. Yo tenía 12 años cuando hice primero de primaria. No teníamos escuela y papá en ese tiempo era el comisario de allá, él recogía firmas y llevaba a Istmina para que nos solucionaran el problema y tuviéramos escuelita. En 1987, yo era pequeña pero me acuerdo que en ese entonces papá recogió un poco de firmas para que mandaran la escuelita y una profesora. Él tenía que conseguirse unos votos para que mandaran la profesora. Llegó con las manos llenas de pintura roja, y nos dijo: “perdimos”. Ese señor no ganó, el alcalde que no me acuerdo como se llamaba, del partido de mi papá perdió, era rojo y azul.

Ya en ese entonces, un día que mi papá bajó, digo bajó porque era río abajo, llegó una profesora y le dijo a mi papá, “regálame esa niñita”, “¿cómo así que se la regale?”. Mi papá entonces me llevó para que me pusieran a estudiar. Era duro separarse de los otros hermanos y de los amiguitos.

Desde donde la profesora a donde me llevó mi papá, había una parte que era el río donde se veían las personas que llegaban de San Juan Abajo. Un día, yo vi a mi tío y empecé a llamarlo, la profesora me mantenía regañada y los vecinos le decían:

“¿ve y esa pelaíta que vos tenés ahí quién es?”

“Una campesina que traje de San Juan Abajo, que el papá me la dio pa’ que la eduque y la críe”.

Cuando vi a mi tío yo empecé a gritar durísimo. El Río San Juan es grandísimo, él iba en la lancha, pero me alcanzó a ver: “¿Usted qué hace acá?” mi tío no sabía que mi papá me había regalado. Yo empecé a llorar... “Mi papá me regaló a la maestra Hilda”.

Ella me hacía levantar a las cuatro de la mañana a estregar el piso y a que hiciera el aseo. Yo tenía ocho años. Cuando terminaba me ponía a lavar la ropa -una niña de ocho años en el campo ya sabe hacer todas esas cosas, allá uno no se ocupaba de las cosas de niñas, sino de las cosas de grande-. Yo ya sabía cocinar, lavar, planchar con esas planchas de carbón.

Estuve ahí con la profesora, creo que un año o menos del año. Cuando vi a mi tío me entró esa fiebre que me iba y me iba. La profesora no me mandaba a la escuela. Me tenía allá era para cuidar a los otros niños. Mi tío le dijo que por qué no me tenía en el colegio si a mí tocaba hacerme un proceso. Ella me mantenía allí encerrada. Yo dije que me iba con mi tío y que me iba y me iba.

Cuando llegamos a la casa, mi tío le hizo el reclamo a mi papá. Yo llegué con las rodillas peladas de estregar ese piso, estaba pasando trabajo.

Papá volvió a mandar otra carta y mandaron una profesora pero no había una escuela. La profesora como que solo sabía enseñar segundo o tercero. Pasamos como otros tres años sin que mandaran profesoras. En el monte hay unas palmas, como las casas de los indios... Entonces nos reuníamos todos, a cortar de esa hoja de palma para construir la escuela. Se hizo una escuela muy grande y entramos haciendo primero. Yo tenía doce o trece años.

Llegaron grupos extraños...

En ese tiempo empezaron a llegar grupos que uno no conocía, diciendo que las cosas iban a cambiar, diciendo que no les creyéramos a los del gobierno, que ellos nunca ayudaban a las personas pobres sino a la gente rica, que viéramos cómo vivíamos nosotros allá, donde personas ya grandes no sabían leer ni escribir. Cuando veíamos a esa gente que llegaba a hacer reuniones mi papá nos mandaba a encerrar. Como mi papá tenía tienda ellos arrimaban allí, si mi papá atendía el ejército era malo, porque cuando se iban llegaban los grupos armados, y nos preguntaban por qué nosotros atendíamos a esa gente.

Ellos nos metían en la cabeza que el gobierno no era bueno. Y nos decían que la ley allá eran ellos. Un día casi matan a mi papá, porque había atendido al ejército. A los 20 minutos de haber atendido a los del ejército, llegaron ellos y dijeron que si estaba de *sapo*. En ese entonces mi papá no tenía motor, sino que tenía un potro con canaleta, mi papá salía los lunes por la mañana llegaba el viernes a Istmina a comprar el sábado en la mañana y el domingo ya estaba en la casa. Compraba sus diez, veinte de arroz, mi papá fue perdiendo la fuerza de la tienda debido a las amenazas de esa gente para que mi hermano se fuera con ellos. Entonces yo tenía 16 años.

Mi papá era dueño de cinco mil palos de borojó y negociaba con paisas de aquí de Cali. Ellos iban allá y le compraban el kilo de borojó a cien pesos.

En el 2002 y 2003 por más de tres camiones de borojó -eso eran más de cinco mil pepas de borojó-, le daban un millón de pesos. Acá un solo borojó valía como tres mil. Eso es estafar la gente. Papá les llevaba el borojó hasta el Lago Calima y ahí le daban un millón de pesos. Ellos llevaban unos bultos de ropa de segunda y la cambiaban por borojó. Papá aceptaba eso cuando no le pagan en plata, digamos que le pagaban 500 mil pesos o 200 mil pesos y lo demás pagaban con esa ropa de segunda. La papachina la vendía al por mayor. Mi papá qué iba a saber. Negociaba con eso, borojó, yuca, plátano, banano, papachina, ñame, el ñame es una cosa como la arracacha; la guama, churima, caimito, gallina, el pato, marrano.

Uno en el campo no mide las consecuencias para comer, usted come a cualquier hora y lo que quiera comer. Es decir, que uno más bien se mantiene lleno, sin hambre, porque si usted llega donde la vecina y está comiendo y le ofrece usted come: una caña, un caimito, lo que sea.

... Un día le estábamos dando de comer a los marranos, dejamos la cochera abierta y se salieron, fueron a parar en otra finca. De esos marranos cada quién tenía una, yo tenía una que mi papá me había regalado y que se llamaba “Manchitas,” porque tenía manchas blancas y negras. Esa marranita fue y se comió una papachina de un señor que se llamaba Don Tiberio -ese señor era el duro de ahí del pueblito-. Tenía cuatro mujeres y como unos 25 hijos grandísimos. Ellos siempre andaban armados con escopeta, machete, peinilla, botas y sombrero. Fueron los primeros que tuvieron motor, eran los ricos.

La marranita se pasó y se le comió la papachina y la caña. Cuando llegó Don Tiberio mi papá estaba recién llegado de Istmina. El señor fue y le dijo:

- *“Sobrino, usted me está debiendo una plata”.*

- *“¿Plata de qué, qué prestó mi mujer?”*

- *“No, ella no fue. Fueron esos marranos que se salieron y se me comieron la papachina, la mitad de la finca”.*

Vaya a saber si el señor dijo la verdad, pero mi papá ni fue a mirar porque ellos eran familia. Le dijo: “¿Usted reconoció que sí eran los míos?” -porque allá los marranitos se marcan en las orejas, se pone el nombre de la persona-. Mi papá cometió la falta de mostrarle la cochera. Digo yo que la más reconocida era la manchita. Entonces mi papá dijo: “¿Cómo quiere que le pague? ¿Con marranos o con plata?”. La marranita era gordita y chiquitica, y él se enamoró de mi marranita. Mi papá le dijo: “Tío, escoja la que usted quiera”. Y el señor agarró la mía.

Entonces yo empecé a llorar. Mi papá me dijo que me conseguiría otra, pero yo no quería porque ninguna iba a ser como manchita, y yo estaba llore y llore. A mi papá se le salían las lágrimas: “tío, por qué no me hace un favor y se lleva otra, que esa es la de mi hija y está llore que llore”. Dijo que no, que era esa. Aparte de todo me dijo que esa tarde la mataba. Y yo lo único que hacía era llorar. Después de esa marranita vinieron todos los problemas y tocó salir del pueblo. Porque llegaba el ejército y esos grupos armados a decir que papá era el que se la pasaba llevando información de un lado para el otro. Entonces de ahí fue que mi papá dijo que era mejor coger para otro lugar.

Las tierras están allá, ahora no hay cosecha de cosas. Mi papá hasta hace poquito tenía eso.

Yendo y viniendo... buscando salvar la vida.

Después de ese tiempo, cuando éramos más grandecitos, mi papá nos trajo a Cali. Antes de eso una señora me había traído a trabajar acá y había corrido con la misma suerte que con la profesora: me levantaba a las cuatro a cepillar pisos baldosa por baldosa. Me puse muy flaquita porque el químico con el que limpiaba me estaba consumiendo. Me devolví a mi tierra. Después, cuando mi mamá ya estaba aquí, mi papá nos trajo. Llegué aquí a los 17 años. Primero mi mamá trajo a los grandes. Ellos no pudieron seguir estudiando porque era muy caro y no era fácil que le alquilaran a alguien con doce hijos. A los grandes nos tocó trabajar, yo trabajé de interna por allá en los Álamos o Vipasa, eso fue entre 98 y 99. Me pagaban cuarenta mil pesos mensuales que le daba a mi mamá, yo comía y dormía allá. Cada quince días que salía le traía la platica a mi mamá. Mi papá estaba allá y mandaba cien mil o doscientos mil pesos.

Los domingos me reunía donde mi mamá. Ya mamá con esos cuarenta que yo le daba -la plata que mi papá mandaba era para pagar el arrendo-, mamá se iba para Santa Elena compraba hueso blanco y libras de arroz, compraba mucho plátano y yuca y nos hacía una olla de sancocho. Éramos doce, comíamos un poquito de arroz, nos hacía ese atollado con los huesos. En ese entonces un pescuezo valía 150 o 300 pesos y con eso nos cocinaba para el día. No comíamos carne, no comíamos pescado, si comíamos pescado eran las cabezas de tilapia.

Algunas de mis hermanas salían a barrer la calle y les daban plata. No trabajaban en casas de familia porque no había quién las recomendara. Yo hablé con la señora donde trabajaba, Doña María Eugenia y le dije que recomendara a mi hermana María Eugenia, me dijo que no porque se llamaba igual que ella. Yo le dije que la llamara María.

Por ese tiempo nos dijeron que había una invasión en Mojica, mi mamá se metió a la Nariñense. Y fue allá en el 2002 que unos encapuchados que se metieron a la invasión mataron a mi hermano. Mi mamá lo había mandado a la tienda, cuando la llamaron a decirle que lo habían matado. Lo recogieron y lo llevaron al hospital. Tenía 17 años. Luego nos dimos cuenta que era a otro muchacho que andaban buscando. Lo enterramos y nos fuimos otra vez para el Chocó. Allí teníamos muchos problemas en esa invasión.

Cuando llegamos otra vez al Chocó, nos dimos cuenta que allá los grupos armados estaban matando a los que no les hacían caso, que amarraban la gente, le cortaban las manos, las cabezas y los echaban al río. Como las casas allá son muy separadas, a veces pasaba que cuando uno iba a buscar a vecinos que no había vuelto a ver, era que los habían matado. A veces amarraban a la mamá y a los hijos, los mataban y los echaban al río. No tenían derecho de enterrarlos, hacían huecos y ahí los metían a todos.

Después de tanto problema, otra vez nos volvimos para acá. Eso fue en 2003 o 2004. Ya estaba la invasión del Jarillón del río Cauca. Yo ya tenía marido. Mi mamá seguía pagando arriendo. Estuvimos viviendo allí pero eso fue peor, porque las pandillas también mataban por la noche, si uno hablaba con el uno o con el otro, lo mataban.

Cuando estábamos allí ya nos hicieron el censo y nos dijeron que nos iban a entregar casa gratis, que no íbamos a pagar.

El drama de ser mujer, pobre, negra y desplazada...

Una persona desplazada como yo, que no le han reconocido sus derechos, pasa muchas necesidades como persona y como desplazada. Yo soy madre cabeza de hogar, el papá del niño convive conmigo, digo eso porque es más fácil que yo salga y me gane un día de trabajo, más que él. Él es maestro de construcción, también es desplazado de López de Micay y tampoco ha sido reconocido, como mucha gente desplazada. A los doce años le mataron el papá. Cuando cumplió los 18 se fue a prestar servicio, después volvió a su tierra y estuvo un tiempo trabajando. Nos conocimos aquí en Cali en el 2003. Tenemos dos niños. Volvió a su tierra porque aquí no conseguía trabajo. De allá me mandaba plata. Cuando se acababa el trabajo allá, porque la agricultura tiene sus tiempos, entonces volvía aquí.

Como él es desplazado, tenía que cotizar para que le dieran algún trabajo, así fuera un mes, y por eso le están negando sus derechos

como desplazado, porque aparece cotizando. Yo creo que eso es negarle los derechos, no se necesita vivir estable aquí en Cali para reconocerle sus derechos.

A las personas desplazadas que han tenido una caja de compensación o un seguro, tener un Sisben es luchado. Yo tuve que prácticamente tocar puertas para que me dieran el Sisben. Apenas lo conseguí en el 2006, cuando mi hijo estaba en el hospital malo y solo tenía *la carta*.

El engaño que nos hicieron a los del Jarillón fue decirnos que las mujeres que no tenían marido no le entregaban la casa. Entonces le dije a él que viniera para que firmáramos los dos y por eso ahora no le quieren reconocer sus derechos de desplazado. Él se vino desplazado en el 2009 cuando un amigo le dijo que tenía que salir de allá porque si no salía lo mataban. Ahora le dicen que no es desplazado, porque si fuera desplazado no tendría casa. Hemos metido tutela, derechos de petición, un poco de cosas y nos lo niegan. La verdad si tenemos el techo, pero no hay un trabajo, no tenemos forma de salir adelante.

Cuando nosotros llegamos, en el 2000 o el 2001, nosotros no fuimos a declarar. No sabíamos a dónde ir. Una vecina nos decía, que ella no tenía claro dónde, pero que había una parte donde a la gente que venía desplazada le colaboraban. La ida a la UAO llevó un año. Ahí fue donde en ese tiempo que a mi mamá le tomaban datos, le preguntaron que por qué vivíamos en la invasión, mi mamá les dijo que porque no teníamos cómo pagar arriendo.

Después salí favorecida en unas ayudas humanitarias, fui a reclamarlas y me las negaron. Yo pienso que eso es un engaño, un robo donde le niegan los derechos a uno. Estaba también en una Fundación que habían aportado mil millones de pesos y al final no nos entregaron ni un peso de esa plata, se la robaron. Nos dicen una cosa en las reuniones y cuando vamos a cobrar dicen que no estamos en el sistema... abusan de las personas desplazadas porque no tenemos quién reclame nuestros derechos y creen que así van a cambiar, que van a hacer la paz.

La paz no llega sino hasta que el desplazado tenga un trabajo, una buena alimentación, un buen techo, una vivienda digna, una buena educación. Si tuviéramos cómo pagar no nos meteríamos a un barrio donde hay diez mil personas que no conocemos.

Luchando por un techo...

Mi esposo se llama Clemente Mosquera. Primero nos fuimos a vivir juntos en Marroquín donde pagábamos una pieza de 30 mil pesos a una

buenas señoras. Yo trabajaba por días y me ganaba 70 mil pesos en la semana. Él estaba sin trabajo. Yo pagaba la pieza y con los otros cuarenta mercábamos. Una señora nos contó que ahí en la invasión del Jarillón del río Cauca estaban haciendo casita y nosotros nos fuimos. Le pregunté a un señor que era el presidente de la invasión: “¿usted en cuánto me vende esto?” Me dijo que en ciento cincuenta. Le dije que sí se lo compraba, pero en quince días. Llamé a mi esposo y le dije que estaban vendiendo unos lotes, me dijo que fuera y los mirara y que si eran buenos para vivir lo comprara. Yo fui, estuve hablando con el señor, le dije que me hiciera el favor de fiármelo. Me dijo que si no tenía la plata me lo perdía porque había miles de personas esperando para comprarlo. Le dije que me hiciera el favor de esperarme el fin de semana a que saliera del trabajo: “Le pago la mitad y busco quien me preste el resto”

“Sí, pero si no me paga el resto pierde la plata y el lote”.

Le dejé mi cédula, llegué al trabajo y le dije a mi patrona que había una invasión que estaban haciendo. Me dijo que no, porque no me conocía, que yo me ganaba setenta mil pesos y que serían dos meses que me estaría pagando. Entonces le dije a otra señora:

“Doña Patricia, hágame el favor de prestarme 70 mil pesos para comprar un lotecito que están vendiendo en el río Cauca”.

“Aura, esas invasiones son peligrosas, yo se los presto pero eso es peligroso”.

Me faltaban diez mil. Había un viejito que se llamaba Pepe, el vigilante. Yo le pasaba café y pan al escondido por la noche. Le dije a Don Pepe que me prestara diez mil pesos.

“¿Ve y vos para qué necesitás diez mil pesos, cuándo te pagan?”

“A mí no me pagan sino hasta el próximo mes”.

Entonces me dijo que él que me los prestaba... Llegó la hora de irme el sábado a las cuatro de la tarde y mi patrona me llamó a decirme que me fuera, que no tenía plata. En ese tiempo era la Papagayo, en el 2003. Yo salí y apenas iba con cincuenta mil y le había dicho al señor que le entrega setenta.

Por la tarde ya había llegado mi esposo que estuvo haciendo un camellito y le dieron cien mil pesos. Yo le dije:

- “Ahhh ¿y usted desde cuándo estaba aquí en Cali?”

- “yo tengo una tía que vive en Manuela”

- “¿Usted tiene una tía que vive en Manuela y no me lo había dicho?”

- “Sí, yo hace una semana estoy acá pero como no tenía el número suyo”.

Entonces le dije que fuéramos a conocer el lote, no le dije que tenía los cincuenta... me dijo que estaba bueno. Él consiguió el resto prestado con una tía para comprar el lote, pero el señor no me entregó papeles.

Yo salí del embarazo en el mes de mayo. Unos días antes, Alberto me había dicho que no siguiera trabajando, que yo estaba en embarazo y que esa casa era de dos pisos.

El Jarillón del río Cauca era tan solo, lleno de mosquitos y yo allá sola... Cuando él hizo el ranchito, me dijo: “¿Al fin qué, usted se va a ir?, ¿a usted le ha tocado alguna vez irse sola a una invasión?” Yo escuché que aquí en Cali hay una señora que le dicen la patasola y otra que le dicen la chillona.

La noche que llegué allá, se emborrachó una señora y empezó a gritar, y yo pensé: “Sí, es verdad”. Entonces le pregunté a una señora, Doña Lucrecia, si había escuchado a la patasola. Ella me dijo que eso era mentira, que era una vecina que cuando se emborracha se ponía a gritar. Y yo estaba toda trasnochada.

Cuando ya de verdad hicimos el rancho, me dijo él: “Camine yo la acompaño y le hago el trasteo al Jarillón”. Le dije a mi mamá que me prestara a uno de mis sobrinitos, pero mi mamá me contestó que no porque mi hermana no estaba y de pronto pasaba algo. Le dije que nosotros no teníamos para pagar esa pieza, que si nos metíamos a la invasión nos ahorrábamos esa plata.

- “Eso es problema suyo pero yo no estoy de acuerdo”.

La primera noche nos metimos a esa invasión con Clemente. Él dijo que iba a dormir ahí para ver cómo era la vuelta. Esa noche no pasó nada. La señora donde yo trabajaba, la que me prestó la plata me regaló un televisor así grandote, un Sony. Me dijo: “Aura, aquí hay cuatro televisores”. Yo le había dicho que a mí me gustaban mucho las novelas pero no tenía dónde verlas, entonces me regaló el televisor.

- “¿Usted me va regalar ese televisor tan grande?”

- “Sí, es que mi mamá y mi papá que son campesinos de Risaralda, dicen que es bonito que la gente humilde pida y no roben. Me gustó lo que usted hizo la otra semana. Usted me pidió los setenta mil pesos en lugar de robárselos a su patrona”.

Me regaló el televisor. Llamé y le dije a Clemente que cómo hacía para llevar un televisor tan grande, que yo no era capaz de llevarlo. Él fue y llevamos el televisor... nos trasteamos. No sabíamos que en esa invasión había ladrones.

Trasteamos la camita y todo. Nosotros sí veíamos que la gente no tenía nada, pero creíamos que eran porque no tenían cómo. Yo vengo de una parte donde el que no tiene se nota que no tiene con qué, no porque no quiera comprarlo.

La primera noche Clemente se quedó. La segunda noche, el niño ya había nacido, escuché unos pasos en el techo, eran pasos grandes, me asomé y vi un muchacho allá arriba. Le toqué a la señora que vivía al lado, la pared era de esterilla, qué se iba a escuchar, y yo con el niño de meses. Empecé a llamar a Doña Lorena, a gritarle que arriba en el techo había un tipo. Yo tenía miedo por el niño, pensaba que me lo iban a robar. "Doña Lorena, arriba hay un ladrón", grité duro. Cuando el muchacho escuchó se tiró a la parte de atrás. La señora me escuchó y me contestó: "*sí, acá hay ladrones, para qué trajeron ese televisor, eso llama la atención*". Lógico yo había estado en la tarde con la puerta abierta y los muchachos iban por el televisor.

El día siguiente arrimaron y me dijeron: "*Mire señora, si usted acá no paga vigilancia lo más seguro es que la roben*". Me dijeron que eran cinco mil semanales. Les dije que eso pagaba mi patrona "en los Álamos". Me dijeron que eso era problema mío, que él solo me decía, porque no era él el que iba a venir a cobrarme, sino otras personas.

Por la noche los vecinos me consiguieron un plástico y me taparon el hueco, me dijeron que cuando escuchara algo los llamara. En toda la noche no pegué el ojo esperando. Esa noche me dio fiebre, frío. Ya mi mamá fue y me dijo:

- "Aura, nosotros nos vamos para el Chocó".

"¿Cómo así, usted me va a dejar sola acá?"

"*Usted está sola hace tiempo, usted está viviendo con su marido*".

"Mamá pero yo no quiero estar acá".

Sola en esa invasión, como a los tres días otra vez el muchacho, eran como tres. Vino un señor Franky y me dijo que tenía que pagar la vigilancia. Pagamos y después... pague y pague.

Por esos días Clemente pidió un permiso en el trabajo y se fue para López de Micay, a ver su finca. Le dije: "Clemente no se ponga a cami-

nar por aquí, aquí no está en su tierra, se pone a pasarse de un lugar a otro y lo matan”. Allá mataban a la gente y la tiraban al Cauca. Él no creía. Eso fue en el 2005. Ya yo estaba en embarazo de mi segundo hijo. Él salió, yo estaba cocinando, escuche a las vecinas gritando, llamándome. Cuando me asomé ya lo tenían encañonado con las manos arriba. Había una parte donde mataban la gente... yo me desmayé. Cuando ya volví estaba en el puesto de salud de Desepaz. Me dijeron que Clemente estaba vivo, que no lo habían alcanzado a matar. Había dos partes, Nuevo Amanecer y la otra Renacer, si uno se pasaba al otro lado, allá los mataban. Mucha gente murió en esa invasión.

Pariendo hijos en medio de la violencia y... la muerte llega.

Mamá estuvo aquí estable como dos años, mientras nosotros nos desplazamos como dos veces entre el 2001 y el 2002.

Ella estaba viviendo en La Colonia Nariñense cuando mataron a mi hermano. A ella le dio muy duro y entonces estuvo un tiempo trabajando en Emsirva para aumentar la platica. Un día viernes de quincena -ella cogía plata mensual-, mamá llegó de trabajar como a las cinco de la tarde. Nosotros habíamos hecho una olla de pescado, con cabezas de tilapia, que era lo que más rendía. Mis hermanos y yo, todos somos del campo, pero aunque seamos del campo no todos comemos pescado... aquí comer era difícil, casi siempre lo que conseguíamos era la pata-pescuezo, hueso blanco y pata de vaca. Ya casi no como de eso porque me recuerda siempre que soy desplazada. Él comía era gallina, huevos o salchichón, chorizo... Nosotros hacíamos el sancocho de pescado y lo cocinábamos para que nos llenara una olla de banano y plátano y cocinábamos dos libras de arroz. Éramos doce hermanos, con papá y mamá éramos catorce. En ese tiempo mamá pagaba como 300 mil pesos en estudio, aquí en Marroquín donde Doña María, no sé si la conozcan, queda en la calle del comercio.

Doña María era dueña de un colegio de por aquí de Marroquín. Los niños venían a pie. El que murió creo que alcanzó a hacer noveno. A mamá le dio muy duro la muerte de mi hermano, el 16 de noviembre de 2002, porque él llegó del colegio y se le sentó y le dijo: “*Mamá, yo tengo un hambre, pero no quiero arroz vacío, cómprame un huevo*”. Mi mamá cuenta, porque ella era la única que estaba en la casa con él, que él le cogió la mano y se la apretó duro y le dijo que tenía hambre, que le regalara para un huevo y ella le dijo que no tenía plata. En eso él salió, ella como que lo mandó a buscar los doscientos para buscar el huevo, no sé..

Cuando mamá estaba en el baño llegaron unos muchachos y unas señoras a decirle que habían matado a Jhon Kenny. Mi mamá creía que era recocha, porque habían pasado apenas cinco minutos desde cuando estaba hablando con él y cuando ella salió, él estaba muerto. Ella llegó ahí donde lo tenían, le puso la cabeza sobre las piernas y le preguntó que qué le había pasado. Cuentan los que vieron, que habían sido unos muchachos que venían encapuchados disparando de la invasión hacia afuera. Dijeron los vecinos que le hicieron subir los brazos, que él se subió la camisa y entonces le pegaron el tiro. Cuando mamá llegó y lo abrazó, él estaba boqueando, botando sangre por la boca y la nariz. Él le apretó la mano y ahí murió. Lo llevaron al Carlos Holmes pero ya estaba muerto. Después llegaron ahí unos muchachos, se asomaron y dijeron que no era él, que lo habían confundido.

Mamá siempre reclamaba: *“Me vine del Chocó pa’ que mis hijos no cayeran en malos vicios, para que no me los mataran allá y venírmelos a matar aquí”*.

... Cuando mi niño tenía dos añitos y seis meses, pasó un grupo de encapuchados con hachas, machetes y revólveres, llevaban un muchacho que picaron con machetes y hachas. Mi hijo decía: *“Mamá, no veas, pero ya le salió mucha sangre”*. Me ponía la manito y me iba contando lo que estaban haciendo. Esa noche yo temblaba, me llamó la vecina y me dijo: *“Aura, usted lleva dos años viviendo acá en la invasión, no grite, luego dicen que usted es chismosa, se le meten a la casa y la matan”*. Cuando Llegó Clemente, le conté que habían matado a otra persona... ¡Mataban tanto! Mamá había pagado un mes en la casa que vivía, yo cogí las llaves y me fui a meter. Después de la muerte de mi hermano mi mamá no permanecía mucho aquí, ella se había ido para el Chocó. Allá estuve un tiempo.

El 22 de agosto de 2006 nació mi segundo hijo. Clemente había perdido las vacaciones y llevaba una semana en la casa. El patrón lo echó y le dijo que él no era gente rica para tomarse un tiempo y cuidar a la mujer en embarazo. *“Aura, me echaron del trabajo porque pasé una semana acá con usted”*. Se fue para su tierra y yo sola acá. El se fue, de vez en cuando me llamaba. Yo sola con los dos niñitos ¿para dónde iba?

Me levantaba y en ayunas me tomaba un vaso de agua. Mi papá nos enseñó que cuando uno no tenía que comer había que hervir un poquito de agua, le echaba sal y se tomaba eso; que eso lo sostenía a uno hasta que encontrara que comer. Apenas me levantaba lo hacía cuando no tenía que comer. Si tenía que comer una libra de cabeza de pescado, que valía trescientos pesos, compraba una sola cabecita, banano o plátano y un tallo de cebolla larga y un ajo.

Las burlas y el maltrato en la ciudad.

En mi tierra a la cebolla larga le dicen cebolla de mata; al cilantro le dicen otro nombre, entonces yo hablaba como dicen en mi tierra. Por eso cuando trabajaba por allá por los Álamos y la señora me mandaba a la tienda, el dueño no me atendía, yo parada allí y el señor no me atendía. Yo le decía: “Doctor haga el favor y me anota lo que voy a comprar”. Al maggy no le decía maggy sino sopae’pollo: “Me hace el favor y me vende un sopae’pollo”. Había una viejita que siempre me atendía, y si ella no estaba, yo me iba, porque el señor me recochaba, me corregía pero burlándose. Un día fuimos que con ella a comprar, la señora le dijo:

“Ve, qué es lo que te pasa con la negrita que siempre me la recochás?”

“Es que ella viene a comprar sopae’pollo acá y yo no vendo eso”.

“Entiéndala que ella es desplazada, ella viene de un pueblito del Chocó”.

“Yo le tengo rabia a esa gente que viene desplazada porque esa gente es la que ha hecho que la ciudad sea más cochina y que no haya empleo, son ladrones. Uno va en la camioneta y esa gente se cruza a estar pidiendo plata, yo no le doy ni un peso, ¿a qué vienen aquí?”.

A mí me daba hasta miedo ir a comprar allá, por eso le dije a la señora, “¿usted por qué no va y los domingos compra como compra la otra gente?”.

“¿O sea que yo misma merque?”

“Es que si yo voy, a mí me recochan, porque yo no sé cómo se llaman esas cosas que usted anota ahí”.

Un día me mandó esa señora a comprar una salsa negra, digamos que yo sabía cocinar si me ponían las cosas ahí, pero yo misma inventar, que la salsa negra, que la cosa... yo no sabía eso. Me dijo que hiciera un arroz con pollo, que comprara la salsa negra, la salsa de tomate y un poco de cosas. A mí se me olvidó anotar y cuando llegué allá, me acordaba que ella me había dicho una cosa negra, pero no qué. Le pregunté a otra muchacha que trabajaba en otra casa, ella me ayudó a recordar. Ya cuando fui a comprar me dice el paisa:

“Ve negra, ¿vos sí sabés cocinar?”.

A mí se me salió y le dije “ve, dame una salsa negra” para dármelas que sí sabía, y me dijo:

“Ve esta igualada, vos por qué me venís a decir a mí”.

“Perdone, como usted me dice vos”.

“Ese es el problema que tienen esos malparidos negros que les dan un trabajo y se quieren igualar con los patrones”.

Yo no le vi nada de malo a eso, pero él me salió con que...

“Vos y yo no somos iguales, vos que ni tan siquiera te sabés expresar que te vas a igualar conmigo”.

Un día le dijo a mi patrona que yo era muy igualada, que me echara. Mi patrona me preguntó que qué había pasado, que si había alegado con ese señor, me dijo que él era racista. Entonces yo le dije que solamente le había dicho “Vos”, que quería ensayar a ver cómo se escuchaba. Me dijo que eso no se podía hacer porque él era dueño de la tienda y de la casa de tres pisos. Entonces ella me dijo que no me pusiera a estar voseando a nadie de por aquí.

En otro apartamento en el que trabajé, eso fue en Pacará 2, la patrona era una paísa de un apartamento pequeño, tenía un niño de 4 meses y uno de 1 año y 6 meses. Ella no trabajaba sino que estudiaba. Allá me tocaba levantarme a las 4 de la mañana a estregar el piso y hervir agua casi todos los días para echarle a los baños. Yo le pregunté que por qué todos los días tenía que echarle agua hervida a los baños; me contestó que era porque ella tenía sus niños y ellos no permanecían en la casa y entonces que ellos no sabían si yo me sentaba en los baños de ellos y no sabía si yo traía algún tipo de enfermedad de allá del campo. A mí me dio rabia y pena y me puse a llorar.

Ella se levantaba faltando quince para las cuatro y me llamaba. Yo me levantaba y lo primero que me decía era que me bañara. En ese tiempo yo usaba un Balance de esos de papeleta. La señora decía: “Es que esos negros cuando sale el sol empiezan a botar una chucha fuerte. Yo no quiero que este apartamento se me encierre aquí ese mal olor”. Yo no tenía chucha, porque la verdad sea como sea, uno en el campo, así no tenga jabón, a como amanece se baña; y más vive uno en el río que en la casa. Uno va a la escuela y mantiene en el monte y sale al río a jugar, a molestar, a nadar. Uno se la pasa es jugando en el río con los amiguitos. El río del San Juan es grandote. Uno se lo pasaba bañándose entre siete u ocho muchachos de 12 o 13 años.

Entonces estregue y estregue me daban las seis de la mañana, estregaba el piso con cepillo, luego le echaba el agua caliente y la iba regando con una escoba. Después de secar el agua caliente, me tocaba coger un trapeador blanquito y trapear con cloro, según ella desinfectando el piso. Después venía el ambientador, eso lo hacía todos los días. Yo me puse como una aguja, flaca, me pagaba 90 mil el mes. A ella solamente le servía para hacer el aseo, lo necesario. Cuando había visita, antes que llegara la visita me tocaba servir la mesa y encerrarme en el cuarto. Cuando había visita tocaba dejar cocinado sin servir, ella misma servía. Cuando ya comían ellos me tocaba a mí.

“Aura, sírvase que en la olla hay”.

No trabajé mucho tiempo, como seis meses. Cuando mi mamá volvió del Chocó y me vio así, me dijo:

“¿Y usted por qué está tan flaca?, Sálgase, sálgase de ese trabajo”.

Eso fue antes de tener los niños, al tener los niños ya no volví a trabajar interna.

La tragedia de ayer, de hoy y de... los que no están en el sistema.

De Istmina vinimos a Cali a comernos las uñas, como dicen. Mi esposo ahorita está aquí en Cali y está que se va. En esta Fundación en la que hemos estado, nos dieron un millón quinientos mil pesos, no en plata... Nos dieron un triciclo, un fritador y cien mil pesos como para comprar la mercancía. Con eso yo estaba trabajando, me vendía diez o quince mil pesos, de esto. Yo no volví a trabajar en casa de familia, sino en la fritanga.

En abril de 2006 nos pasaron a Potrerogrande. Potrerogrande un barrio bonito -bonito por fuera, porque por dentro es un desastre-, porque la casa está en obra negra, y porque los niños mantienen encerrados por miedo a una bala perdida. No deben pasar de un sector a otro. Tengo solo dos niños, uno tiene siete años y el otro de diez. Me ha tocado siempre salir porque a veces los mando a la tienda y cuando menos pienso les han quitado la platica. Siempre es del colegio a la casa. Tengo que estar pendiente de él, si le toca entrenamiento en la escuela de fútbol, me toca acompañarlo. Ando muy pendiente de los dos, porque no se sabe en qué momento se arma la balacera y los maten.

Ya con la casa nos toca pagar arriendo... eso es como si fuera un arriendo, porque nos toca pagar 75 mil pesos mensuales, más 65 de los servicios 65 y 45 mil del gas. Llevamos tres años ahí en eso y hemos paga-

do siempre lo mismo. Él está sin trabajo, porque no consigue. Ahora anda por allí con el triciclo, caminando las calles. A veces le dicen: *“lléveme esta nevera, lléveme este mercado a la casa”*. Lo que él se hace en el día son diez mil, quince mil pesos, a veces veinte mil, que no es todos los días.

Es como raro porque a veces en la prensa dicen. *“a los desplazados les dimos tanta plata”*, como en este caso con esta Fundación... mil millones de pesos de los que no me comí ni una banana, porque nunca nos dieron, y nos dijeron que nos tocaba como de diez millones o veinte millones por persona. Nunca nos dieron nada. Por las noticias dicen que están dando y entonces se roban la plata. Entonces, quien está viviendo la situación es quien sabe.

Nosotros creíamos que estábamos en el sistema como desplazados, porque muchas veces nos llamaban así a entrevistas. De aquí pasamos la información, una vez yo fui a declarar a la UAO, y dijeron que se había caído el sistema. Yo de eso no sé, porque hasta hoy llevo como doce años aquí en Cali y el teléfono apenas lo contesto y llamo y no sé más de ahí.

Nos dimos cuenta que salimos como para millón quinientos mil pesos de Acción Social y cuando fuimos, que no aparecíamos en el sistema. Son cosas de no creer... Nosotros pasando hambre, con hijos pequeños y no nos dieron nada porque no estábamos en el sistema. Eso fue como en el 2008. Nos regalaron allí dos paqueticos de galletas para los niños y una libra de arroz. Entonces ¿qué pasa? Que con esos poquitos que nos entregaron, me imagino, pasan su información de que todos recibimos -y no estábamos recibiendo-.

Allá en Comfandi una vez entré y vi una foto mía donde estoy bostezando, creo que tenía hambre cuando me tomaron la foto. Me llamaron a la capacitación y yo estaba bostezando, porque nos ponían seis meses a capacitarnos para darnos el millón. Me imaginaba que si tenían la foto mía por todas las Fundaciones, era porque yo aparecía en el sistema, cuando llegaba el momento de repartir, de entregarme las cosas, entonces ahí.... sí, que no estaba en el sistema.

Noticia:

LA HISTORIA SIN FIN DE LA VIOLENCIA EN EL VALLE DEL CAUCA

La situación de criminalidad y violencia del Valle del Cauca es compleja desde siempre. Fue uno de los departamentos más afectados por la violencia de los años cincuenta, en sus campos murieron más 13.500 personas, fue uno de los que acogió a un mayor número de desplazados. El narcotráfico, paramilitarismo, las mafias, presencia guerrillera, bandas criminales, delincuencia común, todo en un territorio privilegiado y estratégicamente ubicado. Una historia que parece no tener fin.

Es aquí donde las bandas criminales (Bacrim), los neoparamilitares y las Farc han reaparecido: en el norte del Valle del Cauca, en la Costa Pacífica y en los límites con el departamento del Cauca.

La dinámica del conflicto en el Valle del Cauca no es ajena a dinámica nacional, donde el conflicto armado se ha caracterizado por la confrontación entre actores armados para el control territorial y de población, para su dominio y subyugación a los intereses propios de cada actor, lo que ha implicado violaciones a los derechos humanos e infracciones al DIH, uno de los más recurrentes en la historia de este departamento ha sido el desplazamiento forzado y el despojo de tierras.

En el conflicto armado interno en el Valle del Cauca, se pueden distinguir diferentes actores armados ilegales, con intereses particulares sobre subregiones específicas. Los principales grupos armados ilegales que estarían realizando la

mayoría de los homicidios en el departamento, serían los grupos de apoyo y franquicias de Los Rastrojos y Los Urabes, que se ubican especialmente en las ciudades grandes e intermedias y extienden sus actividades a municipios más pequeños y sus áreas rurales.

Periódico El Pueblo. 17/08/ 2013

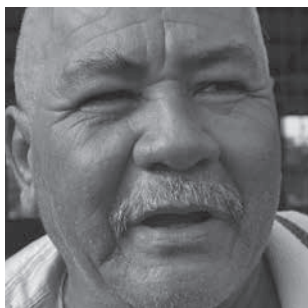


8

Yo no le deseo
a nadie que pase
de tener a no tener

José Antonio Marín Ospina





Yo vengo de raza antioqueña. Mi mamá era de Florencia, Caquetá, y mi papá nació en Cartago, Valle.

Mis abuelos sí son legítimos antioqueños, no recuerdo de qué pueblo en estos momentos, pero sí son legítimos antioqueños. Mi nombre es José Antonio Marín Ospina, tengo 56 cumplidos el 9 de abril. Soy padre de 3 hijos y 5 nietos a cargo. Vengo desplazado de Alcalá, Valle. A mí me trajeron mis padres a Alcalá a la edad de 9 años, yo nací en Cartago, Valle, luego fuimos a Zaragoza, de Zaragoza al Quindío.

A mi papá le gustaba mucho administrar fincas. Somos legítimos campesinos. Si a mi papá le gustaba una finca, pegábamos para allá y durábamos uno o dos años y después pegábamos para otra. En Alcalá nos radicamos y ya hicimos vida. Yo hice mi vida ahí a los 16 años. En 1974 conseguí esposa, ya hace cuarenta años que vivo con ella y de ahí “hubo cuatro hijos, pero *faltó* uno. La hija mayor tiene 36 años, el otro tiene 34 y el otro tiene 32 años.

Le doy gracias a Dios, porque mi papá era una persona muy humilde, honrada. Me enseñó a trabajar para conseguirme el sustento. Yo le colaboré a él hasta los 16 años, después conseguí esposa. A los 16 años ya me abrí, ya conseguí mi obligación. Como yo me iba a coger café con mi papá, no tuve mucha oportunidad para estudiar. Hice hasta quinto de primaria y después me dediqué al trabajo con mi papá para sacar mis hermanas adelante. Nosotros fuimos 13, faltaron 6... quedamos 7, tres mujeres y cuatro hombres. Yo era muy hiperactivo, desde los 5 años me mandaban a la escuela, dizque a estudiar. Yo iba como por “asistir”, me sentaba en un pupitre atrás. Fue poco lo que estudié para poderle dar oportunidad a mis hermanas de que estudiaran, porque nosotros somos de una familia pobre. Nosotros fuimos de escasos recursos pero trabajábamos para poder subsistir.

Rodar y rodar...

Nosotros nos vinimos a hacer una casita, después de rodar y rodar, en Alcalá. Allí fue donde vinimos a hacer retoños. Las casas en las que nosotros vivíamos como agregados eran en haciendas grandes, unas casas grandes. Se utilizaba mucho el bahareque, claro que también se hacían en ladrillo, hacían haciendas muy buenas. Las haciendas en las que vivimos eran de balcones, no quedaban en tierra, sino en el tablado.

Que yo me acuerde, vivimos en tres haciendas. Mi papá era muy trabajador, muy buen patrón y eso saqué yo de él. Era muy humanitario. Mi padre era uno que no le hacía falta los separados de maíz, frijol, yuca, café, batata, cidra, todo eso. En ese tiempo lo que se sacaba para vender era muy poco, porque donde mi papá llegaban vecinos o gente del pueblo o los mismos trabajadores e iban empacando:

“Don Antonio me da dos libritas de...”

“sáquelas bien pueda... quiere yuca, vaya saque un palito”.

Sacaban el palo de yuca, lo cortaban y lo volvían a sembrar; entonces no hacía falta la comida. Nosotros llegamos ahí a Alcalá porque eso era de una señora Julia, una señora de Pereira. Cuando la señora se puso grosera, entonces mi papá le dijo: “no le voy a administrar más la finca”. Él nos dijo, “Nos vamos para Alcalá, me encontré un amigo que nos ayuda a encontrar una casa en alquiler y nos vamos para Alcalá”. Al otro día llegó el carro, una chiva que transportaba la gente de Alcalá a Cartago, se llamaba dizque ‘La chiva de los chinos’. Cuando llegó al medio día, mi mamá ya tenía todo empacado: había naranja, había granadilla, maracuyá; teníamos unas 300 gallinas, huevos no se compraban, eso salían gallinas con pollitos de por allá, sin saber de dónde.

Mi mamá tenía mucho animal, hartó, en cantidad. No nos hacía falta la leche y la leche no se vendía, la leche era para los trabajadores, que eran como 20 o 30. En Alcalá mi papá se encontró con un amigo de la zona cafetera —nosotros siempre buscábamos las zonas cafeteras—. Él ya iba contratado, como quien dice, por su amigo para trabajar en una finca, pero nosotros nos quedamos en el pueblo. Yo iba y le llevaba el desayuno y el almuerzo. Cómo te parece que desde allí empezó la vida cotidiana de nosotros, porque la vida comenzó a apretarse un poquito. No era como estar en el campo, en el campo lo teníamos todo: naranja, vaya coja; mandarina, vaya coja; granadillo, curuba... vaya coja. Lo que fuera. Banano, manteníamos; guamas, había mucha. Al pueblo donde no llegaba nada, todo era comprado, sin embargo yo iba a las plataneras me metía y pedía los platanitos, mi papá también traía de donde estaba trabajando un racimito.

La herencia de mi papá.

Los días sábados comenzó a enseñarme a trabajar desde muy pequeño. Me llevaba a plantar, a bolear machete, a bolear azadón. Él me decía “vea, le voy a dar esto al contrato”. Él me pagaba quince centavos para que yo hiciera ese lote. Los sábados que salía de estudiar al medio

día, cogía el azadoncito y limpiaba el lote. Si no trabajaba no había plata para llevar a la escuela.

Yo aprendí de él, la herencia que le agradezco que me dejara él, fue que me enseñó a trabajar. Cuando llegamos a Alcalá cogí más fuercita y dele. A los 12 o 13 años empecé a luchar. Él me decía: “vamos a trabajar”, yo me iba detrás de él y comencé a ayudarlo. A los 16 años me sentí “ganudito”. Yo le dije a mi mamá que iba a conseguir mujer y ella: “¿cómo? ¿es que usted todavía acaso se manda? ¿usted cree que eso es muy fácil?” pero yo encaprichado... encaprichado, como ya me ganaba la plata; en ese entonces me ganaba como 800 pesos a la semana. Daba 500 pesos para la casa y 300 para mí. 500 por la alimentación y la lavada.

Estando en eso nos encontramos un señor, Don Jesús; cualquier día mi papá se quedó sin trabajo entonces lo convidó para que cortara bejucos y le ayudara a hacer canastos para recoger café. Le dieron un pedazo allá en la montaña, el señor Don Chucho dijo: “*Ve, Toño, abramos aquí que esto lo van a dar para que la gente lo tumbé y haga sembrados*”, entonces nos fuimos con él. Yo trabajaba recogiendo café y mi papá se iba a hacer tumbados con él; yo trabajaba para la comida, ya comenzaba... y dele, y dele y dele haciendo contratos por ahí. Ya sabía qué podía hacer en el día, cuántos trabajadores podía tener. Fui una persona muy responsable y lo soy todavía, gracias a Dios. Siento que soy desplazado, no por ladrón sino de pronto por ser correcto. A mí me daban trabajo y entonces yo: “¿Que cuánto vale la hecha de ese lote?... vale 5 mil pesos”. Ya subimos a 10 mil, antes 10 mil pesos era un platal, hartito. Y yo iba allá a la finca y decía: “vale 20 mil pesos la hecha de eso”, yo conseguía los trabajadores, les pagaba a 800 la semana. Eso sí de 6 a 5 de la tarde. Como ya aportaba en la casa, mi papá hacía ‘la rosa’, sembraba frijol, maíz, sembraba yuca, un círculo de una cosa, un círculo de otra, y así.

A lo último ese señor le cogió cariño a mi papá. Él se había tomado una esquina grande y fue como la séptima casita y dijo, “le voy a vender en 5 mil pesos ese lote”; “Pero, ¿cómo lo pago compadre?”; “ahí me vas dando como podás, de a 500 pesos mensuales”. Mi mamá también se iba conmigo a coger café, todos trabajando para hacernos a eso. Comenzamos y nos fuimos y conseguimos guadua, nos regalaron guaduita, cuando eso el Inderena no estorbaba para ir a cortar 10, 15 guaduas.

Nosotros mismos hicimos la casita de 8 metros de frente por 15 metros de fondo, nosotros mismos la hicimos, un señor Don Israel Valencia nos daba la idea. Como mi papá trabajaba así en las ramadas que hacía en las fincas, así mismo hizo allá. Hicimos lo mismo -yo le aprendí

a mi papá-. Le ayudaba los sábados y los domingos, cuando salíamos a descansar todos nos íbamos a hacerle, y el viejito Don Jesús también sabía.

Ahí comenzamos lo de nosotros, en ese tiempo ya tenía 16 años. Me organicé, vivíamos ahí mismo. La casa tenía balcón. Yo escogí la pieza de abajo para mí, mejor dicho le dije a mi papá que si me dejaba estar ahí con mi pareja. Primero me llevé a mi señora para una finca, no me casé con ella sino que me la robé. Después me la llevé para una finca que se llamaba ‘Guantánamo’, donde una señora. Yo le dije que si me daba una piecita allá, que yo iba a conseguir obligación, que me iba a llevar una muchacha que estaba aburrida en la casa. Ahí ya comencé y a los 17 años -la señora mía había acabado de cumplir 15 años-, a los 17 años me salí para el pueblo, por esos días me había caído y me había lesionado un disco de la columna que me fregaba mucho. Entonces le dije a la señora mía: “yo no voy a trabajar más en el campo”.

La vida en el pueblo...

Me metí al cuerpo de bomberos de Alcalá como voluntario y ya me hice conocer de la gente. Los días domingo me iba con un señor que trabajaba con la defensa civil y hacía rifas de unas “varadas” de pura ropa. Yo le dije: “Don Antonio Redondo, usted me va a dar trabajo”. Me daba para que anduviera con él, la boleta costaba 20 pesos y vendíamos 1000 boletas. El día sábado salíamos a vender y el domingo nos hacíamos en el parque, a las 4 de la tarde, acabábamos todo y la rifábamos ahí. Pantalones, camisas, blusas, cortes, zapatos y como 200 pesos.

Entonces se acabó la Defensa Civil, -la apoyaban muy poquita gente en el pueblo-, pero yo seguí laborando allá. Entré a la Cruz Roja, porque yo era una persona muy activa. No presté servicio militar. Entonces allá me tuvieron dos meses y aprendí mucho. A los 18 años me presenté para la Tarjeta pero ya tenía familia. En el 77 nació la primera hija y de ahí en adelante comencé en Bomberos. Yo pedí permiso y me dijeron que sí, eran 500 pesos semanales por rifa, eso era un platal, como un impuesto para bomberos. Les daba 500 a bomberos y a mí me quedaban dos mil, fuera de papelería. Cogí alitas, estuve 19 años activo hasta que me retiré. Después volví otros dos años y comencé a trabajar y entré a politiquear, porque el mejor alcalde que hubo en ese pueblo me pidió que politiqueara con él, porque yo era muy avisado. Empecé a hacer unas rifas de unos mercados, un arroz, una libra de panela, bueno todo eso me valía dos mil pesos y era un carro grandote lleno de mercado, tres o cuatro panales de huevo. La gente llovía. Ya no seguí con la

ropa, sino que cambié a mercado. Me hice conocer de mucha gente y empecé a lamberle al alcalde. A él le ayudaba el partido liberal. En Alcalá la mayoría era liberal, Ulloa sí es conservador.

Me metí en la política porque a un hermano mío le dio poliomielitis de la cintura para abajo y quedó con discapacidad. Todavía vive, tiene 36 años. Entonces le dije: “lo voy a ayudar”. Y hablé con políticos y uno me dijo: “ayúdame y yo le regalo los aparatos a tu hermanito”. Yo le respondí que “sí es así, hay que hacerle”. Me iba a hacerle bulla en esos carros, a hacer campañas a las fincas. Me pusieron un apodo: ‘Josechucha’. Usted pregunta por José Antonio Marín y le dicen que si ‘Josechucha’, a pesar que ahora cumpla 10 años de venirme para acá, el 8 de enero de 2004 a las 4 de la mañana.

El viejo, le digo con cariño al alcalde, me dijo: “¿usted quiere trabajar conmigo?”, cuando eso no lo perseguían a uno que porque usted era bombero o de la Cruz Roja, y no le decían a uno que no podía hacer política. Entonces comencé a ayudarlo al viejo. Él me dijo: “¿Quieres irte a trabajar a las carreteras, a trabajar con el municipio -le dije que sí-, haciendo cunetas, reventando piedras?” Eran carreteras abiertas para subir a La Cuchilla, pa’ Marabeles, pa’l Congal, para todas esas veredas. Él le ponía mucho cuidado a esas vías, después me puso de vigilante en la galería, ahí duré un tiempo. Después me pasó de guardián para la cárcel, estuve dos años como guardián, de ahí dejé de trabajar porque perdió él. El opositor me montó la seguidora y me sacó. Yo seguí haciendo la rifa y el alcalde persígame, persígame, me tocó demandarlo.

Después hicimos otra vez campaña. Volvimos y ganamos, pero resulta que hubo un muchacho al que no le ayudé a hacer política para El Concejo. Él le dio una plata a otro y el otro se le comió la plata, pero dijo que “fue que Josechucha se me comió 100 mil pesos”. Eso era un platal, entonces el hombre me mandó a matar. Me hizo venir de allá.

Acá estuve dos años. Como en el noventa me vine para acá, para Marroquín. Me vine solo y al mes me traje a la familia. Pero volví con el señor que dejé allá cuando perdimos, volví a hacer política. Otro concejal, que iba para al alcalde me dijo: “ayúdame que si de pronto gano yo te dejo esa casa -una casa sola, como una finca que le había comprado al Municipio- o se la dejo barata, ahí encontramos la forma.” Era una casa de 47 de frente y 72 de largo, en una esquina, era de una hacienda. La Concentración Rural Agrícola la tenía para asegurar los gusanos de seda.

Entonces ganamos y me dieron esa casa. Me fui a vivir allá y ya comencé como en casa propia, yo pagaba el agua y los servicios. Aquí quedaba mi casa y allá a las dos cuadras quedaba la de mis padres. Me llamó el Concejo y entramos a negociar y negociamos. Me la dieron en 300 mil pesos. Al año, cuando la casita ya era mía, me tocó venirme. Cuando llegamos a Alcalá la casa era de tres piezas y cocina. Allí nos acomodaban a los muchachos en una pieza, en otra a las muchachas y en la otra a mis padres. Vivíamos bien, gracias al señor, como pobres, pero bien. Fue muy duro adaptarnos a la vida del pueblo. La verdad, en el campo se encuentra la yuca, la batata, la fruta, el plátano, todo se encuentra en la finca. Se puede cosechar las gallinas, el huevo... los animales -nos íbamos mi papá y yo a las 6 de la tarde y a las 8 íbamos llegando con gurre, ese animal que llaman armadillo-, si no había carne uno iba y se la levantaba. Aquí en el pueblo qué va a ir a levantar uno. En la ciudad, no.

A mí me pusieron “Joséchucha” porque me iba para una bananera con una escopeta a matar chuchas. Mataba cuatro o cinco chuchas, las chamuscaba, las pelaba y al otro día pal desayuno. Las cocinaba, les botaba el primer agua y las cogía y las desmechaba bien desmechaditas, compraba huevo, lo revolvía y compraba arepa o frijoles calentados y hágale. ¡Pa’ dentro va papá! Mi padre me enseñó a comer toda clase de animal. Yo estuve por allá en los Llanos y comí culebra. He comido hasta esos búhos que tienen los ojos grandes. Eso me supo bueno, porque cuando estaba en Las Rosas, después de hacer los rosales, el viejito nos tumbó, nos abrió. Mi papá me enseñó a comer, a cazar y a pescar. Nos íbamos para el río La Vieja, con mi atarraya, y me iba y cogía corroncho, bocachico, bagresapos, bagre amarillonegro, patalón, picuda, y también había, una que es plancha y larga, que también es brava, redonda como una palometa.

Mi padre y yo nos íbamos para el río a pescar y acampábamos hasta ocho días. Yo vendía lo que cogíamos de un día para otro, mientras regresaba mi papá iba y buscaba carnada. Yo me quedaba pescando mientras el subía a esos cafetales a coger babosa, lombriz, gusano de basura, un gusanito que se da en la cáscara del plátano, uno lo mete y eso lo busca el bagre, el barbudo, así sucesivamente. Mi papá me enseñó a rebuscarme corroncho de ese bueno que tiene la escama como el gurre; este es un corroncho que tiene en el labio pura manteca, puro aceite, uno de una libra puede tener un cuarto de trompa. Sirve de remedio para los pulmones, es una belleza el caldo de ese animal, medio sentir de sal, lo pone a cocinar y bañe a esa persona, doy testimonio. Noso-

tros nos íbamos a pescar para un compañero de mi pueblo, que se le picó el pulmón y nosotros bajamos nada más a eso, a los cinco meses ese señor estaba como mi persona, que pesó 99 kilos.

De allí entré a trabajar al matadero para rebuscarse cualquier cosita. Desde muy niño, cuando llegamos a Alcalá, comencé a ir al matadero a ayudar a lavar, a tirar agua. Eso le daban pedacito de callo, de chunchulo... eso lo daban al escondido y entonces yo aprendí el oficio con los mismos matarifes que estaban contratados. Pero sucedió que como yo era tan activo, me llamó el alcalde y me dijo: “¿ve José Antonio, vos conocés el movimiento del matadero?” y le dije: “Claro”. Y dijo: “Me ayudás para política y te mando para allá”. No alcanzamos a llegar a la política porque por envidia quemaron a un señor. Allá querían hacer lo que les daba la gana, “los matarifes son unos carniceros... querían sacar un animal que acababan de enterrar en una finca y sacarlo pa’ llevarlo pa’ allá y pelarlo, y decir que lo habían sacado de allá. Entonces como el administrador no dejaba eso, le echaron gasolina contra la puerta, a la una de la mañana, y lo quemaron. Murió aquí en Cali. Llegaron a decir que había sido yo, pero la gente ya sabía más o menos, entonces yo entré a reemplazarlo. Un muchacho que era secretario de la alcaldía me dijo: “Mirá José andáte pa’ ese puesto y reemplázalo”. Yo me iba y no amanecía como él, que se quedaba en la piecita en la que lo quemaron. Yo iba me iba a unas plantas de purificación de agua como las que hay aquí en Cali, que limpiaba el agua sucia que caía con sangre y la limpiaba con unos filtros, sacaba el agua buena otra vez y la tiraba pa’ la vaca, la cochinidad salía pa’ otra parte. Yo administré el matadero 14 años; estuve allí hasta que me hicieron venir.

¡Yo no era enemigo de nadie!

Administraba el matadero y era bombero. Nadie tenía que decir nada. Salía de una parte y pa’ otra, hice campañas, le hice campaña a una señora que no se metía con nadie, no tenía enemigos... Un 17 de agosto, en un cierre de campaña, iba con mis nietos, ellos iban subiendo -la casa mía quedaba en el filo-, cuando pasó un tipo enchaquetado y con gorra, y como a unos 15 metros, subió y se volteó, era una subidita y se vino de pa’ abajo. Yo cogí las escalas pa’ subir a la casa, cuando de repente me dijo “*Q’hubo hijuetantas*” y ahí mismo me mandó la mano, me agarró y me la estiró. Yo solté a los niños, cogí el poncho y le tiré. Eso era dele y dele. El tipo me vació todo un revólver, le mandé la mano contra un poste y se cayó; le fui a caer pero me sacó otra pistola y me hizo unos tiros. Yo agarré a correr. Otro *man* que estaba en una moto en la esquina me hizo varios tiros desde allá. Cuando volteé y me

agaché, me pegó un tiro en la espalda. El otro ya me había pegado un tiro aquí en el abdomen. Yo sentí como un puño y dije: “Señor bendito, este tiro no me tumbó, el de la espalda tampoco.” Me abrí a correr por una bajada, el tipo se abrió detrás de mí a la carrera. Había un portón para entrar a una gallera que quedaba abajo en un fondo. Me salvó mi Diosito y un carro ‘daihatsu’ que venía pasando con un poco de gente. Metí el pecho para abrir una puerta, y la puerta me dañó el hombro, yo me devolví y cerré. La casa estaba oscura, el hombre no alcanzó y vi que él estaba bregando a subirse, entonces yo bregué de pa’ abajo y me escondí por ahí. Le eché mano a una varilla y la guardé en el poncho. Vi que se descolgó de allá, se pasó a la cancha de tejo y dije: “Se va a devolver”. Cuando mi mujer hizo bulla -“Lo mataron, lo mataron”... todo el mundo en ese barrio salió.

Fui 14 años presidente de la Junta de Acción Comunal en ese barrio. Ese gentío tan horrible, que “mataron a Josechucha”. Yo estaba en unas cocheras donde me alcancé a meter, ahí en el servicio, donde se orinaba. Un muchacho, Bolaños, bajó un bombillo esperando a ver dónde veía al tipo. Ya vi gente y ya abrieron, cuando la policía. Cuando íbamos saliendo el alcalde iba pasando -le tocó devolverse a llevarme al hospital-. En un momentico no cabía la gente en el hospital, que quién había sido, que quién había sido; yo no sabía quién era. Con el tiempo, hace un año y medio me di cuenta quién había sido.

A mí me echaron pa’ Armenia. Como el hijo mío estaba en el ejército me echaron pa’ Armenia pa’l dispensario de Armenia. No me podían sacar esa bala, la tenía por aquí por el ramal de los riñones. Sucede que desde allá, eso fue en septiembre y las elecciones eran en octubre, yo estaba en Armenia, escondido donde una hermana mía. Como eso estaba lleno de paracos y yo estaba mandando a preguntar que por qué, me mandaron a decir con la señora mía que no me pusiera a investigar porque mataban a mi familia.

Yo quería darme cuenta qué era lo que había mal hecho y en diciembre me fui pa’ allá. Fui y voté, unos policías me escoltaron y otra vez me fui pa’ Armenia a esconder. Ganó la alcaldesa que yo estaba apoyando y me fue a visitar, me dijo que me tenía que ir del pueblo: “A su familia llegó un comunicado que te tenía que ir del pueblo, pero estése aquí a ver qué pasa, investiguemos bien la cosa”.

Yo tenía mucha amistad allá en el pueblo. Un muchacho -uno de los matones del pueblo, muy amigo mío, amistad, amistad-, fue y me dijo:

“Andáte hombre, andáte que te van a matar”.

“Pero, ¿quién?”

Ya llegamos a diciembre y pasé todo diciembre encerrado en una casa en Alcalá. Me tocó salirme de la casa mía pa’ otra donde una familiar de la señora a esconderme allá. Me decían:

“vea están yendo a rodear esa casa de ella, se dan cuenta que usted está aquí en Alcalá”.

“Pero qué pasa”.

Yo me fui el 31 amanecer primero para donde la alcaldesa, todavía no me habían sacado la bala, pero me fui pa’ allá. El 6 de enero recibía ella y fui. Le dije: “a mí me va a tocar irme, a mí no me dicen ni quién ni por qué”. Me dijo que esperara que ella estaba investigando, yo no veía ninguna investigación. El 6 de enero pasamos bueno y el 7 estaba yo en el parque cuando una camioneta cuatro puertas con vidrios polarizados, va llegando y se paró ahí a un lado. Se bajó un tipo con gafas negras y me dijo:

“¿Usted es el famoso Josechucha?”

“Sí a la orden ¿qué necesita?”

Andaba con el poncho, jodido porque me habían operado, pero no me habían sacado la bala todavía -tenía cita para el siete en el dispensario de Armenia para sacarme la bala-.

Me dijo: *“A las siete de la noche se me ha ido o lo matamos”.*

“Pero, ¿qué pasa hermano?, ¿qué he hecho yo de malo o dígame quién para ir a hablar?”.

“Quieren que se vaya de aquí... o ¿se quiere morir?”.

Yo le dije a la alcaldesa que necesitaba que me prestara plata, que a mí me debían dos meses de trabajo. Ella me contestó que plata no había porque las cuentas están congeladas.

“Dígale a Daniel, el quemado, él tiene una camioneta, que lo lleve. ¿Para dónde se quiere ir?”

“Yo veré para dónde me voy”.

Yo había llamado a una hermana mía que vivía por aquí por Los Mangos, una hermana que me había ayudado a cuadrar por allá. Entonces, fui primero a la cita en la que me sacaron la bala, el 7 como a las 7:30 de la noche. Cuando el tipo...

“Le van a quemar su casa hermano, usted no se ha querido ir”.

“No, es que yo no me voy a ir”.

Al rato, estaba conversando con la alcaldesa, cuando los bomberos, la sirena... Tiraron un mechón prendido y cayó encima de las poltronas, yo tenía una platica allá. Me ganaba un millón de pesos mensual, más lo de la boñiga del ganado que recogía, todo lo iba recopilando. Yo no podía meter plata al banco porque el Concejo podría decir que estaba robando al municipio... metía una platica porque me quedaba un porcentaje de los cerdos, la tenía bien guardada detrás de una de esas poltronas, se quemó todo. Se quemaron las poltronas, el techo de la casa. La única que estaba bonita era la pieza mía -cuando el terremoto de Armenia, hubo una ayuda y yo hice esa piecita bien hehecita.

Cuando ya que me tenía que ir, la alcaldesa reunió 300 mil pesos, y me dijo “*dígale a Daniel que lo lleve*”. Le dije que me trajera a Cali, porque si decía que pa’ Cartago allá me llegan. Llegué aquí donde una hermana a las 4 am del 8 de enero de 2004.

¡Ahí comenzó Cristo a padecer!

Yo no le deseo a nadie que pase de tener a no tener. La señora mía me dijo que quemaron la casa y se quemó todo, ciento cinco millones de pesos. Cuando yo vendía una volquetada de boñiga barata pa’ las to-materas, pa’ las plataneras; se mataban 70, 80 cerdos a la semana. Échele a la chuspita, échele a la chuspita. Le dije: “mija tranquila que cuando uno nace, nace con un pedazo de pipa y eso que nos lo cortaron. No se desespere que papito Dios verá qué hace con nosotros”. Me metí a una piecita a amontonarme con mi familia, veníamos cinco o seis. Venía la nuera, siete, con una pipa que estaba que se estallaba. Le dije a mi hermana de los 300 mil pesitos, ella me dijo: “por aquí están vendiendo unas chanclas baratas”. Le metí los 300 mil pesitos a las chanclas y al otro día compré cositas y nos fuimos a vender. Ande y ande con un sobrino... era un martirio.

En Alcalá yo tenía todo, mis hijos, mi familia, tenía todo. Aquí la cultura es diferente a la de allá, es más fácil el pueblito para criar familia que una ciudad de estas. Aquí llega uno y es un desconocido, no se puede dejar salir los niños pa’ la calle. Allá jugaban, se iban solos pa’ una cancha...

Empezamos a vender chanclas, me las dieron en cinco mil pesos para darlas a diez mil. Y resulta que llegó una cargazón de esas chanclas de Venezuela y las estaban dando a cinco mil por ahí callejeadas. Me comí el plante, me fui pa Yumbo -me tocaba irme a pie, con los pies pelados-. Nos vinimos de Yumbo a las cinco de la tarde y llegamos a las diez de

la noche con dos mil pesos. Un reloj que me costó 800 mil pesos en Alcalá y venir a darlo por cinco mil pesos en Yumbo. Un reloj que me había costado una plata de esas, que tenía los rubíes y era de oro. Esa noche no dormí, me lavé los pies y mis hijos enseñados a comer, acostados con una tostada. La barriga mía silvando, me levantaba a las diez, once de la noche a tomar agua para poder llenar la barriga. Eso era una cosa horrible, le cuento que eso fue muy duro hermano. Empecé a baratear esas chanclas.

Un 18 de febrero, cogí pa' allá a las dos de la tarde, cuando yo vi que corrió un pocotón de gente pa' ese jarillón, por Desepaz. Corría un poco de gente pa' ese lado de allá. Estaban invadiendo ese lado de ahí. Yo cargaba un cuchillo y me metí para allá con la hermana mía. Me dijo un señor: "coja de ahí para allá, nosotros vamos a hacer casas, vamos a invadir aquí". Entonces yo dije: "hay que hacerle". Me vi como en 60 metros, y el río bajaba, pal fondo había como 8 o 10 metros, pero eso era anchotote. Clavé y corté y me agarré con el cuchillito a limpiar y puse ahí un plástico. Mi mujer vino y me metí debajo de un plástico.

Yo estaba yendo a Santa Elena a recoger cositas del piso y me encontré con un amigo allá que traía carga por allá del pueblito, traía naranja, mandarina, plátano. Me dijo: "¿usted qué está haciendo aquí?". Yo me iba con mi hija a recoger cebolla, tomate, yo me iba con ella porque como no podía hacer fuerza. Recién me habían sacado el tiro, eso se me inflamó y me hernié, me han hecho tres operaciones por ahí. Me fui a recoger cebollita, tomatito del suelo, pedazos de plátano, eso lo traía yo para la casa. Entonces esa noche me quedé debajo de ese plástico, uno no dormía en toda la noche, todo el mundo pa' allá y pa' acá. Al lunes quemamos y llegó un señor, y le dije que cogiera allí un pedacito, coja aquí debajo de este palo, midamos unos seis y siete metros. Cuando llegó otra señora, ay deme un pedacito, coja un pedacito. Mi hermana me dijo que había gente que viene de viva, ya están acostumbrados a eso. El señor me cuidaba el lotecito, yo me iba pa' Santa Elena a encontrarme con el amigo del pueblito, él me daba la desarrumada del camión, arrastrando los bultos. Entonces yo cogía la papa picada y la metía en bolsitas, vea a 200 la chuspita, platanito, tomate, cebolla, yo colgaba la chuspita y de eso comía. Ya fui cogiendo alitas y dele y dele.

Entonces me encontré a mi hermano y le dije: "Alexis, vos por qué no te vas para allá, mirá estrechando a mi mamá, yo te doy un lotecito". Él me dijo: "no es que eso allá hay una guerra". Me lo llevé el 3 de mayo

de ese mismo año, me fui pal Hormiguero, pa' donde un evangélico, me corté 50 guaduas más o menos, me metí a un monte, amarré esas guaduas y me le tiré al Cauca con el señor. Nos agarró un huracán -traía tres gurrees que había encontrado por allá; se me ahogaron dos. El que me quedó lo vendí en Marroquín por treinta mil. Llegamos y le regalé unas guaduas al señor, partimos. Entonces ahí hice la casa, la gente me regaló plástico. Ser honrado, ser buen vecino no cuesta nada. Les dije "hermano aquí vamos a vigilar cada uno su casa y nos vamos a colaborar". Me hice la casa, un salón grande, y también le di a mi hermano. Él se iba y lavaba carros y por la noche a clavar guaduas, y yo dele. Eso fue rapidito.

Yo hice unas camas con esterilla por encima y ahí dormíamos, los niños se me llenaban de esa hormiga polvo de tabaco. Llenos y amarillos de eso a la una de la mañana, echándoles alcohol. Una vida dura. Se vino ese invierno, con los piecitos embarrados, yo me conseguí una carpa de un jeepeto, la pusimos debajo de la cama y ahí dormimos todos amontonados. Ya no nos llovía. Por allá me fui con un señor de Marroquín, por unas hojas de eternit y Don Luis, un señor que tiene una carretilla me las trajo desde allá y me regaló una puerta... y poniendo tablas y dele. Ya pa' la luz... un concejal de allá me regaló un alambre, como 500 o mil metros pa poner alumbrado. Cargamos la agüita al hombro en porrones. Pero como yo he sido tan curioso me hice una carretica y cargaba el agua y en eso mismo vendía las papitas, el platanito. Yo fui cogiendo, cuando ya de pronto llegó esta fundación de la hermana Alba Estela a ver la invasión. La hermana Marleny que tenía unos comedores llegó a apoyarnos a llevarnos comidita, a rezar, hacerles la primera comunión a los niños. Ella ha sido una mujer berraca, que ha apoyado mucho al pobre y allá la tenemos. De la invasión yo llegué en el 2007 a Potrero y llevamos más o menos siete años. Nosotros fuimos de los primeros que llegamos allá. Yo estoy en el 1 en la manzana 14.

La historia es larga...

Pero la historia de la invasión a Potrero es larga, cuando comenzamos en el jarillón, les dije: "Vamos a cuidarnos". Un día llegué y ya había uno metido en el lote mío haciendo hueco, y le dije "vea, que pena vecino..." vinieron el mono, Don José, una señora del frente a apoyarme. Ya nos reconocimos, nos fuimos reconociendo, comenzamos a hacer una junta, con una señora Dora, Franky, gente muy viva, un muchacho José Gil. De allí del frente del colegio, ahí pa' arriba hay una zona de arborización.

Nos dijeron que nos iban a sacar, que fuéramos a la alcaldía donde la señora María Grey Figueroa, por de parte de Apolinar. Le dije: “Doctora, ya hicimos lo que hicimos allá. Yo soy desplazado y pa’ salirme a sufrir con mi familia, yo sí necesito. Tenga en cuenta que si nos van a sacar, nos van a sacar muertos, lleven los ataúdes de una vez pa’ que nos tiren al Cauca; pero nosotros necesitamos vivienda”. Entonces dijo Apolinar Salcedo: -“Vamos a ver qué programa hacemos, yo también sufrí mucho, me acuerdo de mi madre que también sufrió mucho”. -“Doctor, nosotros nos metimos allá porque necesitamos”. María Grey que estaba en la reunión dijo que de ahí teníamos que desalojar. Le dijimos que si a nosotros nos daban otro lote, otro ranchito, “desocupamos porque estamos en alto riesgo”.

Yo, que frentiaba con Doña Clara, quedé de presidente de la Junta. Cuando El Jarillón se nos llevó todas las cosas, a mí se me llevó la cocina, ya dijo Apolinar y vino el presidente, faltaba la firma de Apolinar pa’ pasarnos, pero él no quiso firmar. Entonces resultó el programa de Potrerogrande. Empezaron a perseguirme que pa’ que estafara a la gente, pero yo no. Yo siempre he tenido un buen corazón, yo ahora estoy discapacitado, me dieron cuatro infartos, tengo un cateterismo y una malla y yo no dejo de ser el mismo. Cuando yo estaba hospitalizado vinieron a censar y todo eso, la señora le dijo: “nosotros somos desplazados, mi esposo está en el hospital”. Mire que no metí ni los hijos para vivienda porque no soy agalludo. Hay dos que están tirados a la calle, el uno profesional, aprendió el vicio del bazuco... no me da pena decirlo porque eso no se lo enseñé yo, eso lo aprendieron en la calle y andan con un costal en el hombro sacando cochinas de las canecas. No me ayudan y fueron los dos únicos varones que me quedaron, porque la hija está conmigo. Amontonados, somos diez, mi núcleo familiar somos diez con mis cinco nietos, que los estoy criando yo.

Entonces nos dijeron que nos iban a reubicar, que nos iban a dar vivienda digna y nosotros no fuimos a Secretaría de Vivienda a pedir nada. Cuando llegó el presidente Uribe a decir que todos poníamos, y es cierto, todos pusimos, que más que pusimos la mala vida que nos dio en El Jarillón, y que nos iban a reubicar por zonas de alto riesgo, por calamidad. Cuando nos fueron diciendo que teníamos que pagar. En Potrero fue una vida difícil, nosotros vivíamos en El Jarillón mejor, donde a nosotros nos dejan en El Jarillón somos otros. En esa casa no hay 4 metros de frente ni 10 de centro, nos metieron en eso, no nos dejaron ver las casas, y ahora comenzó la guerra porque todavía no habían acabado de construir. La gente iba y como allí era menos

familia, iba y se metían los peladitos de allí, niños buenos, pelados buenos que conocí en El Jarillón... ahí perdimos los hijos. Se iban con los compañeritos a “esquiniarse”. Unos tenían más vida que otros y los convidaban a hacer daños... vidas buenas. Nos cambiaron de allí para un matadero, nos han matado los hijos, los hemos perdido, mi hermano se mató allá -eso es angostico-, en una riña se recostó contra una baranda y se vino con todo y baranda y se desnucó, tenía 42 años cuando murió.

Se abrió la venta de las drogas, personas que se vienen a poner ollas, por eso es que hay peleas por territorio, de allá no pueden pasar para acá. Muchachos que los matan por qué consiguen la novia del lado de allá. Se abrió la guerra más horrible. Eso se dio por falta de generación de trabajo. Aquí hay unas personas que están yendo -siempre son los mismos-, y no cogen a los muchachos que son. Estos muchachos hay que cogerlos y sacarlos, porque en el mismo barrio no se componen. Cada que vienen los del municipio a cobrarnos la palomera, donde hay más de doce personas en la misma casa, les decimos lo mismo.

Hice otra invasión atrás, en el pedacito de lote sin construir paré seis guadas, compré una carpa. Otra pieza la hice en Bahareque. Cabe una sola cama o un camarote. Arriba duermen tres, allá en la parte de atrás duermen los tres niños pequeños y el papá de uno de ellos, porque no los tiro a la calle. Yo duermo en la sala con mi esposa.

¿Pa’ qué cárceles?

Una de las dificultades en Potrero grande es con el liderazgo, porque allá sí que resultaron líderes, pero muchos se han hecho líderes por intereses personales, como ya el gobierno empezó a entrar allí, hay personas que los apoyan es a ellos. Hay líderes pero se van dañando. Allá llegan las ayudas y se las come el que más saliva tiene. En Potrero falta una empresa con buen empleo, que ponga a los muchachos a generar. Es que eso del gobierno... pa’ qué cárceles, empleo es lo que se necesita allí. Ahora los muchachos salen a la una de la tarde de los colegios: 450, 500, que estudian ahí. Ahí falta otro colegio -la hermana Marleny lo va a hacer-.

Se puede mejorar con un empleo por lo menos. Yo he ido a buscar trabajo y me dicen:

“¿usted de dónde viene?”

“De Potrero”

“Después lo llamamos”.

Eso es lo que hace falta allí, y si a mí me dieran la oportunidad de agarrar un trabajo de pronto pa' mi hija, pero mi hija en estos momentos no me está ayudando para nada. Tiene un absceso en un busto y está en control de eso, quiera Dios que no sea nada. El doctor me dijo que no podía trabajar... Ahora es cuando más lo atacan a uno mandándole papeles, dizque cobrándole la casa, ¿cómo nos van a mandar a Datacrédito? A mí me tocó demandar, me dijeron que nosotros los discapacitados no pagábamos ni las personas de la tercera edad. Nos están cobrando, yo soy enfermo, no puedo hacer fuerza, no puedo trabajar, ¿cómo me voy a quedar yo así? me prestaron 800 mil pesos y me compré una carretilla, los niños estudian.

Ahora los servicios, yo debo cuatro millones novecientos mil pesos, pero no es por culpa de nosotros, es por culpa de allí, cuando nosotros recibimos no nos dejaron ver las casas, nos dijeron que eran unas casas dignas. Nos dieron las llaves y un mercadito de cinco mil pesos y cuando abrimos que cosa tan horrible. ¿Cómo vamos a caber nosotros en este pedacito? Cobrándonos ahora 60 mil pesos el mes. Hay gente pagándolos.

Como yo soy el que me meto allá, por dónde usted me diga que lo lleve yo lo llevo. En cualquier sector me conocen hasta ahora gracias a dios. Yo he sido vicepresidente de la junta y yo sé los derechos humanos, me retiré por eso... por la persecución. Ahí no dejan trabajar, ven que otra persona quiere trabajar bien y vienen a amenazarlos. Hay personas que las han hecho salir de las casas. Esta semana han hecho desocupar tres casas.





Noticia:

POTREROGRANDE, ATEMORIZADO POR LA VIOLENCIA ENTRE PANDILLAS

Enfrentamientos en el Sector 9 del barrio obligaron una intervención de las autoridades. Comunidad pide inversión social.

Lucy*, de 14 años, se acerca a un grupo de extraños que recorre las calles de su barrio. “¿Ustedes vienen de una fundación?”, pregunta. “Es que quiero que me ayuden a irme de aquí”.

Dice que “esto está muy caliente y me da miedo que me coja una (bala) perdida”, que su mamá está buscando casa, pero que ella quiere irse ya mismo.

Desde el jueves pasado, muchos habitantes de Potrerogrande tienen la misma sensación de Lucy. Ese día, afirman, comenzaron a enfrentarse los residentes de una parte del Sector 9 del barrio y un grupo de personas que llegó a otra cuadra de la misma zona.

Las peleas han sido con machetes, piedras, cuchillos e incluso bala. Un hombre, que vive en todo el límite de las cuadras enfrentadas, tiene varios agujeros en su casa que sirven de testigos de las ‘batallas’.

Él, para proteger a sus cuatro hijos, ha recurrido a medidas desesperadas. Parquéó su campero pegado a la fachada de la casa, como si fuera una barricada: “que le den al carro pero no a mi familia”, dice.

La situación, hasta el momento, ha dejado ocho personas heridas: dos por arma de fuego y seis por armas blancas. Uno de los jóvenes abaleados se encuentra grave en un hospital. Su sangre quedó marcada a lo largo de tres cuadras del barrio, como un recordatorio para que los vecinos tengan cuidado al salir.

El miedo de los habitantes y la denuncia de los líderes obligó a varias entidades del municipio a desplazarse a la zona y verificar qué sucede. Esos son los hombres que Lucy, pensando que eran de una fundación, esperaba que la ayudaran a salir de semejante caos.

Diario El País. Cali. 22/01/ 2014



9

Yo ando cayendo y levantando...

María Narsila Cabezas





Soy de Barbacoas Nariño, fui desplazada por el conflicto armado, soy madre cabeza de hogar y tengo 10 niños. Llegué a Cali a la bendita de Dios...

Estoy aquí porque todavía no he perdido las esperanzas. Salgo todos los días a rebuscarme, a pedir para traerles el almuerzo a mis hijos. A mí eso me da tristeza, porque por allá por mi tierra, de donde yo soy, por allá no nos faltaba nada, todo lo que uno necesitaba lo encontraba...

Pero las tierras quedaron allá botadas a las manos de Dios. Dios sabe lo que tiene que hacer con esas tierras. Yo no puedo ir, allá tengo una hija, pero mi hija ni viene, ni me puede comentar algo de allá. Usted sabe que hay mucho sapo y avientan a las personas. La tierra por allá es muy buena, uno trabaja la mina, saca el oro, siembra la yuca, la caña, uno siembra todas las cosas; hace marraneras, todo eso quedó por allá botado. Uno llega aquí a peregrinar, lo que tiene allá no lo tiene aquí.

Barbacoas es muy bien, el río es muy hermoso, lo han pasado por el noticiero. Cuando se crece tapa las casas como aquí el Cauca. Se hunden a veces, cuando ya secan... uno lava todo y queda muy lindo, muy hermoso Barbacoas. Pero la guerrilla son los que hacen por allá, ellos se meten a su selva y nadie los busca. A veces se mete el ejército, pero no los encuentran. Yo no sé cómo hacen.

¡Como extraño Barbacoas! Es que allá hay mucha música, el día que se celebra el día de la mujer, el día de las madres, eso es muy lindo. Cuando se celebra la fiesta de la Virgen del Carmen, se hacen balsadas en lanchas y le llevan unos adornos muy lindos a la virgen y la gente acompaña con sus gritos. A mí me tocó una sola vez ir al río, eso es bien lindo. Cuando también se muere un niño, esa noche la pasan muy linda porque hay chigualo a la hora de la madrugada, para que tenga un buen viaje, "Allá no se ven peleas, que el uno apuñalea al otro eso no, esa es una noche serena.

Allá, no es lo mismo que acá...

Chigualo se hace cuando un niño se muere. Uno adorna un local y ponen al niño en una mesa y como el local es grande, eso se llena lleno de gente hasta el amanecer y se juega a la minuta. Con una pepa que es bien redondita, una lo envuelve en un pañuelo para que sea

más grandecita, después se va pasando por aquí por donde va toda “la cordillera” y ya por la mañana se vuelve florón. Van cantando todos los grupos que hay: “se fue el florón por el callejón, se fue el florón por el callejón”. Entonces ahí ponen una cobija y se canta “esta telita se quiere romper para que no se rompa tiemple usted, aflójela usted”. Así nos divertíamos nosotros allá cuando los niños se morían y a la hora del entierro, pues hacía cada uno un pabellón con un palito bien adornadito y se lo dejábamos puesto al lado de la sepultura a los niños que se morían.

Eso por acá no se ve, como uno allá lo hace todo el tiempo se le queda más grabado, pero uno no puede coger el son de acá, es más desabrido, no tiene el son, no tiene el golpe, el tono de la música.

Acá no se lleva bien el sonido de la música. Allá uno coge el golpe del bombo, el son de la guitarra, el son de la marimba, y todo eso. “Pongamos” la marimba, uno la toca y la marimba hace bimbimbim clarito, acá no, acá la tocan diferente. Yo tengo un tío que va a un taller a tocar la marimba, el bombo y canta bien elegante, a él le pagan para que cante, se llama Rubén. A él lo llevan por muchas partes a fundaciones para que enseñe, al igual que una tía que se llama Carmenza también tiene Fundaciones, ella va a tocar y tiene grupos de danzas de baile, de marimba, muchas cosas pacíficas.

Nosotros comprábamos los equipos para la música. La música que más nos ha fascinado es el vallenato, toda esa música. Yo no canto pero mis hijas sí, ellas sí cantan. Cuando estaba muchacha sabía bastante pero ya se me olvidó. A mis hijos les tengo su DVD, el televisor es el que está fallando, pero ellos ahí conectan el DVD, le ponen las bananas y se la pasan viendo películas, videos.

En Barbacoas uno pesca; tira la atarraya, la malla y cuando la saca sale saltando el sábalo, la mojarra. Por allá se vive muy bien porque uno come conejo, ratón, el armadillo, la cabucha. Uno los agarra, ahúma las carnes, las aliña eso queda muy hermoso. El armadillo se aliña bien, se le pone la chilangua, el cimarrón, la cebolla y todo eso se muele y se le echa a la carne y lo pone a ahumar, cuando ya ahúma eso queda amarillito, bien lindo. Con eso se hace un sudado que uno se come los dedos, con coco. Eso queda muy elegante. Aquí uno tiene la oportunidad de comprar una carne y hacer lo mismo que hacía allá en mi tierra, yo las calo, las sancocho, licúo la cebolla, el cilantro, el maggi, el ajo y yo hago ese aroma, pongo esa carne ahí en una bandeja. Cuando está bien sazónada usted la saca y hace un sudado o carne frita, queda bien amarillita,

bien elegante. Dicen los muchachos: “ay mami, yo quiero más”. Un pescado “encocado” queda bien rico, encima del arrozito.

Si uno no paga lo mandan a pelar...

Yo llegué a Potrero donde mi mamá en el sector 4, ella salió junto con otra hija, primero que yo. Después me la pintaron al rojo y tuve que salir también. Cuando yo llegué aquí mi hermana y mi mamá ya tenían vivienda, a mí no me han dado todavía. Como la casa de mi mamá es estrechita, a los poquitos días, como a los tres meses de haber llegado buscamos para arrendar en Potrero. Mensualmente estoy pagando 120 mil pesos, y ahorita estoy con seis meses de arriendo. Cuando me llegue la plata voy a ir pagando, porque me toca pagarle a la dueña de la casa, ya que si uno no paga lo mandan a pelar a uno adentro, porque allá lo matan hasta adentro de la casa por no pagar el arrendo. Imagínese, yo puedo quedarme sin la comida, porque no me pongo una mecha, pero pagarle a tiempo su plata para que no me quiten la vida a mí o a mis hijos... eso es muy doloroso.

Recuerdo que cuando llegué a Cali fui a declarar que yo era desplazada y allá me entregaron unas ayudas. Al principio me llegaban permanentes, pero ahora desde que cambiaron de alcalde, las ayudas se ignoran y ya no me llega más lo que me llegaba. Y es que cuando uno es desplazado a uno no le dicen las Fundaciones o las partes a las que uno debe ir, uno como no sabe leer, no sabe la letra bien... a uno lo embolatan.

Yo he ido y nada más me han dicho: “vaya allá a tal parte que allá le dan su ayuda”. Y uno llega allá y le dicen: “¿Quién la mandó?” y lo devuelven. Llego de nuevo a casa sin que nadie me dé una atención. Afortunadamente llegué a unas buenas manos, donde la hermana en Jueces de Paz, me dijo un día: -“si ustedes son desplazados, vengan que para ustedes hay un beneficio, pueden reclamar sus derechos porque les pertenecen”.

Ya voy a cumplir siete años de estar aquí en Cali, pero los primeros días nos dieron duro, más por los pelados, por mí no. Los pelados decían: “nosotros no nos enseñamos, nosotros nos queremos bañar”. Como allá hay río, nosotros los bajábamos y ellos se tiraban al río y bañaban rico. Y luego acá uno tiene que pagar dentro de una piscina. Ellos me dicen que en nuestro río nos bañábamos mejor. Les digo que ya no estamos más allá, ¿qué vamos a hacer?, que se conformen. A veces yo los meto así a bañar en la llave. Me dicen: “mamá cómpreme un

piscina para bañar”, y les digo: “¿con qué plata les compro una piscina para ustedes relajarse?”.

A mí me han llevado a paseos a Pance, a Jamundí, muy elegante, pero a los niños no. Los niños ahora en el colegio también les están haciendo actividad para llevarlos a paseo, les están haciendo juego en canchas de fútbol para que ellos se diviertan.

En Barbacoas lo que más me gustaba era que yo hacía envueltos y tamales; como yo he sido así discapacitada me gustaba vender en la casa. Yo vendía cerveza, gaseosa, mecato. Mi negocio siempre ha sido de empanadas, cocadas, panela de coco. También nos gustaba trabajar la mina, sacábamos el oro, en la chagrita, sembrábamos yuca, todo eso lo hacíamos por allá. Pescábamos cuando no queríamos comer carne del monte, íbamos al río y pescábamos unos sábalo grandotes. Por allá en la vecindad éramos como seis hermanos, el uno en una casa y el otro en la otra.

De esa manera nos la pasábamos por allá. No se veía la violencia que se ve por acá, que se pusieran a matarse los unos a los otros, no. La ley que hay aquí no la hay allá, allá usted ve la ley cuando va a Barbacoas a remesiar. Allá había ley en el corregimiento, pero desde que llegó la guerrilla se acabó eso. En el campo no se ve la violencia que hay por acá.

La guerrilla, por ejemplo, no deja botar cochambre en el río. Si uno mata un animal y bota las tripas al agua se la hacen alzar, le dicen: “si usted va a botar esa cochina en el río tiene que pagar una multa y se va, que el río mantenga muy limpio”. Ellos hacen limpiar las orillas, allá no se ve monte en las orillas, Eso se ve todo limpio, porque ellos necesitan divisar de lejos quién los busca.

Allá hay canchas de fútbol y hacían campeonatos, uno se sentaba en la plaza de la iglesia a mirarlos jugar y le hacía barra a los jugadores. En Potrero yo me he divertido, pero mis hijos me dicen: “mamá, usted porque no nos lleva a un lugar donde uno pueda relajarse un rato”. Pero a mí me da temor sacarlos porque hay mucha violencia. En el pedazo donde vivo no hay donde sacarlos, hay una canchita que están haciendo, pero yo los hago acostar tempranito, porque en el momento en que están jugando se forman las balaceras y si me matan a uno yo con qué lo entierro... tan caro que es el entierro por acá.

¡Ellos viven noticiándose!

Afortunadamente, mis hijos hasta ahorita no tienen problemas con nadie. Lo único, le cuento es que tengo un niño que ya va a cumplir 18

y a él entraron a darle bala dentro del colegio, él había pasado huyendo del colegio a la biblioteca y los profesores se asustaron, viendo que iban a matar mi niño en la biblioteca, entraron y los dejaron salir por la portería de atrás y cuando ya los dejaron salir me llamaron a mí y a la policía. Cuando nosotros llegamos los que estaban armados para matar al pelado ya habían salido. Desde ahí el pelado no me quiere estudiar. Yo creo que le da como nervios, él vive como encerrado en la pieza. Hace un año se salió del colegio y no ha vuelto a estudiar más. Yo le pregunto que si quiere estudiar en otro colegio, pero los manes allá en Potrero saben a dónde van los otros niños. Como vivimos en esa cuadra, ellos viven como noticiándose, tienen voceras, mandan a las compañeras: “llamáme a fulano, decíle que se acerque por acá”. Entonces como él ya sabe, me dice que no va a ir para allá.

Si nos sacaron de nuestra tierra a esta sección de aquí de Cali, no puede ser que nos sacaron de un conflicto para llegar a otro. Tenemos que estar en una parte donde haya paz y tranquilidad. Nos tienen muy abandonados, muy tirados, yo no tengo a donde vivir. Mis hijos me dicen: “mamá nosotros teníamos una buena casa, y ahora apretaditos”. Duermen cuatro niñas en una sola cama, donde vivimos no hay para poner tres camitas para los niños; yo duermo con dos, la otra hija con las otras tres y mi hijo duerme encima con nosotros así, tirado en el piso. No consigue trabajo, no consigue empleo y lo mandan a uno por desplazado. Toca ahorrar para tener una vivienda digna, si no ahorramos dos millones doscientos mil pesos no tenemos derecho a nada. Es un dolor que nosotros llevamos en el alma.

Entonces de esa manera nosotros vivimos afligidos, abandonados, tirados a que nos maten como pasa cada rato. A veces llega la policía y dice: “ese era un bandido”. Pura mentira. De esa manera yo me voy ofendida, yo tengo un hijo ya joven y no me gustaría que le pasara eso. Mi hijo no fuma, no bebe, él no tiene vicios de nada todavía. Yo me he cansado rogándole pa’ que “mijo, usted no me vaya a coger vicios ni se vaya a meter a bandas, no vaya aprender esto”.

Afortunadamente yo tengo una vecina que parece que fuera mi mamá. La quiero a ella más que a mi mamá, cuando yo no tengo ella me pregunta:

- “¿qué me le dio de desayunar a los niños?”

A veces le digo que no tengo y se regresa, me trae una chuspa de arroz, harina, panela, pan y a veces me trae adentro diez mil pesos y me

dice que es para que compre lo que me haga falta. Para qué, pero a esa vecina la tengo en la palma de mis manos, las otras también son bien, pero hay una que me tiene más amor, que me dice: “si usted se va yo ya quedo amañada”. Yo le digo: “no importa donde vaya, le dejo mi número para que me llame y yo la vengo a visitar”. Ella vive frente conmigo, es de Buenaventura, pero es muy amable esa vecina, lo que esa vecina hace mi mamá no lo hace por mí y mi mamá también vive aquí en Cali, también es desplazada. Yo le tengo más amor a mi vecina que a mi mamá.

Yo ando cayendo y levantando, me rebusco vendiendo a veces empanadas, papa rellena o cositas así en la casa, para poderme sobrellevar y poder alimentar los niños. No tengo marido, no tengo quién me de la mano en la casa para pagar el arriendo, pago ciento veinte mil pesos mensuales y donde vivo cuando llueve la casa se llena de agua.

¿Cómo tener mis hijos en un futuro?

Por eso me quedaría satisfecha si me dieran una vivienda en donde vivir; yo quedaría contenta que me dieran una vivienda y no una ayuda, porque ¿dónde meto esos pelados? No tengo una seguridad de cómo tener mis hijos en un futuro. Yo tenía mi rancho por allá, de madera, pero grande. Cada uno tenía su piecita, su cama, su armario, y por acá apretaditos, estrechitos, todos ahí arrumazados.

Mi sueño es tener una vivienda, una vivienda que sea digna, que mis hijos se regocijen, porque uno ahorita está vivo y mañana está muerto, ¿a dónde dejar esos futuros que yo tengo, cómo vivirán, cómo podrán sobrellevarse, dejarles una casa y que puedan criar a sus hermanitos? Es el sueño que más penetra en mi vida.

Una hija a veces me dice: “mamá, nosotros qué pensamos hacer ahí, si nosotros no tenemos casa, no tenemos de dónde echar mano”. Le digo yo, como yo tengo un puestico, a mí me dieron un fritador: “salgan a vender arepas, o empanadas”. Me contestó “mamá a mí me da pena salir a vender, usted sabe que a nosotros los muchachos nos la quieren venir a montar al rojo”. Entonces a ellos les da como recelo salir a vender a una esquina. Entonces así saco la fritanga y vendo lo que más pueda y lo que no venda se lo comen mis hijos.

Cuando salí de Barbacoas mis hijos estaban estudiando. Cuando llegamos aquí estuvieron dos años sin estudiar, hasta cuando declaramos y comenzamos a recibir el aporte de Familias en Acción. Una vecina me dijo: “vea consígale un colegio a los niños para que no se le atrasen”. Yo

los mandaba en un bus a ellos, pero un día que bajaban por El Jarillón los encendieron a pura piedra y quebraron las ventanas donde iban los niños. Entonces ellos dijeron: “nosotros no vamos a ir en esos buses, búsqenos otro colegio”. Una vecina pasó y me dijo: “vea, allí en Desepaz hay un colegio, llévelos para ver si allá se lo reciben”. Fui y me los recibieron y les regalaron los uniformes. Los dos se fueron, los llevaron para un colegio que no me acuerdo el nombre; y los otros más pequeños me quedaban ahí en Comfandi; a la otra, que estudiaba en Píamos, unos peladitos más grandes que ella, cuando ella entró al baño a hacer chichí, se le entraron y le decían que “me lo das aquí o sino adonde grités te pego”. La niña me dijo: “mamá, dígame a la profesora que yo no voy a ir a estudiar, que allá hay unos niños que lo entran a violar a uno”. Entonces varias mamás fuimos y retiramos a nuestras niñas de allá. La metí al Comfandi y comenté mi caso. Ahí estudiaron hasta ahora, este año no están estudiando, el niño porque tuvo problemas, y la otra ya cumplió los 18 y como tiene unos años atrasados me dice, “a mí me da pena estar en el mismo curso donde están mis compañeros más altos, yo quiero salir acelerado”. Yo no tengo la plata para ponerla a ella a estudiar acelerado.

Yo me he beneficiado con los paguitos de los niños para la comida y así para comprarles el uniforme, pero no alcanza porque son bastantes, no me alcanza. Yo tengo cuatro estudiando, los cuatro pequeños, los tres grandes no... y me da mucha tristeza cuando le piden algo a mis hijos en el colegio, porque mis niños me lloran, me dicen:

- “mamá, usted por qué no nos compró tal cosa, en tal tiempo”.

- “mijo, pero si yo no tengo un trabajo, no tengo de dónde, yo qué les doy, aguantemos hasta que Dios nos dé una oportunidad”.

A los desplazados nos tienen como cosas...

Nosotros venimos huyendo y nos tienen abandonados, tirados como cosas que no sirvieran, pero nosotros somos gente igual y tenemos aptitudes. Yo tengo mi hijo, mi hijo si es de dibujarla a usted la dibuja. Estaba haciendo un curso de dibujo pero se salió del colegio y no siguió yendo. Las profesoras lo mandan a llamar; “dígame a José Libardo que me dibuje y me mande”. Él hace muchas cosas y todo eso se está perdiendo.

Como no está estudiando se sube encima a la terraza y solamente hace dibujos y así mismo les va enseñando a los dos hermanitos también. Le gusta toda clase de dibujo. Lo que él mira lo memoriza, se lo graba y lo dibuja. Lo que él mira él lo hace.

Había un profesor que tenía internet y le decía “Venga José Libardo yo le enseño para cuando le pidan tareas”. A ese profesor no tengo con qué pagarle, le enseñó muchas, muchas cosas que él no sabía y yo tampoco, yo le agradezco pero no tengo con qué pagarle. Un día, al profesor le iban a robar el computador, ahí afuera de la casa, frente al andén de la casa. Desde ahí se alejó y no fue más.

Yo ando protegida, me encomiendo en mi señor Jesucristo me libre de todo mal y peligro, entonces yo digo mi Dios me tiene que cubrir con su santísimo manto y no me pasa nada, lo más grande que tengo en esta tierra, la felicidad más grande que yo tengo, que conmigo no se ha metido nadie. Y cuando me voy el único enemigo que tengo era el papá de mis hijos, que le tengo una demanda puesta porque él no me ayuda con nada, no me colabora con nada. Sola pagando el arriendo, él dizque tiene otras mujeres, no responde por los hijos. Él vive aquí en Cali, él se abrió.

En la mañana me levanto de la cama, me baño pero primero barro y trapeo, hago el desayuno. Levantó a los niños para que se arreglen y vayan a estudiar y les sirvo el desayuno. Cuando se van para el colegio me pongo a plancharles la ropa, a doblar, a arreglarles el armario. Cuando llegan les sirvo el almuerzo y ahí vemos el noticiero. Cuando uno está más relajado uno piensa en su futuro, se pone uno tristecita a pensar. A veces mi hijas me preguntan que yo en qué pienso...yo les digo que la vida, que qué se puede hacer. Pelear no se puede con lo que Dios hace. En la noche miramos la novela, los partidos y la selección.

Yo soy hinchita del Cali, mis dos niños dan la vida por llegar allá. En estos días no los dejé ir más. Pasó que los llevaban, pero les hicieron como una trampa. Les dijeron a los dos muchachos que tenían que estar listos, madrugué a hacerles el desayuno para que ellos llevaran y salí a llevarlos, y espere, espere. Eran las siete, iban a ser las ocho y preguntaron que si ellos no habían ido. Ya otro día que les tocaba una liga, los dejaron en la esquina esperando. A mí me duele. Ahora en el colegio me los tienen jugando otra vez. Antes de ayer les fueron a poner las arqueras a las canchas, que no las tenían. La Cruz Roja llegó por allá y estuvieron hablando con ellos, les dijeron que ya iban a estar permanentes, ayudando para que los niños tengan los deportes, tengan como relajarse un rato. Le damos gracias a Dios porque los rodeen, que los estén visitando, que no los dejen morir solos.

Varias niñas se han caído de esas gradas hechas de puro cemento, las han tenido que sacar. A las niñas cuando se suben a la terraza las

hago bajar, porque de allá se me pueden caer y no tengo recursos por si una se me cae. Al centro de salud, el que lleve un niño muriéndose, se les muere. La salud es ahí muy mala. Yo he llegado ahí y eso que soy desplazada, y me han dicho “espere que estamos ocupados, estamos con otros pacientes. Espere que me desocupe para poderla atender.”

Los remedios de allá... de mi tierra.

Yo tengo una niña que le da alergia, que no puede comer carne ni enlatados y lo que más los ha azotado es la gripa, la tos. Cuando los llevo al puesto de salud les dan Micofen. Esa es la droga que les dan a los niños, le toca a uno comprarla de sus bolsillos. Como yo sé los remedios de allá... de mi tierra, yo misma voy a coger y preparo mis yerbas, las pongo a cocinar, les hago frotación, les baño el cuerpo. La yerbabuena, el poleo, el jengibre eso es bueno para los parásitos, los muelo y los hecho en una botella, les hecho agua. Todas las mañanitas al levantarse de la cama, el desayuno es ese, les doy una copita. Ellos se la toman, cuando tienen dolor de barriga yo les doy para los parásitos. Para la lumbricera sí me toca llevarlos al médico para desparasitarlos, es malo darles un purgante sin recetarlos el médico. Un purgante si lo preparo yo. Yo oro un palo o una yerba, la corto, la exprimo, le saco el zumo y la dejo al sereno, al otro día de mañanita sin hablar con nadie, calladita, usted se levanta le pone un poquito de café, saco lo que está clarito, y le hecho limón, se lo doy con limón y se la toma, y ese concho que queda se le echa en el cuerpo y santo remedio.

A mis hijos yo no los ando llevando al médico, solo a eso del desarrollo del crecimiento, las vacunas y así cuando les da una fiebrequita, las dos niñas que están en el jardín, cuando les da una flema, eso yo misma lo curo. También cuando les da a los niños ojo, yo lo cierro, les pongo así parejito, les pongo las manos así y si le pasa un dedo ahí se le cierra el ojo. Lo que es cosa de plantas, tenemos muchas cosas en la cabeza que los médicos no saben, siempre me han pedido y yo siempre les voy diciendo. Me han pedido plantas como drogas.

Mi mamá cuando nosotros estábamos pequeños, íbamos a recoger las yerbas y le decíamos:

- “¿Para qué es eso mamá?”

- “Eso es para tales y tales cosas, para hacer un sobijo, para que no caiga enfermo”.

Y ahí cuando ya tuve yo los míos, también yo iba probando para ver si era o no era. Y mis hijos cuando recién nacían me decía la partera:

- “cuando el niño nace no se le da de comer”.

- Y decía mi mamá: “mentira, sí se le da, sopita, uno coge el algodón y moja el algodón y le da a chupar para que bote la flema”.

Y así desde que nacían aprendía que chupaban ellos el saborcito de la sopa. Y así aprendían a comer... niños de tres un año para que aprendieran a comer cosas de sal o no les gusta.

Mis hijos todos hacen oficios. Yo tengo hijas que ya han cocinado así en restaurantes, en hoteles. A varias personas les han gustado los aromas de sus comidas, los aromas de sus aliños, la sazón de la comida. La educación por acá es bien también, hasta ahorita no me ha tocado muy duro porque el gobierno les ha cumplido. Yo les digo a los tres que no quieren estudiar: “muchachos, yo quiero que ustedes me salgan adelante, yo no estudié pero yo quiero que ustedes sí me salgan más adelante. Para que más adelante, en el futuro, puedan sacar a sus hijos, que ustedes mismos los puedan sacar adelante, o que pueden sacar adelante a otros y a otros, no quedarse ahí”. Entonces me han dicho: “con esa violencia que hay por acá a nosotros nos da temor, desaliento”. Como por allá no se veía eso, ellos tienen temor, les da como recelo salir a estudiar a otra parte. Lo único malo de por acá es la muerte de los niños.



Noticia:

ALARMA POR VIOLENCIA JUVENIL

Durante el primer trimestre del 2013, la cantidad de menores infractores en el Valle del Cauca, llegó al 40% del total de delitos cometidos en el 2012. Así lo dio a conocer el Defensor Regional del Pueblo, Carlos Hernán Rodríguez, quien se mostró preocupado por la situación de la violencia juvenil en el departamento. Rodríguez participó del conversatorio “Jóvenes, violencia y oportunidades” organizado este lunes por el Diario Occidente. Según indicó el Defensor Regional del Pueblo, Carlos Hernán Rodríguez, “hay un crecimiento desmesurado frente al tema de la violencia juvenil, de acuerdo a la diferente tipología de delitos y lo que estamos viviendo hoy es consecuencia de un desgobierno y la falta de una política clara en educación”. El funcionario dijo que en el Valle del Cauca, la Defensoría del Pueblo atendió 1603 menores durante el año pasado por diversos delitos.

Los datos dados a conocer por la Defensoría del Pueblo indican que los delitos más reiterativos cometidos por los infractores el año pasado fueron: homicidio 85, hurto 72, porte ilegal de armas 529, porte, tráfico o fabricación de estupefacientes la Ley 30 131, tentativa de homicidio 28, violencia intrafamiliar 18. Por otra parte, en el año 2013 de enero a marzo, se han atendido 568 menores infractores, es decir cerca del 40% de lo que atendió el año anterior. “Si a marzo de este año vamos en el 40% del año anterior, eso significa un incremento desmesurado” dijo el Defensor. En este primer trimestre, la entidad tiene los siguientes regis-

tros: Homicidio 21, hurto 194, porte ilegal de armas 199, porte, tráfico o fabricación de estupefacientes 64, tentativa de homicidio 17, violencia intrafamiliar 14, extorsión 6. En lo que va corrido del año la Defensoría ha atendido 568 menores infractores.

Ante el incremento de la delincuencia juvenil, el director regional del Instituto de Bienestar Familiar, John Arley Murillo dijo que la solución no está en adecuar más espacios o construir centros de rehabilitación. Murillo dijo que “desde el Instituto hemos dicho que la solución no es poder ampliar más cupos, lo que le falta a Cali es una política pública de prevención de delincuencia juvenil”. En ese sentido indicó que la inversión no se está haciendo de manera coordinada.

Diario Occidente. Valle del Cauca. 06/05/2013



10

Yo los llevo hasta Cali,
les colaboro hasta
el terminal,
pero de ahí me toca
coger por mi lado

Agrispino Quiñones Preciado





Mi nombre es Agrispino Quiñones Preciado. Nací en 1960... en Tumaco, Nariño, en la vereda Chagüí...salí desplazado de allí el 4 de julio de 2004.

Cuando me sacaron, por la mañana llegaron unos manes ahí, tocaron la puerta y dijeron, que hasta ese día tenía permiso para estar ahí, que tenía que salir y dejar todo, que no podía

sacar nada. Yo le dije a mi esposa:

- “¿Qué vamos a hacer?, ¿nos vamos?”

- “¿Cómo nos vamos a ir y dejar todo aquí tirado?”

- “Pero si es que me andan buscando a mí sin hacerles nada, ¿cómo me puedo quedar yo aquí?”

Esos grupos armados no le perdonan nada a ninguno. Cuando vi a mis hijos llorando y mi hijo el mayor decía que nos fuéramos, ya me dio miedo. Yo no tenía plata, solo tenía unas alhajas de oro que habíamos comprado, mi esposa las tenía...a lo último decidimos, “pues vamos y las empeñamos porque yo no quiero que me maten a mí, de todas maneras si me andan buscando esa gente y sin hacerles nada y que desocupemos, tenemos que irnos”.

Mi esposa no quería, entonces le dije: “si usted se quiere quedar se queda, pero yo me voy con mis dos hijos”. Hasta una sobrina mía que estaba en ese mismo grupo, me dijo “vea tío, yo le digo en silencio. No lo vaya a comentar, váyase porque a usted lo cargan en un listado, yo miré el listado y yo miré que a usted lo nombraron. Váyase, me da pena que a usted lo maten”. Me tenía que ir, no iba a dejar que esa gente me matara. Salimos y le comentamos a una amiga que era caleña y se dedicaba a vender ropa, me dijo:

- “Si es que usted ya le han comentado esos problemas, váyase, de todas maneras esa gente no perdona, de todas maneras lo van a matar”.

- “No tenemos plata Doña Leana”.

- “Yo los llevo hasta Cali, les colaboro hasta el terminal, pero de ahí me toca coger mi lado”.

La señora nos colaboró hasta el terminal de Cali, hasta allí nos dejó. Llegamos al terminal de Cali sin conocer, tres días dormimos por ahí por el terminal con mis hijitos y con mi esposa. Hasta que unos vigilantes nos dijeron que ahí no podíamos permanecer porque eso era

prohibido. Dijeron que teníamos que irnos a unos barrios bajos a ver si nos colaboraban, les dijimos que veníamos de Tumaco, Nariño desplazados por la violencia, pero igual, el señor de la terminal nos dijo que nos fuéramos a un barrio que se llama el Distrito de Aguablanca:

- “Allá hay gente pobre, tienen ranchitos, de pronto les pueden colaborar, yo les colaboro a coger la buseta ahí, ellos lo llevan”.

Ya otro de los vigilantes del terminal nos venía diciendo:

- “Vea mi gente, ustedes aquí no pueden estar, no puede haber gente por aquí, además ustedes son gente que vienen llegando y aquí no pueden permanecer. Hay una parte que se llama Distrito de Aguablanca. Una buseta los lleva derecho y yo le digo al conductor para que los deje ahí, se llama Mojica”.

Así fue, así llegamos a Mojica, llegamos por una entrada en un rancho y así estuvimos como casi una semana. Nosotros llegábamos y saludábamos a la gente y les decíamos que veníamos de tal parte desplazados y que nos habían sacado de allá un grupo armado. Nos dijeron “Vea, la única opción que tienen es que por aquí hay un rancho que está solo. Tóquele la puerta a ver si de pronto les dan permiso a que se metan ahí”. Así fue una señora nos dio permiso de que nos metiéramos y ahí estuvimos casi un año viviendo. Cuando ya una señora que era vecina nos dice:

- “Ustedes por qué no se van allá a una parte que le llaman la UAO”.

No le podemos colaborar.

Llevábamos un año viviendo ahí, con la colaboración de la gente, nos regalaban cositas, la comida, nos ayudaban, nos daban una librita de arroz, la gente de ahí mismo del barriecito. Mi hijo como es avisado le ayudaba a una señorita que vendía unas arepas y ella le daba así. Pa’ qué, nos colaboraban mucho. Ese año no tuvimos empleo pues a uno no lo conocen.

Entonces la señora esa que le digo, me dijo:

- “Váyanse para la UAO, en la UAO es la única parte donde a usted lo pueden ayudar. Yo me comprometo a llevarlos, mañana se acomodan para llevarlos, yo pongo el transporte”.

Eso fue dando la de vueltas en bus, hasta que llegamos allá y la señora llegó y eso estaba lleno. Dijo:

- “Aquí traigo unas personas de Tumaco, Nariño que vienen desplazados, ya llevan tanto tiempito, esa gente está aguantando necesidades, ellos no conocen la ciudad”.

- Y entonces me dijeron: “Vea, aquí no le podemos colaborar, váyase a la Cruz Roja, allá usted habla con estas palabras. Le damos la dirección y llega preguntando”.

En ese tiempo eso era por el barrio El Lido, allá quedaba esa entidad. Y yo me iba preguntando hasta que había gente de buen cariño que me indicaba y así llegamos. Ahí me dijeron:

- “Tres meses le vamos a colaborar, pero usted tiene que declarar, cómo salieron de allá, quién los sacó”.

Yo di la declaración, pero de tres meses para allá no me ayudaban más. Le doy gracias a Dios que esos tres meses nos daban los alimentos y nos daban para que pagáramos el arrendo, noventa mil pesos al mes.

Ya luego empecé a pedirle el favor a amigos que me ayudaran a trabajar, me llevaban algunas veces a la construcción, yo no sabía de eso, pero iba a trabajar. Gracias a dios he sobrevivido en la ciudad. Ya luego, lo que pasó fue que andaban unas personas encuestando, pasaban encuestas y mi esposa les decía:

- “Nosotros no podemos hacer una encuesta, porque esta casita no es de nosotros”.

- “No señora usted se puede encuestar porque usted necesita una vivienda digna”.

- “No señora, nosotros no tenemos dinero para pagar casa, nosotros somos desplazados”.

- “Anótese porque de todas maneras eso no tiene problema”.

Hasta que nos hicieron anotar, ya de ahí nos reubicaron para Potrerogrande hace cinco años. El día que a nosotros nos llamaron allá a la Secretaría de Vivienda, porque ya era el plazo de sacar a toda la gente, nos dijeron que teníamos que desalojar, que nos metían las máquinas y nos tumbaban el rancho y nos dejaban en la calle. Nosotros decíamos: “Pues si quedamos en la calle, quedamos en la calle porque nosotros no tenemos dinero para una vivienda, sino tenemos trabajo”. Pero igual, “Pa’ Potrero se va desplazado y si no lo echamos para la calle”. Al vernos así nos agarraron con una firma, dizque teníamos que firmar para entrar a Potrero, nos llevaron ciegos, ahora tenemos un gran conflicto porque quieren que nosotros les paguemos ese rancho y nosotros de dónde vamos a pagar un rancho si no tenemos dinero para pagar, llegan las cuotas y de dónde, ya tenemos ese compromiso, yo ya tengo mis años, 53, no estoy viejo, pero ya tengo mis años... voy a una empresa

y a mí ya no me dan trabajo, me voy donde el uno y el otro, ya me distinguen y me dicen: “uy amigo ya estamos copados, mañana o pasado lo llamamos”. A veces me llaman para un día de trabajo en el que me pagan 25 mil pesos solo para el sustento de mis hijos y mi familia, pero eso no me alcanza.

En mi familia somos cinco personas, yo tengo tres hijas y un hijo y mi esposa, mi hijo ya tiene esposa también, somos cinco personas que estamos conviviendo ahí. Mire usted, yo fui a la UAO y les pedí el favor me regalaran el transporte para yo irme de la ciudad de Cali, devolverme a mi tierra ¿por qué motivo? Para mí es muy duro que me muera del hambre con mi familia, no le cogemos a ninguna persona nada, no le hacemos daño a ninguna. Y es duro que yo me muera en la ciudad de Cali con mi familia, por no tener un trabajo de dónde yo coger nada, teniendo mi tierra allá. Le voy a contar lo que yo tenía... las escrituras de las tierras mías, de mi papá, eso quedó allá medido. Nosotros teníamos de todo, vivíamos gracias a Dios bien, teníamos tierrita, de todo en la casa.

Mi papá era un hombre, le dicen por allá labradores, él labraba las canoas, él cortaba la madera, sembraba la finca con lo que le llamamos cacao, sembraba las fincas de chocolates, eso por allá se da mucho.

Nosotros somos 14 entre hermanos varones y mujeres. Yo aprendí a trabajar desde que tenía 12 años, nos íbamos con el machete a ayudar a limpiar las fincas. No fui a la escuela, porque en ese tiempo casi no lo mandaban a uno. De mis hermanos creo que como tres firman su nombre, el resto es trabajo, trabajo, y trabajo por ahí. Luego ya fui creciendo y por ahí andaba una pelada que yo había visto hace tiempo y que me había gustado, ella hoy es mi esposa. Empecé a charlarla y dialogaba con ella y dio la coincidencia que me junté con ella y tuve toda mi familia, todos mis hijos, ella es una buena señora a la que le gusta trabajar, por eso aquí en Cali está aburrida y se enoja porque no tiene trabajo. Yo le digo a ella: “no se enoje, usted sabe que tenemos que tener paciencia en la vida. Ya nosotros tenemos varios años encima, para qué nos alteramos, nos aburrimos, tenemos que tener paciencia, del desespero no sacamos nada, tenemos que tener tolerancia, hacer las cosas bien hechas los días que nos quedan”. Eso me llevo yo y por ello le doy gracias a Dios, aunque hemos vivido una situación muy dura.

¡No quiero ver más sangre!

Los grupos armados no los practico porque a mí no me gustaron para nada. Nosotros aprendimos lo de mi papá, él siempre decía que teníamos

que ser honestos y uno debe serlo. Además, mire mi situación, yo he vivido viendo los grupos armados, no he podido vivir en paz, no he podido estar en paz. Por el caso, mire no más, salí de Tumaco por los grupos armados, llegué a la ciudad de Cali al mismo flagelo, escuchar los tiros, muertes, he mirado tantas mortandades. De Mojica me sacaron, del Distrito de Aguablanca me mandaron a Potrerogrande la misma cosa. Llegué a Potrero y eso allá ha sido el infierno, eso matando, robando, atracando, de todo hermano y uno viendo... Por eso ha habido días que me da miedo salir en la mañana, porque una bala perdida lo mata a uno, usted ve los bandidos con el fierro, con las armas. Esa vida yo ya no la deseo para mí, porque nosotros hemos estado pasando por mucho sufrimiento y problemas. Yo ya no quiero ver más sangre, nosotros queremos la paz, todos vivir en paz, que yo salga a la esquina sin temor, que mis hijos salgan a la esquina sin temor, y no con miedo de un tiro, no queremos nada de eso, ¡no más!

A mí lo que más me gustaba era mi trabajo. Cultivaba maiceras, yuqueras, plataneras, marraneras, gallineras, teníamos de todas esas cosas, zapotes, naranjas, papachinas. Había días en los que llegaba gente a mi casa, y decían que no tenían para la comida y nosotros con mi esposa les traíamos plátano o banano.

Yo trabajaba en una arriera hasta los días domingos, cultivando, sembrando y entraba usted a la finca mía y veía el plátano, hasta se dañaba el banano de todo lo que había, pero mire usted todo eso me lo quitaron...de la casa, no alcancé a sacar nada, ni siquiera la planta que había comprado nuevita una 1600. Todo quedó encerrado en la casa, cuando yo salí un grupo armado quedo viviendo allá.

Me sacaron y por eso es que yo le pedí el favor a la UAO que me dieran para el transporte para volver a mi tierra otra vez. Me siento mal en la ciudad sin trabajo y que mis hijos se me fueran a vivir de necesidad. Yo ya estoy en las manos del gobierno y es duro tener toda esta falta de alimentos...yo quiero volver con mi familia, pero me dicen que a los que vuelven los están matando. Me dijeron que teníamos que esperar un tiempo para hacer unos análisis a ver si me puedo ir de nuevo para allá.

Por eso es que estoy pidiéndole a nuestro padre Dios, que nos dirija, nos de sustento. Yo quisiera tener algo de plática, para hablar con mi esposa y con mis hijos e irnos por allá a comprarnos una finca, un lotecito. Por allá lejos donde no tengamos que escuchar tanta muerte, tanto robo. Porque nosotros tenemos que estar libres, sin miedo de salir a la calle.

Es que mire, en Potrero todo es más indiferente. La mayoría de los que estamos viviendo allí somos personas de bajos recursos, hay personas que en el día no montan la olla. Somos personas que no tenemos ningún trabajo, no tenemos nada. Si dice: “tenemos tres libras de arroz y voy a compartir con el vecino” a veces no le alcanza, con cuatro o cinco hijos. En Mojica siempre, puedo decirle, que había hasta más unión en los vecinos. Había personas que cuando uno decía: “Vecino ya desayunó” “No, todavía no he montado una aguapanela” compartían, había más unión.

Lo otro es que en Mojica nunca se metieron conmigo, ¿para qué? además yo soy una persona que no me meto con la gente, si me hablan bien, si me saludan bien y gracias a Dios que soy una persona negro, moreno, pero soy educado. Gracias a Dios que ninguna persona abusa de uno. Pero en Potrero hay una violencia muy berraca. Hace unos días entre bandas, ahí frentecito a mi rancho, me tocó ver a unos pelados que llegaban corriendo y prum se meten a mi casa, entonces el hijo mío está hacia abajo, cuando me dice:

- “Papi, que se metió un man acá adentro”

- “¿Dónde está?”

Cuando lo vimos que se metió por allá atrás y alzó la tapia y por ahí se voló. Entró armado y me asusté; cuando en ese momentico veo que viene una tropa, como veinte más, que túmbele la puerta y dele patadas a la puerta, hasta que yo ya asustado me paré en la puerta y les dije:

- “Muchachos, ¿qué pasa con ustedes, qué van a hacer?”

- “Le vamos a tumbar la puerta porque aquí entró un man”

- “Muchachos, pero yo no tengo la culpa que el pelado se haya metido aquí”.

La puerta me la dañaron toda, no son muy seguras y me la dañaron. Llegó la policía y si la policía no hubiera llegado en ese momento, cuál sería la vida de nosotros. Nos habrían matado en la casa. Uno bien sano y vienen a abusar de uno, hasta tumbarle la puerta. Eso es un conflicto. Uno no puede dejar la puertica abierta porque cuando menos piense se le meten a la casa y luego vienen del otro grupo a tumbarle la puerta.

Mi hijo tiene 19 años, Jesús. Él está trabajando en una de esas Container, descargando carros, pero a mí me da miedo por mi hijo, pues a

veces sale a la una de la mañana a trabajar. Mi otra hija, la mayor ya tiene 22 años y la otra tiene 20. Ellas ya son madres de familia y cada una vive independiente, cada una tiene su ranchito. En Potrero tengo la mayor, que le dieron casita en Mojica, en la 81 tengo la otra hija... ahí sobreviven.

Mi hijo ya no me atendía.

Mi hijo el que murió, quedó como un ejemplo para el que le sigue. Es que a mí me mataron un hijo, cuando él otro vio la situación del hermano y sufriendo así, dijo:

- “Yo no tengo cuándo hacerles caso a las bandas ni a los conflictos, aquí no hay nada, aquí hay muerte y guerras”.

Mi hijo se me dañó, el mayor de los varones, porque cuando yo llegué al Distrito de Aguablanca él se dejó llevar de unos amiguitos, mi hijo empezó a fumar vicio, y empezó a dañarse y ya no me atendía, cuando llegaron los problemas. Lo llevaron a la cárcel del Vallado, dos, tres días y lo largaban. Venía a la casa y yo lo aconsejaba y no me hacía caso.

Un buen día mi hijo estaba tomando ahí en un bailadero que le llamábamos ‘La Resbalosa’, sentado con otros amigos cuando pasa el enemigo cuando dice:

- “Ve, ¿ese que está sentado no es Wilmer?”

- “Sí”

- “Ya vengo, me voy a la casa voy a traer mi fierro porque voy a matar a Wilmer”

Dizque le dice un amigo: “No, dejá ese pelado quieto”, mire cómo es la vida, llegó el man que escuchó y vino y le dijo a mi hijo y pues mi hijo se salió del bailadero y en la furrusca le quitó la vida. Tuve tres meses encerrado que no podía salir con mi esposa y mis hijos, yo no podía salir a la calle porque me decían:

- “Si usted sale lo van a matar a usted, le van a matar los hijos, le matan la mujer”.

Yo pasé por una vida le digo... solamente Dios lo sabe, no podía salir a hacer nada. Los buenos vecinos me traían para la libra y me decían que no saliera de mi casa. Todo pasó, pasó el tiempo, entonces le dije a mi esposa:

- “Voy a ir a trabajar porque no tenemos nada para la comidita”

- “¿Para dónde se va a ir?”

- “Un cuñado me va a llevar a trabajar”.

Así fue, mi cuñado me llevó a la finca para que trabajara unos díitas, para mandar plata, así fue... me fui con el hombre, esa finca fue para los lados del Cauca, le dije a mi esposa “llámeme a mi hijo porque yo quiero despedirme de él y quiero aconsejarlo”. Lo llamó y le dije “siénteseme ahí porque yo necesito hablar con usted, ya me voy a trabajar. Wilmer, yo me voy a ir a trabajar, no salgas a la calle, quedáte en tu casa, yo voy a mandar de allá para la comidita, porque usted sabe que usted tiene ese problema de ese pelado al que usted le quitó la vida y por eso lo andan buscando, no salga de su casa”, me dijo: “Papi, yo no voy a salir”. Me despedí y me fui, cuando al mes completico, llamaba y no me contestaban, entonces decidí llamar a una sobrina de mi mujer, le pregunte:

- “¿Cómo está mi gente? Hágame el favor y me cuenta de mis hijos y de mi mujer”

Inmediatamente me contó que a mi esposa le robaron el teléfono, que venía subiendo del Carlos Holmes y la agarraron unos manes y le pegaron, pero eso era lo de menos, lo más grave era que mi hijo estaba abaleado.

- “A Wilmer le pegaron unos tiros y está grave en el Departamental, mi tía Gloria necesita que se venga porque ese muchacho está muy mal”.

En ese momento no me habían pagado, andaba sin plata, les dije a unos amigos, me dijeron que me iban a regalar para el transporte para poder ver mi hijo. Arranqué para Cali y me encontré con que le pegaron unos tiros aquí en la columna, otro acá y otro por aquí. Estaba en cuidados intensivos, no se levantaba, tenía muerto de aquí para abajo y bueno yo llegué llorando y de todo, de ver a mi hijo penando por un año, no se pudo salvar, le habían envenenado los tiros, tenían cianuro o yo no sé qué cosa. Este es el tiempo que está cumpliendo tres años de muerto.

Para mí, Cali es una ciudad buena por una parte. El problema son los conflictos que se forman entre bandas, bandas que viven por ejemplo en cuatro esquinas y no dejan pasar al otro lado, porque si pasa de una

zona a otra le quitan la vida. Ese es el problema que tienen los muchachos y es una contradicción, una guerra, yo no encuentro el por qué no pueden unirse, todos somos hermanos y somos personas, todos merecemos un respeto. Sí nos podemos unir todos como hermanos, el uno respetando al otro, pero ese odio, yo no me imagino por qué pelean, por una cosa que no tiene utilidad, no tiene validez, no queremos más ver eso, queremos es la paz. ¡Que haya paz!

La guerra en todas partes.

Mire, por ejemplo en el tiempo que yo viví en Tumaco, Nariño era bueno, pero ya por este tiempo con esa violencia todo está más difícil. Si me voy a Tumaco yo sé que en Tumaco está la guerra, si me vengo acá... si me quedo en Cali también está la guerra, si me voy a Buenaventura está la guerra, entonces solo queda pedirle al todopoderoso, pedirle solamente a Dios que nos cambie, nos colabore y ayude a que terminemos este odio, ya que lo que queremos es la paz.

Yo creo que el conflicto de los muchachos va creciendo en los vicios, los muchachos empiezan a meter eso, empiezan a creerse altaneros y cogen un arma, van formando sus conflictos, porque la drogadicción es la que les da el empuje, les da el coraje para buscarse los problemas con los amiguitos, ya no tienen compasión, si está por ahí un mayor de edad ya no respetan.

Por eso yo voy a la iglesia porque la iglesia cambia a la gente, uno va a la iglesia y le digo que tenemos un cambio, porque tenemos un temor de Dios y no podemos a ninguna persona hacerle daño. Mire, es que uno por acá no piensa sino en allá, porque la comida no nos faltaba. Comíamos conejos, chuchas, venados, animales de campo o camarones. Vivíamos sabroso entre familias y vecinos. Por eso es que me puse a pensar en devolverme otra vez a mi tierra, sobre todo por los alimentos, aquí en la ciudad de Cali si uno no tiene una moneda no lo compra, uno aguanta hambre, porque uno dice “hoy no tenemos para el almuerzo, ¿qué hacemos?”. Si uno va donde un vecino a que le regale una libra de arroz, hay vecinos que no le abren a uno ni la puerta, entonces siempre tenemos un sufrimiento y si uno no come el cuerpo se va acabando y uno no está enseñado a hacerle maldades a ninguna persona, entonces hay que aguantar, decirle “Señor, bendíceme, padre Dios guárdame”. Cuando uno va a salir a la calle primero que todo hacer la oración “Señor, voy a salir, guárdame de todos los enemigos, guárdame de una bala perdida” y salir a la calle.

Ahora estoy esperando saber que dice la Defensoría del Pueblo de mi caso, pues me dijeron que eso va despacio, que ese proceso se demora, que el gobierno no reconoce las tierras, pero que hay que esperar, mientras eso pasa le pido a Dios, que nos cambie, que nos enseñe a hacer el bien, porque si nos tiran una piedra no podemos responder con la misma piedra.



Noticia:

POTREROGRANDE APUESTA POR LA CONVIVENCIA CON PROGRAMAS DE DERECHOS HUMANOS

La creación de una Casa de los Derechos Humanos y la implementación de un programa de fútbol con jóvenes del barrio son las apuestas de la Federación Nacional de Personeros, la Personería Municipal, Unicef, el Gobierno de Noruega y la embajada de Suecia, entre otros, para combatir los efectos de la violencia en las calles de Potrero grande.

El anuncio se dio el lunes durante la visita de una comisión de las Naciones Unidas y la Personería de Cali, que realizaron una encuesta para determinar las condiciones de hacinamiento, supervisar los derechos de los niños y revisar la estructura de las viviendas de la urbanización.

Una de las estrategias a desarrollar será ‘Golombiao’, un programa que utiliza el deporte, el juego y la recreación para el fortalecimiento de entornos protectores para los niños y jóvenes, que aseguren su desarrollo, mediante la promoción de la convivencia, la participación y la equidad de género.

“La idea es que a través de este programa se cree una convivencia pacífica entre los jóvenes de esta zona de la ciudad, a través de la conformación de equipos mixtos de fútbol”, dijo el director ejecutivo de la Federación Nacional de Personeros, Camilo Fonseca.

Por su parte, Washington Alomía, presidente de la Junta de Acción Comunal de Potrerogrande, señaló que “aquí se necesitan espacios que sean significativos para la población. Necesitamos centros de formación deportiva multimodal, para que a través del deporte se pueda atraer a los jóvenes y se les dé un enfoque profesional”. Entre tanto, la Casa de los Derechos Humanos que se instalaría en este barrio tendría como función ser el centro de recepción de denuncias de violaciones de derechos de las personas de Potrerogrande. Ante esto, Fanny Grueso, habitante de Potrerogrande, advirtió que “ojalá esa estrategia sirva para combatir las problemáticas de este barrio”.

Según Fonseca, estos proyectos se empezarían a desarrollar entre julio y agosto de este año y contarían con una inversión que ronda los \$150 millones. Por otra parte, el miembro de Fenalper señaló que en la zona hay una carencia de atención social para la comunidad. “No se identifican programas sociales en el proceso de reubicación, que no solamente es poner a la gente en una casa sino que eso implica una serie de variables que le permitan a las personas desarrollarse. Hacen falta escenarios de empleabilidad y emprendimiento”, reclamó.

Diario El País. Cali. 27/05/2014

“Si se piden sacrificios, los que más ganan deben dar ejemplo”

El plan contra el cáncer fija tiempos de espera máximos en tratamientos y pruebas



||

“Pueblo a levantarse
que llegó la leche”

Clemente Valencia: “El heredero”





Yo soy el heredero de muchas cosas, cosas positivas y negativas. Tengo 41 años los cumplí el tres de septiembre. Cuando yo nací vivíamos en el barrio Siete de Agosto, en la casa de una familiar tía de nosotros. Cuando se hizo la invasión que hoy es Puerto Nuevo, Brisas del Cauca, una parte del Jarillón en la comuna 7, mi mamá decidió irse a invadir. De los 41 años que tengo, 37 los he vivido en ese asentamiento. Nos llevaron muy pequeñitos, mi papá no estaba. Mi papá es del bajo San Juan, de un punto llamado Negría en el Medio San Juan chocono. Mi mamá es de la costa pacífica, del Chocó.

Yo recuerdo la invasión de Brisas del Cauca en mi infancia, es un recuerdo dramático porque salimos de donde vivíamos -sí alcanzo a recordar bien - con la policía tumbando los ranchos que se estaban levantando, incendiándolos, como digo era una invasión. La invasión se hizo guerreándola y con la tenacidad de no desistir por tener una vivienda digna en zona de alto riesgo. Llegaba la policía, les teníamos pavor, los hombres eran los judicializados, papá tenía que tirarse pa'l otro lado del río pa' que no lo metieran a la cárcel, solo tocaban a los hombres, a las mujeres y los niños los dejaban allí, entonces prácticamente esto se hizo fue por las mujeres, ellas eran quienes se quedaban ahí levantando todo. Así se conformó Brisas del Cauca.

Recuerdo a Brisas con calles sin pavimentar, jugando en el polvo, jugando con piedras, arrancándose las uñas, obviamente con bastantes necesidades. Recuerdo las comidas que nos daban, sopita, coladas, recuerdo también que me levantaban a ir a estudiar, lloraba mucho porque me tenía que ir a bañar. Entré a una escuela en López a hacer la primaria, recuerdo haber estado apenas un mes porque la profesora me dio un reglazo, yo agaché la cara y levanté la mirada, como mis compañeros se estaban riendo, recogí los cuadernos y me subí al Jarillón y comencé a tirarle piedras a los vidrios, simplemente por eso, porque se estaban riendo, entonces por eso exploté, me daba miedo que mi papá me pegara pero no volví más. A los siete u ocho años, pasé a la escuela pública de Puerto Mallarino y estuve solo tres meses, le cuento que si hubiera seguido la cosa sería diferente, a veces me lamento haberme quedado sin papá muy temprano, de pronto me hubiera apoyado más, él era maestro de cocina. Mi mamá no sabía leer por eso yo no le echo la culpa a ella, porque hizo lo que pudo para seguirme dando el estudio;

lo que pasa es que yo era muy rebelde, peleaba mucho con mis compañeros, eso llevó a que me suspendieran. Es todo lo que recuerdo de haber estudiado, salí leyendo y deletreando, volví a estudiar solo hasta los 22 años que salí del ejército a terminar la primaria, el bachillerato y hacer una carrera técnica.

Recuerdo los juegos las caparrosas. Se le dice caparrosas cuando el río viene turbio y se pueden ver los peces flotando, es en época de verano, en la playa del río hay un punto casi llegando la carrilera donde se atraviesa caminando porque el agua no alcanza a cubrirlo a uno. Todos los días cruzábamos el río Cauca unas diez o quince veces, con mi hermano jugábamos a la orilla del río, a la guerra, a las emboscadas, nos untábamos de barro como en las películas. Recuerdo un día en el río, mi papá estaba pescando y nos dijo que no nos arrimáramos a la orilla, pero mi hermano lo hizo y se fue agua abajo, yo le avisé a mi papá y se vino -él ya estaba inválido, a él le dio trombosis-, mandó la mano, luego de dos intentos alcanzó a cogerlo, lo sacó.

¡Yo era muy rebelde!

No me explico mi temperamento. Yo no me considero malo, pero desde que estaba pequeño he tenido un temperamento difícil, por ejemplo cuando terminábamos de comer yo me quedaba mirando a mis hermanos y les pateaba el plato. Mi papá era bien jodido, entonces me pegaba fuerte y mi mamá me defendía, él decía: “yo no le voy a pegar más, pero éste muchacho te va a hacer llorar”.

Mi papá fallece, le repitió la trombosis. Ya sin mi papá a mi mamá le tocaba irse a rebuscar lo del diario, batallando de ahí para allá, entonces quedábamos a la deriva, todos. De esa manera me fui levantando.

De mi mamá aprendí los valores, lo que es la ética y el respeto hacia lo ajeno, hacia los mayores y hacia lo más diverso. Yo le doy gracias a Dios que estoy vivo porque a mí me castigaron, me disciplinaron.

Sobre la Cali de antes recuerdo que todo lo que es hoy parte del Distrito de Aguablanca, la Comuna 21 y pasando el río Cauca hacia los lados de Juanchito estaban sembrados de millo, soya y maíz.

Cuando yo tenía 12 años mi tío me llevó a trabajar a lo que es ahora Floralia, en el año 85, al escondido porque yo era un menor. Mi tío fue un apoyo para mi mamá luego de la muerte de mi padre (mi tío ahora está muerto, lo mataron en Buenaventura) él era una “bestia” trabajando la construcción. Ahí me hice, así pasábamos los días, a veces nos

teníamos que acostar sin comer. Trabajaba para ayudarle a mi mamá, nos tocaba irnos para la galería de López, que hoy se está acabando y me da nostalgia porque esa galería también nos ayudó a criar. Allí trabajaba cuidando carros, me tocaba pelear con los demás muchachos para tratar de sobrevivir porque el más grande siempre se aprovecha del más pequeño, pero yo nunca me dejé, fui ganando terreno para cuidar las motos. Mi otro hermano trabajaba vendiendo yerbas, mi hermana la mayor trabajaba lavando platos en un puesto de comida -Doña Zenayda- y así, todos nos dedicamos a trabajar.

Yo me escapaba de mi casa porque mi mamá me castigaba; yo era muy rebelde, dañaba las tejas de barro lanzándoles piedras, eso me llevó a dormir en la calle, pidiendo plata en el centro. Había un lugar de paso, se llamaba Bosconia en San Nicolás, donde el padre Nicolás, era un lugar de paso, allí daban desayuno y almuerzo y permitían que uno se bañara, nos llevaban a campamentos, allí se podía estar solo hasta el mediodía, el que se portaba bien pasaba a Marcelino, por eso intentaba portarme bien, para poder estudiar.

Cuando tenía 10 y 11 años el M-19 llegó al sector. Recuerdo que decían: “Pueblo a levantarse que llegó la leche”, y yo decía ¿y ellos por qué reparten leche? Siempre lo hacían en la noche y armados. Esas fueron las únicas veces que tomábamos leche porque nos la regalaba el M-19. Eso me fue inquietando e interesando, me preguntaba ¿ellos por qué hacen eso?, ¿quiénes son? ¿por qué son tan buenos? Venían con las mulas, con carros de arroz, con mercados, era constante. Con la edad que tenía puedo decir que era un campanero de ellos, tenían niños para darles aviso, tirábamos tachuelas, incendiábamos los buses y salíamos de allí a meternos a la cama asustados. Tiempo después de mi paso por el ejército comprendí que nos estaban reclutando, nos decían:

- “Atención, firmes, alinear, vista al frente, cubrir”.

A la edad que tenía fui parte activa del movimiento M-19. Luego este grupo se fue del territorio por asedio de las fuerzas del Estado, entonces nosotros seguimos con nuestra vida.

La vida en la pandilla...

Yo volví a “gaminar” en el centro, yo de pequeño era rebelde. Las peleas eran constantes, si yo no peleaba siete u ocho veces en el día era porque estaba enfermo, con mis compañeros, a la mano limpia o con piedras. Era muy activo. A los 14 años ingresé a las pandillas juveniles.

A la pandilla le llamamos ‘Los chicos del Bronx’, también estaban ‘La legión del mal’, le llamaban así por los Super Amigos, que eran abundantes, eran bastantes, eran los que estaban en la Esquina del Movimiento, y nosotros por acá teníamos nuestro parche, no pasábamos de los quince muchachos. Me involucré en esto por un compañero de crianza que había sido apuñaleado. Yo relaciono el pandillaje en los 80 con el Break Dance, con el movimiento de las pandillas, porque se daban peleas por el que mejor bailaba. Recuerdo que unos compañeros del barrio iban a Puerto Nuevo, a bailar con las grabadoras, a quemarse (bailar bien) bailando break dance a San Marino, en ese tiempo se podía, no había barreras invisibles, entonces a las muchachas del barrio vecino les gustaban esos jóvenes de 17, 18 y 19 años que bailaban más que los de su propio barrio, por eso los que vivían ahí se enrronchaban y buscaban pelea. A los visitantes les tocaba salir corriendo, a veces sin grabadora.

Los muchachos se la montaban a los pelados si llegaban de otro lado tenían que pagar un impuesto de 500 pesos para pasar, si tenían navajitas o peines se los quitaban. Así empezaron las fronteras y las pandillas porque los pelados luego decidían volver a buscar a los que azaraban. Eran peleas de 500 que llenaban la calle tirándose rocas, cuando salieron de moda los “chacos”, se peleaba con ellos.

Yo siempre defendía a los que no podían, aprendí a no buscar pero si me buscaban, ahí me encontraban. En estos ‘aleteos’ como nosotros lo llamábamos, entro a hacer parte por un amigo, por no dejarlo solo, el compañero hoy es finado -que en paz descanse-, era como un hermano. De esa manera entre a ser parte activa de la pandilla juvenil, tirando piedra, con muy buena puntería, escondiéndome y siempre haciendo estragos.

Siguió pasando el tiempo, queríamos organizar el grupo -nosotros éramos dos, pero había otros que querían entrar-. Siempre he sido consciente que yo me meto en el vicio solo y no arrastro a nadie, porque si un pelado me decía que quería entrar, yo le decía que no, porque si le pasaba algo parecía que yo lo induje a eso. Entraban bajo su responsabilidad, así formamos los quince, éramos los más pequeños, a diferencia de los de Puerto Mallarino y Puerto Nuevo que eran unas galladas inmensas, pero teníamos una particularidad, éramos muy parados en la raya, hacíamos estragos y siempre con tácticas de llegada, escondidos, una táctica que yo siempre montaba. Peleábamos para marcar territorio. Así nacieron las pandillas juveniles en Cali. Recuerdo que en una pelea a un muchacho lo dejaron como a un colador, Mosquito le

decían a él, en ese tropel se cogían los de la primera de Alfonso López con San Marino, los de Patio Quinto que era al frente del hospital con los de San Marino. Esas peleas eran bravas.

Yo sacaba a pelear a los que venía a “aletiar”, entonces yo decía “voy por el más parado, por la cabeza” cañando, ganando reconocimiento, buscaba al que era el más bravo... “vamos a pararnos los dos,” pero yo temblando. Peleábamos a cuchillo, nosotros lo practicábamos con peine, nos entrenábamos con palos, con peines de chuzos, de esos de pasta y también de metal. Y así empecé a pelear.

Siempre que iba a cascar al contendor me tocaba bajarlo pa’ no decir, “ahí le di”. Eso me llevaba a pensar “¿qué estoy haciendo?” Le pegaba un puño –porque sí pegaba duro-, o un cabezazo, pero no los hería. Fui cogiendo fama y sin matar a nadie, había meses que me calmaba pues no quería problemas con la policía. Mi fama era por la fiereza en las peleas. Una vez me encontré con James Quiroga, finado también, comandaba la pandilla en ese tiempo, la 18 ahí mismo en el 7 de agosto. Me quedaba aterrado porque él se asombraba de mí, yo solo con cuchillo y el con una repetidora, ya se había echado encima a dos policías. Todo era cuestión de fama.

Así fueron los tiempos de la pandilla, ver morir compañeros del combo peleando. Cosas que me van dejando marcado para siempre, hasta ahora. A mí me tocó verle las tripas a mi compañero y el mismo que lo apuñaleó pasarle la camisa, del mismo combo, por la intolerancia, éramos unos adolescentes. Pero no voy a dejar de decir a lo que yo le debo el cambio, a Dios primero, mi mamá y la lectura. Mi mamá sufrió mucho, ella siempre decía:

–“Yo he hecho lo posible por traerles la comidita aquí, el día que ustedes vayan a robar, me matan, mátenme mejor que yo quedo más contenta que verlos a ustedes robando”.

Si llegaba con algo a la casa me decía “¿qué llevás allí?”, siempre, siempre pendiente, me sentaba a la orilla del río Cauca a reflexionar sobre lo que había pasado en el día a hacer un balance de lo bueno y lo malo.

Pero no todo fue pelea, a la edad de 14 años me gustó una niña que llegó al barrio, coincidió con la canción “la chica de los ojos cafés” que salió en los años 80 con Renato, desde Panamá, ella tenía los ojos de ese color. Yo era muy tímido para las muchachas, las novias son contadas, yo les tiraba piedritas.

- “¿Quién fue el hp que tiró piedras?”

- “¿Usted me vio a mí? Me confundió, es que somos tres”.

No sabía cómo entablar relación con las niñas. Ella tenía 13 años y yo 15, tuvimos un noviazgo y siempre la respeté, nunca la toqué para no perder el cariño hacia ella, todo fue sano. Vivía enseguida de y se quedaba mirando cuando yo llegaba a la casa, me mandaba saludos con mi hermano, pasamos juntos un año.

Después tuve una relación con una muchacha que me cautivó porque fue militante militante activa del M-19, fue prácticamente la primera vez que me enamoré de alguien. Yo tengo con ella una niña de 22 años, yo era aún adolescente en esa época; luego terminamos, ella se fue para el Llano y perdimos contacto. Mi hija tenía un añito cuando me fui a buscar la libreta para trabajar. Para mí lo de la niña fue un lugar muy duro. Mi mamá sí me había dicho lo de la responsabilidad, mi papá nunca fue irresponsable, nunca nos dejó tirados a nosotros, se murió sí muy temprano y nos dejó solos porque Dios se lo quiso llevar. Otra experiencia fue la que tuve antes de irme para el ejército con una muchacha conocida de la casa, yo tenía 17 años, ella tenía 23 o 24 años, tenía dos niños, me mandó saludos con mi hermano, era de Toro, Valle, era muy hermosa.

Prestando el servicio militar.

A los 17 años decidí que debía cambiar muchos aspectos de mi vida. Ya estaba listo para irme para el ejército, porque yo me dije tengo tres posibilidades, una cárcel, que me maten o que me vaya para el ejército, y decidí muy temprano... paré toda actividad para irme para la milicia, para el ejército. Hasta ahí fue mi periodo en las pandillas. Me fui para la policía militar porque dije que no quería estar en la ciudad, entonces me fui a tirar monte, a tirar selva, paré en el Huila.

Me fui para el ejército con idea de entrenar boxeo allá, porque a los 15 años yo había entrenado boxeo en López y en el gimnasio de El Pueblo y me iba muy bien a pesar de no ser profesional. Yo sabía que podía entrenar boxeo en el ejército, me habían documentado que había rines y apoyaban a los soldados deportistas. Pero resultó fue en una base de patrullaje en Pitalito, Huila... si hubiera sabido eso me hubiera quedado en la policía militar en la ciudad. Me dediqué todo el tiempo a patrullar, gracias a Dios no me tocó combates sino hostigamientos.

Después del ejército llegué hecho todo un señor, eso me dijo Doña Eva, una señora chocona ya finada que hacía unos pasteles de maduro,

naranja y banano muy ricos. Yo le Dije que “el ejército te cambia o te putea”. Yo comprendí el valor de las cosas, de la familia, de la comida, aprendí a ser un señor. La gente vio el cambio, un cambio extremo.

Antes de irme traté de cambiar las cosas, no quería que fueran a seguir mis pasos. Los muchachos me cuestionaban el por qué yo hacía cosas y ellos no podían, eso me hizo reflexionar y pensar que debía dar ejemplo; fue a raíz de eso que comencé a trabajar en actividades, me metí en deportes.

Cuando llegué del ejército me encontré con otra generación de muchachos que no era la misma, de respeto hacia la gente, hacia las propiedades, los que vivían en el entorno. Encontré a los pelados dañados, en especial a uno que le decían “Satanás”; encontré pelados armados, se formó una milicia en ese tiempo, la milicia de Puerto Nuevo, que dejó muchos muertos. Entonces encuentro el cambio en el barrio, ya se estaban metiendo con la gente de ahí, porque él que hace daño en el barrio es como hacer daño en la casa. Yo hablo con los muchachos y yo siempre les digo: “vos salís a atracar aquí en la esquina, a la avenida, si herís a alguien es como herir a alguien de tu familia”. Yo salí del ejército a trabajar, fue una promesa que me hice a mí mismo en el ejército, me arrodillé y le pedí a Dios que fuera parte del ejemplo, que me hiciera parte para que los muchachos no siguieran cayendo más por donde yo pasé. Y de ahí hasta ahora.

Yo me consideraba un líder, primero fue en los comités deportivos, en el comité de jóvenes. Empecé actividades para buscar oportunidades para estos muchachos de Puerto Nuevo, también con la idea que los adultos, los padres hicieran parte del cambio. Yo les decía “no sean parte del degeneramiento de los muchachos, alcahueteándoles, hay que ayudarlos a buscar la forma de trabajar, porque hay muchachos de quince años ya con un hijo, busquemos oportunidades para que ellos no nos volteen el barrio y que se puedan recuperar y coger un rumbo. Yo hablo por historias vividas”. Conformamos un grupo de personas entre padres de familia, era más llevado a que no fueran a imponer el revólver, porque revólver tiene todo el mundo, tampoco la idea era formar un grupo de limpieza social, yo nunca estuve en eso, porque esa fue una experiencia que otros propusieron, que había que encapucharse, pero yo les dije que de eso me retiraba, porque eso no es una solución, eso estaba muy alejado de lo que yo quería porque eso también dejó muertos.

Había que seguir el trabajo con los pelados, con respeto, con ellos siempre he sido claro. A los muchachos hay que hablarles claro, con

experiencias de vida, con consejos, para que no vayan a pasar por lo que uno pasó. Algunos escuchan, contaditos por ahí, lo malo se desecha y lo bueno se acoge.

De Puerto Nuevo, el asentamiento de dónde vengo, recuerdo que la carrilera se inundaba, toda la tira de la vía férrea hasta el puente de Juanchito, la mitad no se inundaba y la otra mitad sí. Puerto Nuevo es más antiguo tiene escrituras, Brisas del Cauca es un asentamiento, fue el lugar donde nosotros invadimos. Recuerdo que llegó un señor de los Domínguez diciendo que eso estaba en pleito con el municipio, en ese momento nos estuvo ofreciendo que pagáramos como nosotros pudiéramos. Yo decía que negociáramos, teníamos problemas con ese terreno porque está a treinta metros del río, en el área de protección. Éramos conscientes que estábamos en una zona de alto riesgo, una zona que lleva cuarenta años ahí, eso no es de ahora.

De Puerto Nuevo a Potrero grande.

El inicio del proceso de mi cambio hacia acá, a Potrero grande, fue en el 2007. Teníamos servicios públicos, teníamos energía. Yo le dije una vez a la Secretaría de Vivienda: “lo que pasa es que aquí en cada asentamiento fue diferente la forma de abandonarnos”. Inclusive me retiré de la junta por diferencias con la presidenta de ese tiempo, yo le dije: “vamos a negociar la salida de nosotros de aquí, acuérdesse que este es un barrio con tantos años, que también nosotros hemos invertido”. Todo eso se desconoció de plano, salieron personas que entregaron sus casas, que no estaban pagando para ir a pasar necesidades, no se tuvo en cuenta al adulto mayor, ni a las madres cabeza de familia, ni a las personas con capacidades diferentes. El que es inquilino aquí paga sin ningún problema, pero no fue así para todos. De allí salimos fue por reubicación, si usted se pone a revisar en el 2007, 2008, que fue la época de inundación, salimos a reubicación por emergencia social a causa de la ola invernal. Las cosas se apuraron para podernos sacar, con la promesa de reubicarnos, a los que estaban en inquilinato se les dijo que empezaran a pagar, hasta donde sé con los dueños de casas era otra negociación. Se hizo el censo, comenzaron a sacar dueños de las casas a ellos les decían que no tenían problema, que allá no les iban a cobrar, cosa que fue errada. Es ahí donde digo que hay engaño, hubo fallas, muchas irregularidades en la reubicación, tal como lo reconoció en una reunión la Secretaría de Vivienda de esa época.

Solo una parte de las personas se pasó de Puerto Nuevo a Potrero grande, porque muchos de los dueños de sus casas, los originarios,

siguen allá. Menos de la mitad de las personas que son originarias se vinieron a Potrero con esas promesas, incluso hay gente que le ha tocado volverse a sus casas, porque el costo de vida es diferente y por la violencia que se generó en Potrerogrande. Yo le calculo, que del pedazo donde yo vivía, unas mil familias salimos de esa zona. Los que salimos de allí estamos, en especial, en el sector 5 y 7, unos cuantos quedaron “chispiaditos”, por el sector 6 están los de la playita concentrados. Fíjese que perjudicaron a muchos porque cuando nos iban a reubicar se pidió que nos pusieran en el mismo lugar a los que ya vivíamos juntos, pero no lo tuvieron en cuenta, por eso son muchos de los problemas, juntaron gente que no se conocía o que venían con conflictos territoriales previamente, porque mire el sector 5 y el 7 no está en guerra porque somos conocidos, pero sí hay problemas con los del sector 2 que son de otro asentamiento. Si hubieran hecho eso hubiera funcionado de mejor manera, no digo que no fuese a pasar algo pero restringe más para que una persona tome una acción con otra que no conoce. No lo tuvieron en cuenta, nos tiraron a que nos matáramos.

En Potrerogrande ha habido es desprecio por las personas de bajos recursos, es un desprecio total de las entidades gubernamentales. No se puede negar que es un barrio muy bonito, con buenas vías, pero yo hubiera preferido que eso no lo hubieran hecho de esa manera... se debió trabajar previamente con las familias. Eso es lo que conlleva a la violencia, a no vivir en paz, mi relato no se aleja a lo que está pasando ahoritica con otra gente diferente, familias con problemas de toda índole, y esa parte, la parte humana no se ve reflejada allí, porque sabían que veníamos con problemas de drogadicción, de pandillaje, de homicidios, de violencia intrafamiliar y nunca eso fue un indicador de cómo teníamos que llegar allí para vivir en comunidad. Eso es lo que genera problemas, nunca se atacó desde adentro, desde los hogares.

Un factor detonante -digamos que hay gasolina y se tira un fósforo-, son las bandas criminales. Ese es el factor en donde estalla la problemática, se recrudece, estos sitios así son caldo de cultivo para que entren las bandas criminales a accionar y se incrementan en todos los sectores con oficinas de cobro.

Es difícil porque se meten con los líderes, es difícil desarrollar los trabajos, porque es que esta gente ve que uno hace algo para que los pelados no se metan en el cuento, hay muchas armas, mucho control.

Ya no va a ser fácil jalarme a los muchachos a jugar fútbol o meterlos en proyecto productivo para ayudar a su mamá, como pasó en Puerto Nuevo con CORJUCALI (Corporación de Jóvenes Trabajando por Cali), eso fue efectivo en su inicio, trabajando con jóvenes en al riesgo, uno no puede dejar nunca que le cambien esa idea. Estas bandas son las que reclutan menores para las vueltas, para los asesinatos, eso es lo que nos dispara la problemática de tantos muertos en el barrio, los ajustes de cuenta. A su vez el peladito se siente ya amparado, ya marcando territorio, por eso es que el barrio apenas estaba iniciando y ya se escuchaba plomo con armas sofisticadas. Eso es lo que revienta la problemática.

Pero yo insisto, Potrero grande fue un engaño porque no se fue claro con todas las personas y con todos los asentamientos en cuanto al pago de las viviendas. Es un engaño porque sacaron un problema de un sitio y lo fueron a tirar a otro, con el aliciente de “mátense acá”, como las culebras bravas, nacen diez y queda una, así pasa. Las culebras venenosas se matan entre ellas, así nos tiraron allá. Ese es mi punto de vista, hasta que no se entre a trabajar como se debe las cosas no van a cambiar, porque ahí todos sabemos que hay muchos hogares descuidados, los padres tratando de rebuscarse para el diario y los muchachos en las drogas.

Es un engaño porque nos dejan a la suerte, eso a mí me provoca “algo” en el pecho. Así las casas salgan gratis, lo que tenemos es que comenzar a cambiar desde adentro y más aún cuando estamos ad portas de un proceso de paz. Paz es eso, empezar a pacificar los hogares.

¡No necesitamos represión!

Las familias necesitan oportunidades reales de superación, la gambeta que se le hace a la pobreza está en abrir las puertas a la educación a las personas que no tenemos acceso a ella. El quite a la violencia y a la construcción de la paz está en personas educadas, que el Estado invierta en la educación y en la generación de ingresos. Algo que noto mucho en el barrio es que las niñas se prostituyen, los muchachos cogen lucha porque los padres no tienen empleo, la mayoría de ellos trabajan en las ventas ambulantes. Se necesita presencia estatal, no necesitamos la represión. La represión es lo primero que está allá, no es lo que estamos buscando nosotros y no es lo que debe de hacer el Estado. Yo tengo un respeto grande por las instituciones, pero yo como líder digo que no es solo policía, les tengo respeto como autoridad legalmente constituida

y sé que hay que reconocerlos como agentes del orden, pero no hay confianza en la policía, no es lo que necesitamos allá. Allá necesitamos educación real, generación de ingresos, deporte pleno. Porque como digo, dejaron bonitas casas, buenas vías, tenemos que utilizar algunos espacios para adecuar los parques para poder hacer deporte... El Tecnocentro, yo le agradezco a la hermana Alba Estela porque ella viene trabajando en el barrio, a veces hay líderes que no nos sintonizan con la realidad, que son estáticos pa' lo que queremos, eso debe cambiar. Si traen cosas se deben aprovechar y no quedarnos peleando los unos con los otros.

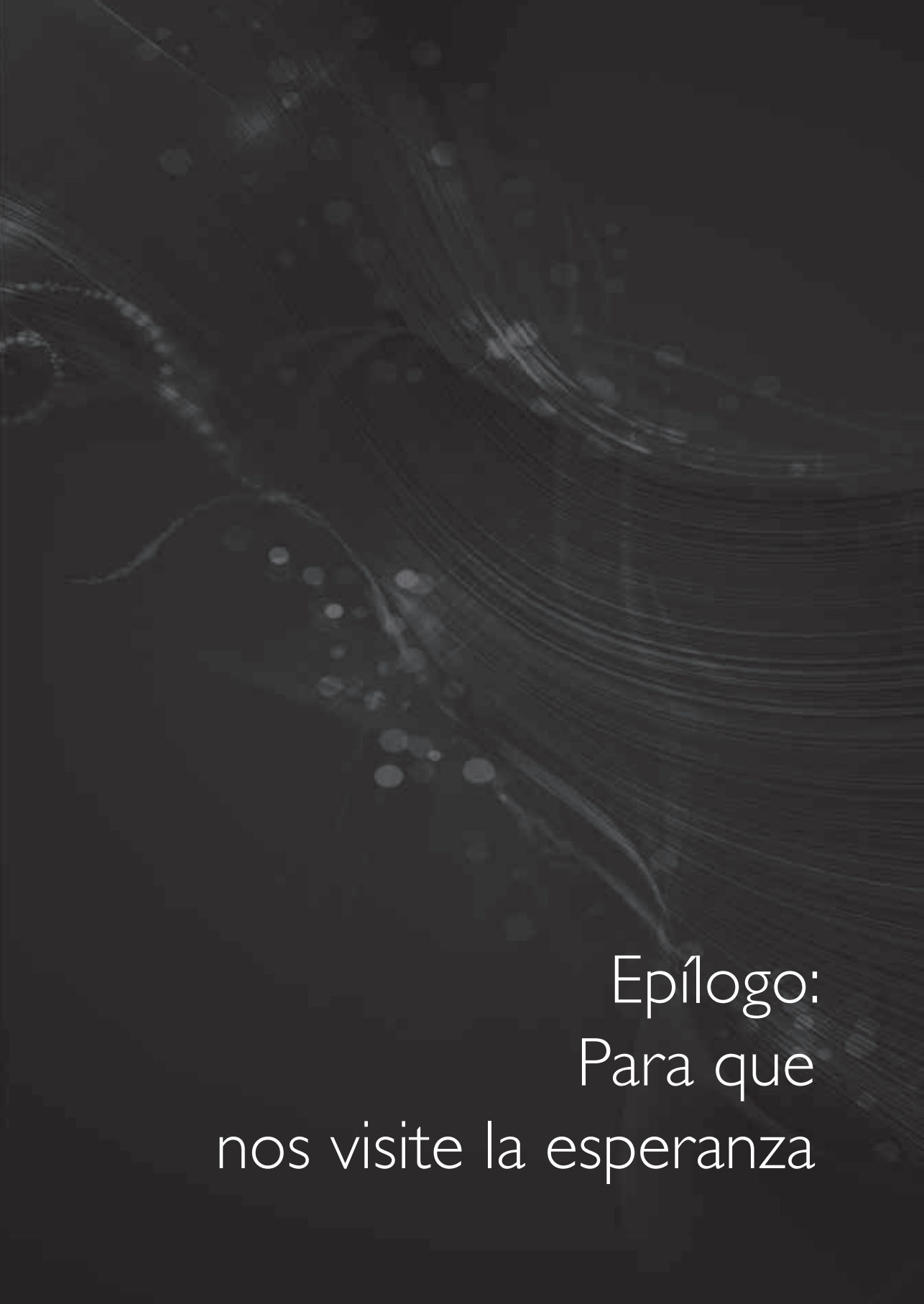
Aquí hay entidades que vienen y nos utilizan, aportamos en un proyecto y se van, es decir, ni siquiera nos enseñan a pescar solo nos dan el pescado. Eso es asistencialismo y yo sí critico eso.

Los programas y propuestas deben ir más allá de capacitaciones básicas como cursos de sistemas, más bien pensar en carreras y/o formaciones con mayor alcance enfocadas en las necesidades y particularidades culturales de la población, no podemos olvidar que en Potrero el 90% de la población es afro, que son personas que vienen con el folclor de las danzas, que en el día de mañana se implante de forma masiva, porque en el momento está muy limitado, esa es la parte crítica, que los proyectos y ayudas se enfoquen en lo que buscamos, que sean puntos que aprovechemos, lo digo porque vienen muchas visitas internacionales aquí. Se necesita que muchachos que salen del bachillerato se les vaya enrutando para una carrera universitaria, con apoyo de las entidades que llegan de fuera, ONGs que pueden aportar a que eso sea posible. Que la educación sea para que los muchachos salgan capacitados para el trabajo, que en eso se convierta el Tecnocentro que hay en el barrio.

Como mensaje yo le digo a la sociedad que dejemos la hipocresía; al Estado colombiano que dejemos la hipocresía de hablar de paz sin compromiso, cuando eso suceda entraremos todos. El mensaje va para todos también, a autoevaluarnos. Que la paz nace desde los hogares, desde respetar nuestras diferencias, nuestros puntos de vista y haciendo un esfuerzo porque las ayudas lleguen a donde está la verdadera problemática. Un esfuerzo grande, en el pasado nos funcionó, cuando teníamos estos muchachos ocupados, que la gente nos decía ¿qué pasó? Los que estaban siendo afectados por el problema, ¿qué pasó? Eso está muy bueno, que no acabe. Nosotros ya sabemos y tenemos otros proyectos, muchas veces, de las mismas vivencias que podemos atacar y no

hay escucha y si lo hacen, como ahoritica, cuando tenemos la capacidad, incluso de ejecutarlos, porque llegan proyectos pero vienen de afuera y se llevan las cosas. Entonces que nos apoyen directamente, pero con lo que se debe hacer al principio... el cáncer se ataca previniéndolo, no cuando ya está avanzado, desde las familias y ahí está la problemática a nivel general.



The background is a dark, textured surface with intricate, swirling patterns in shades of grey and white. These patterns resemble smoke, water currents, or perhaps a microscopic view of a fluid. Scattered throughout are numerous small, bright, out-of-focus spots, similar to bokeh from a light source or distant stars. The overall effect is one of dynamic movement and depth.

Epílogo:
Para que
nos visite la esperanza



Entre ríos, litorales, serranías y andenes urbanos sin terminar...

¿Cómo marcar con palabras esa extrañeza esa ausencia que sonrío en estas voces? ¿Con qué pincel dibujar esos gestos que rememoran trayectos de un país impensable desde las oficinas públicas? ¿Con qué músicas asimilar esas ansias de vida en medio de duelos y partidas? ¿Cómo saborear en estos relatos que, siendo a veces jerga incomprensible, nos hablan más de lo que llevamos dentro, corporalmente, como sufrimiento social?

Al pasar por estas once sensibilidades, hemos encontrado apartes de una memoria desbrozada que hace recuerdo desde el presente; que une tenuemente vestigios de un pasado que no ha sido elaborado y que se ha vuelto parte del ambiente y de la sensibilidad colectiva. Aunque no sea usual que se apalabren estos asuntos públicamente desde una perspectiva espiritual, con esa memoria quisiéramos orar en todas las lenguas para que hable la selva chocoana y los ríos del Baudó, el San Juan y el Atrato; que cante Buenaventura; que nos regalen sus perlas de llanto los riachuelos debilitados por las pandillas mineras del cañón del Dagua; que ría el gran Cauca tan teñido de los ocre y rojos procedentes de la inconsciencia ambiental y de las sangres derramadas en la guerra; que esta ciudad que canta y baila en sus márgenes, libere a sus calles del miedo y la soledad que causa la certeza de la muerte; que ruja desde los Andes occidentales y centrales con sus vallecitos y mesetas la fuerza de las montañas cada vez más abandonadas; que las lenguas Nasa Yuwe y Misak nos regalen su alteridad cosmogónica; que suenen los violines del Patía; que salgan las cantadoras del Norte del Cauca a dolerse por sus montañas heridas por las retroexcavadoras; que Guapi nos regale la melodía de las chontas inspiradas en la invención de marimbas, que Barbacoas, Llorente, Mocoa y Orito nos recuerden que hay fiebres mortales; y que las drogas, los metales, el dinero y la propiedad sobre las tierras pueden ser solo el espejismo alimentado por el afán desmedido de lucro fácil y rápido.

Nos negamos a leer estos textos como monólogos, pues nos han arropado con la convicción de la esperanza colectiva, porque dicen de la intuición que nadie se salva solo. Hemos sentido como si los testimonios se preguntaran desde el aquí y el ahora por los futuros que trae un pasado palpitante, porque estas palabras cargadas de pausas y silencios están llenas de futuro, tienen ansias de reconciliación y van en busca de un proyecto de ciudad, regalándonos a pesar del dolor, la incertidum-

bre y el encasillamiento que palpita en las noticias oficiales, la imagen de una vida urbana deseable, aunque por supuesto también hablan del deseo de muchos pobladores de regresar a los campos y los litorales.

Preguntas y ecos de una comunalidad bulliciosa

Pero, ¿Con qué contamos para un proyecto de reconciliación según estos pobladores esperanzados? ¿Qué nos regala este conjunto de vidas contadas respecto a un proyecto de esperanza y solidaridad para las ciudades y para el suroccidente colombiano como referente de país? Hagamos de este epílogo un breve menú al respecto:

Para repensar la región nos regalan aires de familia, memoria larga de una infancia rural, recuerdos de lactancias felices, juegos ingenuos de niñez en la relación con el mundo animal y vegetal, con las aguas de los ríos y las playas, saberes de la selva que se guardan en el cuerpo, abrazos de padre y madre, afectos de abuelos, tíos, primos, sobrinos y ahijados; padrinzgos, parentelas y compadrazgos; testimonios de amor viajero, peregrinajes de pueblo en pueblo, huidas y escabullidas de la muerte y de la ambición de los poderes de facto que todo lo depredan; nos han regalado el sabor de sus cantares alegres, sus sones vegetales y aéreos, porque fluyen con los vientos.

Para que la memoria nos guarde de seguir en la saga de las violencias, nos obsequian estas vidas narradas los recuerdos del desarraigo, la usurpación y la masacre que se vuelven inquietud y malestar en la cotidianidad de grandes territorios de la ciudad de hoy. Esa incomodidad que no nos podemos ahorrar es un cimiento fuerte para el futuro y por eso con indignación recordamos que en la construcción de una represa de la región salieron poblaciones violentadas y despojadas, que los pescadores han sido asesinados repetidamente en el litoral, que sendos actores armados sacaron impunemente de sus tierras a campesinos y a comunidades pertenecientes a la etnia negra e indígena, que esa memoria tiene en los tendones, en los músculos, en la piel, la sensación de perderse en una terminal de buses, de intentar esconderse en un semáforo, de no saber cómo pedir orientación, de verse mirados como extraños y peligrosos, de querer regresar y no saber cómo hacerlo. Ese aporte también tenemos que recibirlo en la construcción de otra nación para la vida, para salir de las indolencias, los truquitos y las trampas que nos acongojan.

En la médula de estas generosas tramas humanas se encuentran, sin duda, profundamente vitalizados, los arraigos de la ciudad región con las culturas populares: el saber de las plantas, los secretos sobre el poder de los cuerpos, la transmisión en la socialización familiar de la voluntad, el saber de las cocinas, las medicinas tradicionales, el sentido gregario y comunal de la vida, el emprendimiento y el rebusque para no morir, la gambeta y el coqueteo del fútbol callejero, el goce del baile que siempre viene de atrás, pero que siempre es un estilo en construcción, el espíritu festivo y carnavalesco. Todo eso fluyendo como un río profundo, mientras se deambula por la malla urbana en la invención del sustento, en el rebusque, en la búsqueda de oportunidades y en el desgaste en trabajos de bajo reconocimiento y de mucho sacrificio. Sobre este capital colectivo que ha sido la fuente de la socialización popular en las ciudades es necesario volver una y otra vez para comprender y orientarse en medio de las prácticas cotidianas que generan cooperación y conflicto, estigma y reconocimiento, disputa y transacción por las formas de vida urbana, por la posibilidad de hacerse un lugar en las urbes.

También este documento a once voces nos regala la memoria reciente de la formación de los barrios, fundamental para entender la épica desde la que se construye la otra ciudad. El saber sobre la domesticación de los terrenos, ya fueran una escombrera, una laguna, un aguandal, una ribera de río. Esa acción de rozar y adecuar la tierra, de rellenar el suelo con escombros, la invención de la arquitectura popular en la cual sirve la esterilla, la guadua y el plástico, la teja de barro y un pedazo de valla electoral, el tablón y el ladrillo, el barro y el vidrio, el alambre, la puntilla y los materiales prefabricados ensamblados según la circunstancia; la construcción de servicios públicos por minga comunitaria, la solidaridad en la adecuación de las vías de acceso; las vidas colectivizadas, que en medio de las lógicas de la producción y del gobierno funcional de la ciudad van resignificando el sentido de los vecindarios, de las cuadras, de los barrios, de los sectores y de la relación de la ciudad con las fronteras rurales y suburbanas.

Potrerogrande, Vidas en busca de la reconciliación también nos comunica una reflexión sobre la importancia de construir una sociedad en confrontación con la lógica de las violencias, la ilegalidad y el crimen. Nos recuerda que el juvenicidio que se nos vino en las últimas décadas, con miles de jóvenes que han muerto en las ciudades colombianas tiene que ver con la fractura de los referentes éticos de la vida virtuosa y con la dificultad para inventar una narrativa compartida del bien común.

Se evidencian una y otra vez en los relatos, los dispositivos autoritarios, la instrumentalización de la violencia, la displicencia, la negación y la desconfianza por parte de los poderes político-administrativos, la moralización de los sujetos urbanos a partir de las pedagogías del miedo y el terror, expresándose como marcas que es menester desaprender en el devenir de las nuevas generaciones, pero en diálogo con lo que nos ha sucedido y con la memoria de las generaciones hoy vivas. En la base de las notas luctuosas del texto está la falla humana de afirmarnos individuos posesivos desligados del sentido de solidaridad, del apoyo entre familias y vecindarios, de anomías muy extendidas que habitan en el desprecio por lo público, en la indolencia ante el hambre, en el uso de los estigmas y estereotipos y en las emociones vengativas que terminan siendo la señal de las prácticas cotidianas.

Las once versiones que cuentan la llegada y estancia en el barrio Potrero grande, o en Somos Pacífico como cariñosamente se le ha rebautizado comunitariamente, nos presentan la precariedad de nuestro estado nacional, regional y local, incapaz de comprender las circunstancias vitales de la población y por lo tanto casi autista en sus dispositivos de comunicación para que fluya el diálogo y la participación democrática. Esto fácilmente se puede observar en las referencias a la llegada de los asentamientos a la alternativa de vivienda hacia Potrero grande, lleno según nuestros testimoniados, de promesas incumplidas, malos entendidos y engaños, de temor al desalojo, la confusión en la reubicación y en la asignación de subsidios.

Se puede observar en ese proceso narrado a varias voces todo un mecanismo de encuesta, de clasificación, la exigencia de ingresos, la expedición abrupta de documentos que no se leen o no se entienden por los convenientes, la plata extra para los papeles de la casa, la llegada por sorteo, la falta de infraestructura de encuentro social y la debilidad de los dispositivos de integración comunitaria que han determinado un destino plagado de disputas y enfrentamientos cotidianos de alcances letales; los cobros, las deudas y la zozobra, el sentido de inseguridad ontológica, el sentimiento de abandono y desprotección permanente son los elementos que avivan la fragmentación y el hacinamiento.

Al centro está también la preocupación por la vida familiar como eje de la resistencia vital, del aguante entre los próximos, un gesto de espera en tiempos largos para mejorar en estos entornos, una esperanza que rasga y que duele frente al conflicto barrial territorial, la actitud de paciencia frente a una martirización permanente. La doble y

la triple victimización que expresa la incontinencia social, un hábitat sin terminar; barrio querido, amado, pero temido y a veces señalado por el desconocimiento de los vecinos, por la pérdida de trabajo y del pan coger, por el desubique más berraco, por el temor de la bala perdida, porque no se sabe quién es la liebre, porque no hay esperanza de una cita en el puesto de salud, porque ¿dónde estudiaran los muchachos? porque entrar y salir del territorio es parte de un caos que puede ser mortal. Como tirados a la suerte de la precarización del trabajo, como enfrentados al estigma desde el comienzo, enmarañados en la defensa del territorio, soportando el confinamiento por la llegada cíclica de grupos ilegales que van lizos tras fuentes de lucro y avaricia.

Una ciudad que se vuelve contra si misma...

Estas biografías hablan de la situación paradójica en la cual una ciudad como Cali, formada principalmente por migrantes, discrimina, desconoce y violenta a las poblaciones desplazadas. Cómo ellas denuncian, no paran las revictimizaciones contra los recién llegados, que tienden a ser negados, invisibilizados, e instrumentalizados, incluso cuando son abordados por las políticas y programas sociales. Los poderes públicos y privados señalan escasamente lo inmanejable de la situación, sin reconocer su responsabilidad como élites, en la generación de los conflictos que agencian las situaciones de precarización que hemos leído.

En ese sentido, es necesario remarcar que también estos trayectos vitales nos hablan de la fragilidad de las ofertas de inclusión social en la ciudad, del tono asistencialista, desarticulado y poco dialogante de las “intervenciones” con respecto a las prácticas y expectativas culturales de los nuevos pobladores. Incluso se llega al extremo, que entre más intervenciones, con programas y proyectos ampliamente publicitados se concentran en las poblaciones expresamente reconocidas como “víctimas”, “vulnerables” y “pobres”, más se agudizan las situaciones de desconocimiento, vulneración y marginalización de las comunidades.

Emerge así la pregunta por las políticas urbanas cuando se perciben en el entorno la recurrencia a múltiples retóricas del engaño y del mal entendido que proyecta un Estado retórico, poco operativo y resolutivo. Nos preguntamos, ¿qué es lo que está a la base del descontento social en casos como el de Potrerogrande? y por momentos sentimos, más allá de la ausencia de recursos, que en hechos puntuales como el

recurrente desconocimiento institucional de las condiciones de vida de la población situada en estas márgenes, se expresa una lógica funcional a la expropiación de la que proceden, la cual termina operando subterráneamente, en medio de una maraña de razones y silencios cruzados, de dimes y diretes que desentrañan la relación comunidad e instituciones.

Y claro, nos preguntamos como gesto público por las alternativas concretas para esta población y para varias comunidades con las mismas características asentadas en las márgenes de las ciudades colombianas:

¿Cuál es la política de hábitat y de vivienda para los sectores populares cuando a todas luces las opciones presentadas hasta el momento son formas de hacinar y confinar la población, sin suficientes alternativas de movilidad e integración con el resto de la ciudad, sin proyección de fuentes de trabajo y/o de actividades productivas, con espacios públicos precarios y sobre todo con unas unidades de vivienda que no se adecuan al tipo de familias y de actividades productivas de la población?

¿Cuál política de integración familiar y vecinal cuando es necesario insistir en formas más amplias de comprensión y acompañamiento de los lazos familiares y vecinales que se han pluralizado y que demandan reconocimiento de los nuevos lenguajes, que significan a su vez nuevos retos en la formación ética de las personas y de las pequeñas comunidades?

¿Cuál política de empleo y/o emprendimiento urbano, cuando se requiere de un mayor esfuerzo del sector productivo para generar condiciones de formación y organización de amplios sectores de trabajadores potenciales que al no ser asumidos y/o auspiciados por la economía formal la fagocitan y debilitan desde las condiciones de trabajo informal que escasamente permiten la sobrevivencia?

¿Qué propuestas para rodear con sentido de futuro a los niños, adolescentes y jóvenes, cuando tenemos un sostenido indicador de embarazos adolescentes y de muertes juveniles que no son meras estadísticas y que van dejando secuelas en los entornos vitales de las nuevas generaciones, quienes además son focalizados como el centro de las problemáticas de violencia. En realidad sabemos que los males sociales están anidados en las relaciones intergeneracionales y en la fragilidad de los sistemas sociales e institucionales necesarios para proveer la construcción de una socialización rica en oportunidades personales y familiares?

¿Cuál política de convivencia y seguridad para estos territorios urbanos, cuando se ha generalizado y extremado el manejo policivo de los conflictos y se han soslayado las alternativas de prevención, de construcción de convivencia pacífica desde la formación ciudadana y la promoción efectiva de los derechos humanos?

¿Cuál política de sometimiento a la justicia de grupos criminales urbanos, cuando la lógica operativa de la seguridad se hace más lenta que las dinámicas de reproducción de los grupos criminales, y cuando la justicia está prácticamente inerte ante la velocidad y magnitud de los retos que se le plantea para generar opciones transicionales y alternativas?

¿Cuál política de retorno al campo dirigida a poblaciones que desean volver a sus entornos rurales, cuando los factores de reconocimiento y reparación de las poblaciones victimizadas en los campos que se han asentado en las ciudades, se han individualizado y burocratizado de manera excesiva y la dinámica del conflicto en sus lugares de origen sigue arreciando y no se visualizan las condiciones en las cuales se pueda reconocer y reparar eficazmente la población, desde asuntos como la devolución de las tierras expropiadas ilegalmente?

¿Cuáles son los programas de recuperación y construcción de la cultura urbana, cuando lo que demandan los nuevos pobladores es inclusión de sus formas de vida, reconocimiento de su alteridad y de sus formas expresivas, que desde prácticas cotidianas han sido factor clave para la configuración cultural de la ciudad que hoy tenemos?

Y entonces nos decimos que las alternativas concretas las deberían ir señalando los diálogos sociales, en los cuales la escucha a los territorios y a los entornos cotidianos estén suficientemente dispuestos, donde haya voluntad de escucha sin el prejuicio sobre los “desplazados” y las “víctimas”, para reconocer sujetos sociales en construcción, seres humanos en proceso de reubicación o con expectativas de retorno digno. Al respecto, por ejemplo, nuestro equipo de los once testimoniantes y varios animadores sociales del barrio Potrerogrande más que pedir algo material que se constituya en dádiva, están demandando interlocución respetuosa, al lado del apoyo para emprender caminos laborales, de convivencia, oportunidades de educación, posibilidades del fomento de la cultura, aspectos todos estos ampliamente reconocidos en las leyes. Están convocando a un nuevo proceso cultural en el que se distribuya algo escaso en estos tiempos de la vida social: respeto a su dignidad humana.

Un testimonio de esa reivindicación lo recordamos afirmando que en todas las oportunidades, en nuestro recorrido por Potrero grande, existió alguien que nos pusieran al frente una expresión práctica o un deseo de ir colectivamente hacia el buen vivir en el barrio. No faltó nunca la ocasión en la que salieran libres las expresiones de otros estilos de vida en la ciudad que son testimonio de un nuevo territorio que surge como efecto colateral de la guerra y del conflicto social en el Pacífico y en los escenarios del sur de Colombia. El nuevo país que hemos conversado en esquinas y en diminutas salas de casa, habla como una ciudad negra, indígena, mestiza y campesina que baila en clave de río y de litoral con los vientos de montaña y con las corrientes de cañaverales, aquí en calles y andenes recién hechos.

Saludamos esas presencias y esos gestos, pues sencillamente los entendemos como la base para que exista posguerra y no entre-guerra en Colombia; para que haya reconciliación en el sentido de nueva vida y un nuevo horizonte individual y colectivo que considere las complejidades de la vida urbana regional, que reconozca las múltiples causas y responsabilidades del crítico momento que vivimos como sociedad y que haga de esta heterogeneidad social que nos habita, una oportunidad para rectificar las formas de llevar la vida en común y para modelar una sociedad más democrática y participativa.

En esa apuesta situada en el lugar de los barrios y en las vecindades, seguimos empeñados en la necesidad de generar una política de formación de ciudad desde los sectores populares de la urbe actual y ese propósito implica una comprensión de los cambios culturales en nuestros entornos urbanos, como punto de partida para abrir caminos y para tender puentes con el conjunto de la sociedad nacional desde los espacios locales y regionales, orientándonos a la generación de una nueva narrativa de inclusión y reconciliación en la ciudad. Es cuestión de observar con sentido histórico lo que ocurre en las márgenes, en los bordes, en los intersticios, porque seguro ahí están emergiendo nuevas sensibilidades humanas y nuevas formas de organización social.

Bibliografía

Castillejo, Alejandro. (2000). *La poética de lo otro, antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Escobar, Arturo. (2012). *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Ediciones desde abajo. Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.

Fundación Saldarriaga Concha. (2013). Agencia de Comunicación Pandi. Tomado de: <http://www.agenciapandi.org/en-colombia-el-61-de-las-personas-con-discapacidad-no-recibe-ningun-tipo-de-ingreso-economico-para-su-subsistencia-es-necesario-que-como-sociedad-les-brindemos-mas-oportunidades-laborales/>

González, Jesús Darío. (2011). *Maestra vida relatos de la parcería en la ciudad popular*. Cali, Colombia: Grupo de Investigación Pirka.

González, Jesús Darío. (2013). *Banda oriente, érase una vez una ciudad*. Cali, Colombia: Grupo de Investigación Pirka.

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto. (2007). *Sectores populares, cultura y política*. Buenos aires en la entre guerra. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Levstein, Ana y Boito, María Eugenia compiladores. (2009). *De insomnios y vigiliass en el espacio urbano cordobés, lectura sobre ciudad de mis sueños*. Córdoba, Argentina: Universitas y Jorge Sarmiento Editor.

Núñez, Ana, Ciuffolini, María Alejandra. (Año). *Política y territorialidad en tres ciudades argentinas*. Córdoba, Argentina: Editorial.

Oficina de Comunicaciones de la Gobernación del Valle del Cauca. (2007). *Se entregaron 1756 viviendas en Potrerogrande*. Gobernación del Valle del Cauca. Tomado de: http://www.valledelcauca.gov.co/publicaciones/se_entregaron_1756_viviendas_en_potrero_grande_pub

Redacción. (2007, 21 de Mayo). *Reubicarán a familias del Jarillón del Cauca*. El País-Cali.

Redacción. (2007, 21 de Diciembre). *Laboratorio experimental de organización socio empresarial (Leos) para Potrerogrande en Cali*. El Tiempo. Tomado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-3872047>

Redacción. (2011, 13 de Febrero). *Potrero grande: el ocaso de un barrio que se creó como una tierra prometida*. El País - Cali. Tomado de: <http://www.elpais.com.co/elpais/cali/noticias/potrero-grande-ocaso-barrio-creo-como-tierra-prometida>

Redacción. (2012, 24 de Enero). *Trágica muerte de niña alcanzada por balas de pandilleros en Cali*. El Tiempo. Tomado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-10990184>

Redacción. (2013, 17 de Agosto). *La historia sin fin de la violencia en el Valle del Cauca*. El Pueblo. Tomado de: <http://elpueblo.com.co/la-historia-sin-fin-de-la-violencia-en-el-valle-del-cauca/>

Redacción. (2014, 22 de Enero). *Potrero grande, atemorizado por la violencia entre pandillas*. El País – Cali. Tomado de: <http://www.elpais.com.co/elpais/judicial/noticias/potrero-grande-atemorizado-por-violencia-entre-pandillas>

Redacción. (2014, 21 de Febrero). *Mayoría de desplazados en Colombia son del pacífico, denuncia defensoría*. El País. Tomado de: <http://www.elpais.com.co/elpais/judicial/noticias/mayoria-desplazados-colombia-proviene-pacifico-denuncia-defensoria>

Redacción. (2014, 6 de Mayo). *Alarma por Violencia Juvenil*. Diario Occidente. Tomado de: <http://www.occidente.co/alarma-por-violencia-juvenil/>

Redacción. (2014, 27 de Mayo). *Potrero grande apuesta por la convivencia con programas de derechos humanos*. El País - Cali. Tomado de: <http://www.elpais.com.co/elpais/cali/noticias/potrero-grande-apuesta-por-convivencia-con-programas-derechos-humanos>

Rico, Laura. (2010). *La toma por el oro*. La Silla Vacía. Tomado de: <http://lasillavacia.com/historia/17457>

Villaruel, Antonio. (2011). *Ciudad y derrota*. Quito, Ecuador: Flacso Abya Yala.

Le invitamos a que comparta,
con el Observatorio de Realidades Sociales,
las impresiones, opiniones, propuestas y comentarios
que le genera esta lectura.
Estamos atentos a recibir sus aportes
en las siguientes direcciones:

Observatorio de Realidades Sociales

Carrera 4 No 7-17 • Cali - Colombia
Teléfono: 889 0562 (63 al 71) Ext. 1010 al 1013

E-mail: observatoriorealidadessociales@arquidiocesiscali.org

Web: observatoriorealidades.arquidiocesiscali.org

Facebook: www.facebook.com/oarquidiocesis

Twitter: www.twitter.com/oarquidiocesis

Youtube: www.youtube.com/oarquidiocesis



**ARQUIDIÓCESIS
DE CALI**

Observatorio
de Realidades Sociales

Edición 2014
Merlín SAS

Este escrito biográfico y testimonial habla desde aquellos que en medio de fuertes dosis de estigmatización y soledad le dan sentido a sus vidas en los márgenes de la urbe; lugares difíciles que parecieran ser el único espacio posible para las familias despojadas que la ciudad recibe, pero no acepta. Estos relatos revelan un nosotros que incluso llega a incomodar por su carga discriminatoria y excluyente que como habitantes de esta ciudad de alguna manera nos habita. En Potrero todo contribuye a su separación de la Cali vistosa. Potrero fue diseñado como un conglomerado de casas minúsculas con insuficiencia de servicios y es habitada en medio de las violencias, la falta de oportunidades, los peligros y riesgos permanentes, simplificando aparentemente todo lo que este barrio contiene. Ese es precisamente uno de los valores de este texto, en Potrero grande hay mucho más que eso.

La tenacidad de hombres y mujeres provenientes de distintas lugares de la geografía nacional, hoy asentados en Potrero nos recuerdan cómo se ha construido nuestra ciudad. La historia de Potrero es la historia de muchos barrios y sectores de la ciudad, que hoy ya normalizados han perdido la memoria de su génesis popular. Potrero grande revela, además, las deficiencias en la política pública para los recién llegados, que tienen que padecer una espiral más de violencia, en una victimización que sigue prolongándose. En la eventual posibilidad de un acuerdo de paz, Potrero grande y los muchos barrios que se le parecen son, sin duda, el símbolo de un reto para desarrollar estrategias sensibles y creativas en la idea de construir una sociedad incluyente con más y mejor justicia social.

**Observatorio
de Realidades Sociales
de la Arquidiócesis de Cali**



**ARQUIDIOCESIS
DE CALI**



años

1964 - 2014

Celebración

50 años de

Sede Metropolitana

[web: observatoriorealidades.arquidiocesiscali.org](http://web:observatoriorealidades.arquidiocesiscali.org)